

La noción de "lo grupal" como intervención crítica en la problemática de la subjetividad y la grupalidad:

La publicación de "lo grupal" en la Argentina (1983-1993).

Autor:

Cardaci, Gabriela

Tutor:

Kaufman, Alejandro

2015

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Magister de la Universidad de Buenos Aires en Estudios Interdisciplinarios de la Subjetividad.

Posgrado

AUTORA: Gabriela Cardaci

TÍTULO: La noción de «lo grupal» como intervención crítica en la problemática de la subjetividad y la grupalidad: La publicación *Lo Grupal* en la Argentina (1983-1993)

Volumen: I

Tesis para optar por el título de Magister en Estudios Interdisciplinarios de la Subjetividad.

Facultad de Filosofía y Letras.

Universidad de Buenos Aires

DIRECTOR: Alejandro Kaufman

Buenos Aires

2014

Resumen

La tesis expone un análisis histórico-crítico de las principales contribuciones de la corriente intelectual que promovió, como proyecto colectivo de investigación y escritura, la publicación *Lo Grupal* en la Argentina (1983-1993), editada en diez volúmenes entre 1983 y 1993 en la Argentina. Un movimiento cultural, político y clínico que tomó aliento, en los primeros años de post-dictadura, en el rescate de un horizonte de antecedentes del movimiento político intelectual de los años 60 y comienzos de los 70.

El análisis de un conjunto significativo de artículos e intervenciones muestra que la producción reunida en esta publicación, en diálogo con una tradición previa del psicoanálisis argentino y a través de una operación de recuperación crítica de ciertos antecedentes del movimiento político intelectual de los años 60 y comienzos de los 70, constituye una referencia fundamental del pensamiento, la investigación y la escritura sobre la problemática grupal, la clínica institucional y las intervenciones micropolíticas en la Argentina. La posición de enunciación que sus autores sostuvieron en el campo disciplinar *psi*, atendiendo la coyuntura socio-política en los años de post-dictadura y la centralidad que otorgaron a la problemática del poder y la violencia en las prácticas sociales permite situar a *Lo Grupal* también como un fragmento relevante de la producción crítica cultural de nuestro pasado reciente. Esta implantación otorga al análisis de sus aportes una relevancia particular que no ha sido investigada hasta el momento.

En el marco de este movimiento político, cultural y de ideas clínicas, la referencia a “lo grupal” –en discusión con las concepciones del grupo como objeto de estudio y de intervención– expresó una intervención conceptual de relevancia en tres dimensiones que conectaban problemas del campo disciplinar con urgencias y preocupaciones que emergían de la escena social. Esas dimensiones pueden sintetizarse en: 1) la recuperación y revisión crítica (en diálogo con una tradición previa del psicoanálisis argentino) de los modelos y conceptualizaciones para el abordaje de los grupos, 2) la recuperación y renovación de una reflexión privilegiada del campo intelectual de las dos décadas previas: el problema de la relación entre la práctica profesional e intelectual (y en particular las prácticas en situaciones colectivas) y la dimensión política y 3) la problemática de la violencia, el autoritarismo y el poder en el análisis de la producción de subjetividad y su relación con las prácticas sociales.

Así, *el pensamiento de lo grupal* en la Argentina, como fue trabajado en el marco de producción de *Lo Grupal* (1983-1993), aportó al campo del psicoanálisis en nuestro país la apertura hacia una renovación de la investigación sobre la problemática grupal, tanto en el plano conceptual como en el las prácticas. Lo novedoso de esa apertura se condensa en el giro enunciado por Juan Carlos De Brasi en el prólogo de *Lo Grupal 3* (1986) desde el estudio de los grupos y sus conceptualizaciones históricas típicas hacia el abordaje de *lo grupal* y de las condiciones histórico-sociales de producción de subjetividad.

Conformado a partir de la iniciativa de Eduardo Pavlovsky en su vuelta del exilio, el proyecto de la publicación se sostuvo con la elaboración, compilación y dirección de Pavlovsky y Juan Carlos De Brasi. Entre los autores de mayor participación en estos libros se encuentran también Hernán Kesselman, Gregorio Baremlitt, Armando Bauleo, Marcelo Percia, Osvaldo Saidón, Ana María Fernández y Ana María del Cueto. Con participaciones más aisladas se incluyen artículos de Marie Langer, René Lourau, Angel Fiasché, David Szyniak, Luis Herrera, Miguel Moccio, Juan Campos Avilar, Alejandro Scherzer, Carolina Pavlovsky, René Smolovich entre otros.

Los comienzos una tradición “grupalista” argentina, en los años 50, se vincula a las derivaciones en nuestro país del movimiento de salud mental a nivel mundial, a los comienzos de la psicología como disciplina profesional, a la trama que en esos años de modernización cultural conectaba psicoanálisis, psiquiatría social y psicología con el marxismo y las ciencias sociales. En la coyuntura de los 80 posteriores a la última dictadura, el proyecto nucleado alrededor de *Lo Grupal* retoma los antecedentes y tradiciones más significativas de esa historia. La iniciativa de *Lo Grupal* se sitúa en continuidad con lo que esas experiencias habían autorizado y habilitado. Hay que destacar que Eduardo Pavlovsky y Juan Carlos De Brasi, compiladores de la colección, y algunos de sus colaboradores más significativos como Baremlitt, Bauleo y Kesselman habían formado parte de aquellos movimientos de crítica (los grupos Documento y Plataforma) que derivaron en la ruptura con la institución “oficial” del psicoanálisis, la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) a comienzos de los setenta y se encuentran entre los autores de los dos volúmenes compilados por Marie Langer con el nombre de *Cuestionamos* (1971, 1973).

El primer capítulo desarrolla de qué modo la noción de “lo grupal”, en el marco de producción de este proyecto editorial, condensó una renovación de las conceptualizaciones típicas y de los modelos de abordajes más extendidos sobre grupos en el ámbito local. Se muestra que la referencia a “lo grupal” implicó aquí un giro desde el estudio de los grupos como objeto de estudio y de intervención de las psicologías, sociologías y ciertas

perspectivas del psicoanálisis hacia el abordaje de lo grupal y de las condiciones histórico-sociales de producción de subjetividad.

El segundo capítulo se centra en destacar los modos que adquirió en *Lo Grupal* la recuperación y revisión de un tópico privilegiado del campo intelectual en los años 60 y comienzos de los 70: la relación entre psicoanálisis y política. Se analizan los rasgos que adquirió esa operación de recepción caracterizada por la producción de un horizonte de antecedentes provenientes de la tradición del psicoanálisis argentino vinculada al pensamiento de las izquierdas de las décadas previas y por la recepción de obras y herramientas conceptuales del ámbito francés.

El tercer capítulo muestra el lugar central que adquirió, en *Lo Grupal* la reflexión sobre el problema de la violencia y el autoritarismo en el análisis de producción de subjetividad. Se analiza que la referencia a “lo grupal” estuvo en el centro de esas preocupaciones en la medida en que, a través del desplazamiento en el lenguaje que ella producía, se apuntaba a diseñar, en el terreno de las prácticas, modos de trabajo en situaciones colectivas que pudieran atender las formas condensadas e imperceptibles de violencia simbólica en los espacios microfísicos de la sociedad: las instituciones y los grupos.

Índice

Introducción	
La publicación <i>Lo Grupal</i> en la Argentina (1983-1993)	7
Capítulo 1	
De las grupologías hacia <i>lo grupal</i>	16
Capítulo 2	
Clínica, crítica y política	34
Capítulo 3	
Violencia y transformación social	56
Conclusiones	78
Bibliografía	83

Es un poco así: hay líneas de aire a los lados de tu cabeza, de tu mirada,
zonas de detención de tus ojos, tu olfato, tu gusto,
es decir que andás con tu límite *por fuera*
y más allá de ese límite no podés llegar cuando creés que has
aprehendido plenamente cualquier cosa, la cosa lo mismo que un
iceberg tiene un pedacito por fuera y te lo muestra, y el resto
enorme está más allá de tu límite...

Julio Cortázar (1963)

Horizonte es lo que se aleja de cualquier intento de captura cuanto
más nos acercamos lingüística y extralingüísticamente a él.
Y como la idea de horizonte es paradójica, sólo podemos
ensancharlo al acercarnos.

Juan Carlos De Brasi (2001)

Introducción

La publicación *Lo Grupal* (1983-1993) en la Argentina

Preguntas disparadas hacia un lector que fabula, que desea y fabrica sus propios modos de desciframiento, de provocación a que cualquier cierre sea un imposible. Porque toda respuesta cierta, entraña la muerte del asombro y la curiosidad.

Prólogo. *Lo Grupal* 6 (1988)

La presente tesis analiza una serie de aportes presentes en la publicación *Lo Grupal*, editada en diez volúmenes entre 1983 y 1993. Como parte significativa de la llamada “tradición grupalista” en la Argentina, esta publicación es una referencia del pensamiento y la investigación sobre la problemática de lo grupal en la Argentina en un período particular de la historia reciente, la primera década posterior a la última dictadura. Por el modo en que se posicionó en el campo disciplinar *psi*, en su relación con la situación socio-política, forma parte de la producción crítica cultural de nuestro pasado reciente.

Los volúmenes de *Lo Grupal* editados en su totalidad por Ediciones Búsqueda¹ tuvieron su mayor circulación fuera del ámbito académico, en espacios alternativos como escuelas de psicología social, de psicodrama y también de psicoanálisis. La producción heterogénea de artículos que reúnen puede inscribirse a grandes rasgos en una reflexión y un pensamiento que, desde un sector del psicoanálisis vinculado al pensamiento de las izquierdas en la Argentina, se conectaba con la problemática social, grupal e institucional. Esta implantación otorga al análisis de sus aportes una relevancia particular que no ha sido investigada hasta el momento. Se trata de recuperar los modos en que un sector del campo del psicoanálisis ensayaba en esos años un pensamiento que interrogaba las circunstancias de las propias prácticas sociales así como los límites y alcances de los modelos teóricos heredados, que se planteaba urgencias y problemas a la altura de ese tiempo y que incorporaba para ello lecturas y referencias de la literatura, la filosofía y las ciencias sociales junto a perspectivas del psicoanálisis.

El proyecto de la publicación, conformado a partir de la iniciativa de Eduardo Pavlovsky en su vuelta del exilio, se sostuvo con la elaboración, compilación y dirección de

¹ Si bien no está especificada la cantidad de ejemplares impresos, Juan Carlos De Brasi estima que se imprimieron alrededor de 1500 ejemplares de cada volumen y se reeditaron varios volúmenes. Comunicación personal (marzo de 2014).

Pavlovsky y Juan Carlos De Brasi. Entre los autores de mayor participación en estos volúmenes se encuentran también Hernán Kesselman, Gregorio Baremlitt, Armando Bauleo, Marcelo Percia, Osvaldo Saidón, Ana María Fernández y Ana María del Cueto. Con participaciones más esporádicas se incluyen artículos de Marie Langer, René Lourau, Angel Fiasché, David Szyniak, Luis Herrera, Miguel Moccio, Juan Campos Avilar, Alejandro Scherzer, Carolina Pavlovsky, Reneé Smolovich entre otros. Tres escritos incluyen a Luis Frydlewsky, fallecido en 1981, quien había compartido elaboraciones sobre multiplicación dramática y coordinación de grupos con Pavlovsky y Kesselman.

Conviene situar algunas coordenadas de los comienzos, en los años 50, de una “tradicción grupalista” en nuestro país. Esta tradición formó parte, en términos generales, del proceso de modernización cultural que en esos años conectaba psicoanálisis, psiquiatría social y psicología con el marxismo y las ciencias sociales; se vinculó, en particular, con las derivaciones del movimiento internacional de salud mental en el ámbito local, con los inicios de la psicología como disciplina académica y profesional; con la expansión del psicoanálisis desde las instituciones oficiales hacia sectores amplios de la cultura.

En la coyuntura de los 80 posteriores a la dictadura, el proyecto nucleado alrededor de *Lo Grupal* retoma los antecedentes más significativos de esa tradición. Principalmente el horizonte de una psicología social transformadora abierto por los trabajos y enseñanzas de Enrique Pichon- Rivière; el proyecto de renovación de la psicología encarado por José Bleger, que había sido maestro, en los años 60, de algunos autores de esta publicación como Hernán Kesselman y Armando Bauleo y los movimientos de ruptura con la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) de comienzos de los años 70, Documento y Plataforma. La iniciativa de *Lo Grupal* se sitúa entonces en continuidad con lo que esas experiencias habían autorizado y habilitado para las posteriores generaciones de psicólogos: las derivaciones del psicoanálisis argentino hacia los ámbitos públicos, una renovación del rol social del psicólogo en sus proyecciones hacia prácticas sociales orientadas a la comunidad, una disposición hacia apropiaciones del psicoanálisis en diálogo con el marxismo, la filosofía y otras ciencias sociales. Hay que destacar que Eduardo Pavlovsky y Juan Carlos De Brasi, compiladores de la colección, y algunos de sus colaboradores más significativos como Baremlitt, Bauleo y Kesselman habían formado parte de aquellos movimientos de crítica que derivaron en la ruptura con la institución “oficial” del psicoanálisis y se encuentran entre los autores de los dos volúmenes compilados por Marie Langer con el nombre de *Cuestionamos* (1971,

1973).² Esas rupturas, protagonizadas por psicoanalistas, psicólogos, psiquiatras y psicodramatistas, se caracterizaron por el cuestionamiento a un estilo de formación verticalista, a un modelo institucional totalitario y elitista, por la denuncia frente a una institución que se arrogaba la propiedad del psicoanálisis. Contribuyeron de ese modo a un fenómeno de expansión del psicoanálisis que irrumpía –en sintonía con los objetivos de transformación social– en el ámbito público renovado en sus temas y urgencias: la práctica del psicoanálisis aparecía como posible *acción transformadora* de acuerdo a esos objetivos; la figura misma del psicoanalista se fundía con la del intelectual insertado en el ámbito cultural y político.

Ahora bien, la relación que se establece con esos antecedentes en las producciones de *Lo Grupal* constituye, como se verá a lo largo de la tesis, uno de los aspectos más fecundos para un análisis crítico de sus aportes. Por un lado salta a la vista, desde el prólogo del primer volumen, que la significación de esas experiencias de rupturas, desvíos y disidencias de los psicoanalistas de izquierda es exaltada –sobre todo en una dimensión de filiación y en la recuperación de los tópicos más generales–. Pero lo más destacable es que ese rescate, efectuado en la coyuntura socio-política y disciplinar de los 80, fomenta al mismo tiempo una serie de revisiones y desplazamientos que señalan algunos límites en aquellos planteos e inspira un despliegue de formulaciones renovadas por otros problemas y por nuevas recepciones.

En el prólogo que inaugura *Lo Grupal I*, Pavlovsky inscribe la iniciativa de la publicación en continuidad con aquel psicoanálisis comprometido con el movimiento social de transformación de los 60 y comienzos de los 70. Una continuidad herida, evidentemente, por lo acontecido en los años de la dictadura y por el exilio.³ Pavlovsky expresa allí el deseo de reanudar el diálogo con los jóvenes, la voluntad de retomar en la Argentina una reflexión

² Entre los autores que participaron de los volúmenes *Cuestionamos* se encuentran también, Emiliano Galende, Juan Carlos Volnovich, Santiago Dubcovsky, Julio Marotta, Diego Garía Reinoso, Gilberta Royer de García Reinoso y Fernando Ulloa.

³ Eduardo Pavlovsky y Hernán Kesselman estuvieron exiliados en España. Armando Bauleo y Marie Langer se exiliaron en México en el año 1974; Bauleo volvió a la Argentina en marzo de 1976 y a los seis meses volvió a exiliarse; estuvo nuevamente en México, en Madrid y luego en Italia. Gregorio Baremlitt y Osvaldo Saidón se exiliaron en Brasil. Juan Carlos De Brasi estuvo exiliado en México. Con respecto al exilio de los argentinos en España, habría que situar un antecedente de la iniciativa de la publicación *Lo Grupal* en la revista *Clínica y Análisis Grupal*. Editada en España a partir de 1976, dirigida por Alejandro Ávila Espada, con Nicolás Caparrós en el Consejo Editorial y vinculada al grupo Quipú, tuvo entre sus colaboradores a algunos de los argentinos exiliados como Eduardo Pavlovsky, Hernán Kesselman, Diego García Reinoso, Armando Bauleo, Antonio Caparrós, Fernando Ulloa, Pacho O'Donnell y Edgardo Gili. Nicolás Caparrós (2010) destaca, en una breve presentación de la historia de esa revista, la “inestimable e imprescindible colaboración de los argentinos” durante los dos primeros años de la revista, entre 1976 y 1978. Puede conjeturarse que esa valiosa participación de los argentinos en la revista española estuvo impulsada por las experiencias desarrolladas en la Argentina en los años previos a la dictadura.

desde una posición que, desde el psicoanálisis, y una vez planteado que lo que llamamos *inconsciente* se trama en lo social-histórico, se interrogue por su relación con la problemática del poder (Pavlovsky, 1983, pp. 6-9).

La hipótesis general que orientó el comienzo de la investigación para la realización de esta tesis postuló que *el pensamiento de lo grupal* en la Argentina, como fue trabajado en el marco de producción de *Lo Grupal* (1983-1993), aportó al campo del psicoanálisis en nuestro país un abordaje original en relación con el estudio de la problemática de la subjetividad y su relación con la cuestión grupal, tanto en el plano conceptual como en el de los modos de pensar las prácticas. Una proposición que condensa bien la originalidad de sus aportes se encuentra en el giro enunciado por Juan Carlos De Brasi en el prólogo de *Lo Grupal 3* (1986) desde el estudio de los grupos y sus conceptualizaciones históricas típicas hacia el abordaje de *lo grupal* y de las condiciones histórico-sociales de producción de subjetividad. Partiendo de esa hipótesis, el objetivo central de la tesis fue reconstruir, a través del análisis de un conjunto de producciones consideradas las más significativas, de qué modos la noción de “lo grupal” y su distinción respecto del estudio de los grupos, propuesta en el contexto de la publicación, habría implicado una intervención conceptual que puso en cuestión aspectos centrales de los enfoques psicológicos y psicoanalíticos que, desde los años 50 en adelante, se habían ocupado del grupo como objeto de estudio y de intervención.

Así, el proyecto inicial fue desarrollar una lectura crítica de la noción de “lo grupal” como intervención conceptual en la problemática de la subjetividad, poniendo el acento en tres cuestiones fundamentales: 1) localizar y arribar a una mayor comprensión de los problemas –tanto en el plano conceptual como en el de las prácticas– implicados en la propuesta de introducir la noción de “lo grupal”; 2) relevar y analizar los enfoques y desarrollos conceptuales que se ponían en cuestión a partir de esa propuesta; 3) situar y analizar los principales aportes de esta orientación de pensamiento, considerada por sus propios protagonistas como un “campo inaugural” de pensamiento y de intervención en la problemática de la subjetividad y de la grupalidad en el contexto argentino.⁴

La tesis se sostiene en un abordaje histórico-crítico de los aportes de esta corriente intelectual del psicoanálisis en nuestro país. Se parte de considerar a la historia de la

⁴ La escritura de esta tesis tomó impulso y encontró favorecidas las condiciones para su realización en el marco del trabajo en dos equipos de docencia e investigación en la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Por un lado, el espacio de la cátedra 2 de Teoría y Técnica de Grupos promovió y alentó el interés por explorar y recuperar críticamente las principales coordenadas de la corriente intelectual que dio lugar, como proyecto colectivo, a la publicación *Lo Grupal*; un territorio de pensamiento poco atendido hasta el momento en los estudios académicos. Por otro, el espacio de la cátedra 1 de Historia de la Psicología aportó a esta tesis una serie de referencias bibliográficas y metodológicas que posibilitaron inscribir el análisis de este movimiento de autores en el campo de los estudios históricos de la psicología en la Argentina.

psicología y del psicoanálisis como un campo de investigación que forma parte de un campo más amplio de las historias disciplinares. La psicología se presenta, para un abordaje histórico como el propuesto, como un objeto complejo que está conformado por diversas disciplinas de conocimiento e investigación, por un conjunto de prácticas y usos de los saberes que a su vez impactan en su constitución, por una organización profesional, y por discursos que poseen una implantación amplia en la cultura (Vezzetti, 2007). El desarrollo de la tesis encontró una orientación, para la realización de los objetivos propuestos, en criterios y enfoques que han permitido indagar la producción histórica del conocimiento psicológico interrogando los aspectos sociales y culturales de esa producción. Entre ellos se destaca el aporte realizado por Kurt Danziger (1990/2007) sobre la estructura social de la investigación psicológica a través de su propuesta de análisis de las articulaciones entre “intereses intelectuales”, prácticas de investigación y producción del conocimiento psicológico. El planteo de Danziger contribuyó a iluminar y atender una serie de aspectos en la indagación de *Lo Grupal*, entre los que se destacan: los ámbitos institucionales y profesionales en los que se desplegaron sus intervenciones, las tradiciones de pensamiento que sus autores retomaron, el desplazamiento que realizaron, a través de “lo grupal”, respecto de un objeto de conocimiento (el grupo) ya constituido en el campo de las disciplinas *psi* (psicología, psicoanálisis y psiquiatría) y el tipo de prácticas que suponían esos desarrollos.

Por otra parte, respecto del surgimiento de ese objeto de conocimiento y de intervención que es “el grupo”, un estudio histórico de Nikolas Rose (1990/2004) aportó a esta tesis una perspectiva de singular importancia para el análisis de la noción de “lo grupal” como intervención crítica en la problemática de la subjetividad. El análisis de Rose sobre los dispositivos *psi* en el mundo contemporáneo, inspirado en las líneas de investigación abiertas por Foucault sobre la genealogía del sujeto occidental, las “tecnologías del yo” y la “gubernamentalidad”, mostró cómo la experiencia de la segunda guerra mundial significó la emergencia del grupo como objeto privilegiado de una “tecnología de la subjetividad”. El autor destacó, en relación con el surgimiento de esa forma “grupo” en las experiencias de la guerra, una serie de aspectos que permitieron advertir la tensión que anida en la tradición de una “psicología social” desde esas prácticas inaugurales. Por una parte, el proyecto de una psiquiatría social que se constituyó como “ciencia de la administración” (especialmente en Estados Unidos) a través del desarrollo de procedimientos cuantificables orientados a la medición de *actitudes* y *desempeños*. Pero el estudio de Rose muestra al mismo tiempo los comienzos de una psiquiatría social y una psicología social orientadas hacia los vínculos intersubjetivos, el desarrollo de una concepción de cura ligada a las ideas de comunidad

terapéutica y de “espíritu de grupo” (las experiencias de Bion en Inglaterra) en la que prevaleció una renovación de las concepciones de patología (y de normalidad). El foco de lo patológico se desplaza de la inadaptación individual hacia las condiciones “anormales” de la sociedad. El planteo de Rose, junto a otros estudios históricos sobre el surgimiento de la higiene mental y el movimiento de salud mental a nivel internacional (Grob, 1983/2013) aportó herramientas, en el marco de esta tesis, para dar mayor relieve a la dimensión crítica que la noción de “lo grupal” dirigía a otras concepciones de grupo, a las “técnicas de grupo” como tecnologías de intervención vinculadas a formas de poder y de saber experto con fines de normalización y a la figura misma del experto como actor social. Hay que señalar que si bien el análisis de Rose se aplica fundamentalmente al movimiento de salud mental de postguerra en los países centrales, tiene relevancia para el propósito de esta tesis en la medida en que se tienen en cuenta las derivaciones que ese movimiento tuvo a nivel internacional y en particular en la Argentina a fines de los 50.

El enfoque de “historia intelectual” de la psicología elaborado por Hugo Vezzetti (1996b, 2007) a partir de distintas perspectivas historiográficas (Foucault, Canguilhem, Bourdieu, Caparrós) aportó una herramienta metodológica de relevancia para el desarrollo de los objetivos propuestos en esta tesis. Este modo de investigación, que no conforma un modelo homogéneo sino que habilita límites difusos entre la historia de los conceptos y las teorías, la historia institucional de grupos y campos o la historia cultural, social y política, se orienta a iluminar los modos en que el pasado actúa sobre el presente (Vezzetti, 2007, p. 13). En esta dirección, una pista ineludible ha sido el modo en que Martin Jay (1993/2003) pensó, con Walter Benjamin, el abordaje del pasado:

el pasado no es algo que está ‘allí’ para ser descubierto, ni algo que está ‘aquí’ para ser inventado. Sin embargo, la negociación entre ambas posiciones es más que la armoniosa ‘fusión de horizontes’ (...) Tal negociación exige, en cambio, que estemos dispuestos a intervenir, tanto destructiva como constructivamente, para hacer saltar en mil pedazos el saber recibido y para reconfigurar de maneras novedosas los escombros resultantes (pp. 13-14).

El autor, que se reconoce formado originalmente en la disciplina de “historia intelectual” (p. 15) da una orientación que fue de suma importancia para la construcción de una posición de lectura en la investigación realizada para la escritura de esta tesis. Partiendo de la condición múltiple y compleja de la recepción de ideas, de las lecturas y apropiaciones que caracterizan cualquier producción cultural, incluidas las que prevalecen en el tiempo en que vive el investigador, Jay concluye que: “Antes que situarse como el observador distante

de un campo cultural o discursivo, el estudioso de la historia intelectual debe pues conceptualizar su propio punto de vista ventajoso como un campo en juego” (p. 16).

Una historia intelectual busca, “explorar una *trama* de procesos y acontecimientos, múltiples, heterogéneos, siempre parciales” (Vezzetti, 2007, p. 12); promueve una posición de investigación que apunte a señalar los “olvidos” en las versiones oficiales de la historia y a explorar, en definitiva, una dimensión “latente” y no reconocida del pensamiento de una disciplina” (p. 2). Esta orientación de investigación contribuyó en esta tesis en varias direcciones. En primer lugar, en la formulación de las preguntas históricas que orientaron la exploración de la significación y alcances de los aportes del movimiento que dio lugar a *Lo Grupal* como proyecto colectivo y en la reconstrucción, a partir de la exploración del corpus de *Lo Grupal*, de los problemas centrales a los que se articuló, en los años de post-dictadura, esa corriente de pensamiento. A partir de una perspectiva que se plantea que las preguntas históricas necesariamente requieren desplazarse de las fuentes científicas hacia el campo intelectual, institucional o político (p. 12), este enfoque favoreció el análisis de las vinculaciones entre un conjunto de nociones presentadas en el marco de producción de la publicación, y en particular la noción de “lo grupal”, las circunstancias políticas e históricas de sus protagonistas y el entramado político-social, cultural y disciplinar en el que esa producción encontró sus condiciones de posibilidad y adquirió sus características singulares. En ese marco, estudios sobre historia reciente desde perspectivas del ensayo, la crítica y la filosofía (Casullo, 1997, 2007; Kaufman, 1997, 1998, 2008, 2011, 2012, Kaminsky, 1990a) permitieron establecer conexiones entre las condiciones socio-culturales del período de post-dictadura y el lugar central que adquirió, en *Lo Grupal*, la problemática de las formas de violencia simbólica en los espacios de convivencia social: las instituciones y los grupos.

Por último, la categoría de “recepción” del enfoque de historia intelectual, que supone interrogar la relación entre la constitución de los objetos y de los conceptos de la psicología (y del psicoanálisis) y las formas de recepción cultural, fue de utilidad para reconstruir las operaciones de lectura que prevalecieron en *Lo Grupal*. Atender los problemas de la recepción implica analizar los usos de una obra a partir de una idea central: “la lectura no es la incorporación pasiva del texto sino que siempre supone una apropiación que lo transforma” (p. 14). En el caso de *Lo Grupal*, la categoría de recepción dio un marco de lectura para mostrar la centralidad que adquirió la recuperación de referencias del psicoanálisis argentino vinculado a las izquierdas de las décadas previas y cómo esa relectura se acopló a lecturas de un conjunto de obras y conceptos del ámbito francés para desplegar una revisión de la concepción de lo político en relación con el campo de la clínica.

El propósito de la tesis se sintetiza entonces, en términos generales, en una reconstrucción histórica y análisis crítico de la experiencia de esta corriente intelectual del psicoanálisis en nuestro país. Un movimiento cultural, político y clínico que tomó aliento, en los primeros años de post-dictadura, en el rescate de un horizonte de antecedentes del movimiento político intelectual de los años 60 y comienzos de los 70. Este propósito conlleva un manifiesto interés ético, en la medida en que se orienta, a través del análisis de *Lo Grupal*, hacia una crítica del mundo social, de las instituciones y de sus relaciones con formas de poder extendidas en el cuerpo social hasta el presente.

La tesis se enfocó en las siguientes fuentes primarias: 1) los prólogos de los diez volúmenes que integran la colección; 2) un conjunto de artículos que integran la publicación *Lo Grupal* considerados los más significativos para desarrollar los núcleos temáticos vinculados a la hipótesis, a los problemas y a los objetivos propuestos en el inicio de la investigación, centralmente de De Brasi, Pavlovsky, Percia, Baremlitt, Bauleo, Kesselman, Fernández, Del Cueto, Herrera, Szyniak y Saidón; 3) artículos y libros de los mismos autores que retomaron esos temas en años posteriores a la publicación y 4) entrevistas y conversaciones realizadas con algunos de sus autores.

El contenido de los capítulos puede sintetizarse del siguiente modo: El primer capítulo se enfoca en destacar de qué modo la noción de “lo grupal”, en el marco de producción de este proyecto editorial, condensó una renovación de las conceptualizaciones típicas y de los modelos de abordajes más extendidos sobre grupos en el ámbito local. Se desarrolla que la referencia a “lo grupal” implicó aquí un giro desde el estudio de los grupos como objeto de estudio y de intervención de las psicologías, sociologías y perspectivas del psicoanálisis hacia el abordaje de lo grupal y de las condiciones histórico-sociales de producción de subjetividad. Se sitúa el pensamiento de Juan Carlos De Brasi como referencia principal en el desarrollo de las cuestiones conceptuales más relevantes que esa renovación implicaba. Por último, el capítulo muestra que ese giro conllevó la recuperación de las principales referencias de la tradición grupalista argentina, específicamente el enfoque de Pichon-Rivière sobre los *grupos operativos*, para producir desde allí un desplazamiento de los modelos basados en el grupo como objeto de estudio y de intervención, hacia una concepción de *lo grupal* como condición estructurante de lo social-histórico.

El segundo capítulo se centra en destacar los modos que adquirió en *Lo Grupal* (Percia, Herrera y Szyniak, 1986; Percia y Herrera, 1987; Percia, 1989, 1991) la recuperación y revisión de un tópico privilegiado del campo intelectual en los años 60 y comienzos de los 70: la relación entre psicoanálisis y política. Se analizan los rasgos que adquirió esa operación

de recepción caracterizada por la producción de un horizonte de antecedentes provenientes de la tradición del psicoanálisis argentino vinculada al pensamiento de las izquierdas de las décadas previas (Pichon-Rivière, Bleger, los grupos Plataforma y Documento) y por la recepción de obras y herramientas conceptuales del ámbito francés (Castel, Bourdieu, Catoriadis, Foucault). En segundo lugar el capítulo desarrolla que esos mismos autores articularon esa revisión del problema de la relación entre la clínica y la cuestión política con desarrollos que problematizaron aspectos de la labor clínica en situación de grupo. Se destaca en este sentido una serie de planteos que se orientaron a la crítica de la institucionalización del lugar del coordinador de grupos, al cuestionamiento de la tendencia a la reducción de la cuestión grupal al modelo del grupo terapéutico y la interrogación sobre las formas de concebir la interpretación en las prácticas clínicas y en particular en las situaciones colectivas.

El tercer capítulo muestra el lugar central que adquirió, en *Lo Grupal* (Pavlovsky, 1986; De Brasi, 1986, 1989; Percia, Herrera y Szyniak, 1986) la reflexión sobre el problema de la violencia y el autoritarismo en el análisis de producción de subjetividad. Se analiza que la referencia a “lo grupal” estuvo en el centro de esas preocupaciones en la medida en que, a través del desplazamiento en el lenguaje que ella producía, se apuntaba a diseñar, en el terreno de las prácticas, modos de trabajo en situaciones colectivas que pudieran atender las formas condensadas e imperceptibles de violencia simbólica en las prácticas sociales. En la misma línea, el capítulo muestra que la introducción de la noción de *lo grupal*, en proximidad con otras referencias conceptuales de circulación en esos años, problematizó los modelos y conceptos típicos para el abordaje de los grupos a través. Entre las referencias más destacadas que se articularon a la idea de “lo grupal” se encuentran la concepción de Foucault sobre el poder, nociones del análisis institucional francés inaugurado por Guattari y continuado por otros autores (Lourau, Lapassade) como la idea de transversalidad y la distinción entre grupos sometidos y grupos sujeto. El desarrollo del capítulo muestra que este sector del campo del psicoanálisis, en su apertura hacia la sociedad y la cultura expresó una intervención de resistencia cultural al contribuir a un trabajo de elaboración de los efectos de lo acontecido en la historia reciente sobre los vínculos socio-comunitarios.

Capítulo 1

De las grupologías hacia *lo grupal*

Lo en juego de lo en común. Pensar esto, sin tregua, eso es la «filosofía» –o lo que de ella queda en su fin, si ella queda en común–, eso es política, es arte, o lo que queda de él, es andar por la calle, es pasar las fronteras, es fiesta y duelo, es estar en la brecha, o en un compartimento de tren, es saber cómo el capital capitaliza lo común y disuelve el *en*, es preguntar siempre lo que quiere decir «revolución», lo que quiere vivir revolución, es resistencia, es existencia.

Jean-Luc Nancy (1986)

“Lo grupal no son los grupos”

Una serie de cuestiones en esta publicación fueron desplegadas desde la expresión misma que le dio nombre: la idea de lo “lo grupal”. Esta referencia introdujo en *Lo Grupal* la apertura de interrogantes que se orientaron a problematizar aspectos específicos de los modelos teóricos más extendidos para el abordaje de los grupos. Así, “lo grupal” no fue, en ese contexto de producción, la alusión al adjetivo que nombra lo relativo a los grupos, sino la afirmación de un problema que requería ser pensado. Indicó la necesidad de producir un desplazamiento respecto de la idea del “grupo” como objeto de las teorías psicológicas, psicoanalíticas y sociológicas.⁵ Esto fue subrayado por algunos de sus autores en los últimos años. Dos referencias de especial importancia en este sentido son: Primero, la idea de que *lo grupal* había implicado un desplazamiento desde las concepciones típicas sobre los grupos hacia la apertura de la interrogación por las condiciones histórico-sociales de producción de

⁵ Los primeros trabajos sobre psicoanálisis y grupos en la Argentina en los años 50 se componen de referencias diversas. Pueden situarse dos líneas principales de trabajo, a su vez conectadas entre sí. Una es la que se abre con la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupos (AAPPG) fundada con el apoyo de la APA en 1954, por Juan José Morgan, Jorge Mom, Raúl Usandivaras y que tuvo entre sus miembros a Emilio Rodríguez, Marie Langer y León Grimberg entre otros. Morgan fue además el primer profesor titular de la asignatura *Dinámica de Grupos* de la Facultad de Psicología de la UBA. En el ámbito de la AAPPG predominó un esquema de aplicación de la psicoterapia individual al grupo. Su principal referencia teórica fue el psicoanálisis inglés de matriz kleiniana. No sólo los desarrollos de Melanie Klein sino también las experiencias de grupos realizadas por W. R. Bion. Hay que recordar que Emilio Rodríguez había observado el trabajo del psicoanalista inglés en Londres en 1949. Unos años después, en 1957, publica junto con Marie Langer y León Grimberg *Psicoterapia del grupo*. La otra línea es la inaugurada por Enrique Pichon Riviére que, si bien se desprende también de la APA, altera el esquema kleiniano predominante en esa institución al incorporar herramientas conceptuales de las ciencias sociales. Entre sus principales referencias hay que situar a Melanie Klein con los tópicos de las fantasías, ansiedades y defensas, pero también a Kurt Lewin, Jean Paul Sartre, Ezriel, George Mead y Gaston Bachelard (Percia, 2005, pp. 210-211; Dagfal, 2009, pp. 159, 267 y ss.).

subjetividad (De Brasi, 1997 [2007]). Segundo, que ese pasaje habría servido como “contraseña política”, en el marco de producción de la publicación con ese nombre, en los años de la post-dictadura (Percia 2011a).

Para De Brasi (1997[2007], 2001) la afirmación “lo grupal no son los grupos” había permitido señalar una serie de problemas presentes en los modos cristalizados de abordar la problemática de la grupalidad y producir un movimiento respecto de las conceptualizaciones históricas típicas para pensar los grupos: conflicto, cohesión, interacción y comunicación, interjuego de roles, resistencia al cambio, transferencia, ilusión y fantasía grupal, supuestos y ansiedades básicas. *Lo grupal* expresaba la necesidad de un desplazamiento de la concepción de los grupos como objeto teórico o empírico (de estudio o de intervención) –lo que llamó “enfoques grupológicos”– hacia la interrogación sobre las condiciones de producción de subjetividad. Según el autor se buscaba “expandir e inscribir la problemática [grupal] en el ámbito sociopolítico y cultural”, “desterritorializarla de los dominios profesionales y de expertos, en las cuales se habían movido las conceptualizaciones sobre los grupos desde los años cincuenta en adelante” y “arrancar, en *lo grupal*, a los grupos de su evidencia empírica, abstracta y desocializadora” (De Brasi 1997 [2007], p. 111).

Hay que subrayar de entrada lo que se presta a un equívoco; no se trataba, con la noción de “lo grupal”, de ofrecer un nuevo marco teórico o esquema conceptual determinado que reemplazara a los existentes ni una nueva “técnica grupal”. El espacio de producción de *Lo Grupal* se planteaba como un lugar de despliegue de una problemática inaugural, “un tránsito histórico, estético-político y epistémico hacia otros devenires de pensamiento y acción” (p.126): se trataba de inaugurar una “clínica de la grupalidad” que abriera dimensiones que no habían sido pensadas en las producciones que anteriormente se habían ocupado de los grupos:

el despliegue del horizonte epistémico de la complejidad, la multiplicidad, la implicación, los procesos de diseminación, las interferencias grupales, los matices en la enunciación, los regímenes de afección (...), la salida –no el rechazo– del campo representacional y del universo de la transparencia, el desborde de las operaciones técnicas, los devenires del cuerpo, la inclusión instrumental de otros saberes, el diseño micropolítico (pp. 129-130).

En *Lo Grupal*, esta propuesta de renovación se encuentra enunciada por Juan Carlos De Brasi (1986) en el prólogo de *Lo Grupal 3*, cuando se refiere a *lo grupal* como un campo de investigación y análisis inaugural en torno de la producción de subjetividades.⁶ De Brasi

⁶ De Brasi ya había enunciado este pasaje en *La propuesta grupal*, editado por Editorial Folios en México en 1983.

(1997 [2007]) se refiere también a *grupalidad* en proximidad con la idea de *lo grupal*. En primer lugar ambas expresiones producían un desplazamiento respecto de “los grupos” como objeto de estudio; luego, la idea de grupalidad implicaba evitar la reducción de la expresión *lo grupal* a una mera adjetivación (como la que se dice en expresiones tales como “tarea grupal”, “fantasía grupal”, “ilusión grupal”) (pp. 128-129). Se lee en ese prólogo:

Lo grupal habla de algo que espera ser marcado por una lectura posible, pero también de una secuencia –es el tercer volumen– que establece cuestiones para ser pensadas. Lo grupal dice, a un oído atento, sobre conjunciones, disyunciones, atravesamientos; evoca multiplicidad de formas y repertorios, que arman esas fluidas –a veces efímeras – “positividades” llamadas grupos (De Brasi, 1986, p. 3).⁷

Por su parte, en el prólogo de *Lo Grupal 2*, Pavlovsky (1985) escribe que la convocatoria a los distintos colaboradores se sostenía en una afinidad común. Una afinidad que no estaba en una teoría ni en una técnica para trabajar en grupos, sino en una sensibilidad frente al problema de lo colectivo: pensar *lo grupal* en sus atravesamientos con lo histórico social (p.8).

La idea de “atravesamiento” no llega sin embargo a situar adecuadamente la complejidad que la referencia a *lo grupal* intentó pensar. La idea de atravesamiento de lo grupal con lo social histórico tiende al mismo equívoco que la de “contexto” del grupo: suponer algo previo a o algo sin ese cruce (entre el grupo y lo histórico social). Reproduce el

⁷ La producción de Juan Carlos De Brasi es la más significativa en esta renovación de las ideas sobre la problemática de la subjetividad y la grupalidad. Incluso su enseñanza sobre psicoanálisis y materialismo histórico y su trabajo de escritura parece haber operado en cierta medida como faro para el núcleo de autores más significativo de *Lo Grupal* (Pavlovsky, Kesselman, Bauleo, Percia, Fernández). Son muchas las notas en diversos artículos de la publicación que hacen referencia a sus textos, sus ideas y también a conversaciones personales con él. Juan Carlos De Brasi es filósofo graduado en la Universidad de Buenos Aires y doctorado en la Universidad de París con una tesis inédita –que puede encontrarse en la Biblioteca de la FFyL de la UBA– sobre la obra de arte en Heidegger. En los años 60 escribió artículos de crítica en el diario *El Mundo*, y en revistas como *Los Libros*, *Artiempo* y *Confirmado*; participó del comité editorial de la revista *Malos Aires* en 1969. Desde los años 70 se ha dedicado a la investigación y la práctica del psicoanálisis desde una posición crítica frente a todo reduccionismo de “escuela”. Participó de los movimientos de ruptura con la APA desde el Grupo Documento y contribuyó, junto a Gilberto Simoes, Julio Marotta y Santiago Dubcovsky, a la creación del Centro de Docencia e Investigación (CDI) de los trabajadores en Salud Mental en 1973. Sobre el lugar de Juan Carlos De Brasi en el CDI, puede consultarse también Carpintero y Vainer (2005, p.68). En los años cercanos a la conformación del grupo que participó en *Cuestionamos*, la formación de muchos psicoanalistas alrededor del marxismo y el psicoanálisis se realizó en grupos de estudio, reunidos por fuera tanto de la universidad como de la Asociación Psicoanalítica Argentina, que dictaron Juan Carlos De Brasi, Raúl Sciarreta y León Rozitchner. De Brasi ha realizado desde esos años un amplio trabajo de docencia e investigación en la Argentina y en el exterior –especialmente en México durante el exilio en los años de la última dictadura y en España en los años 90– en torno de psicoanálisis y marxismo, epistemología y ciencias sociales que continúa hasta el presente. Uno de los propósitos principales que guían la presente investigación es contribuir a situar la posición destacada –y poco atendida hasta el momento– de la obra y la enseñanza de Juan Carlos De Brasi en el campo intelectual argentino contemporáneo. Las coordenadas principales de su aporte pueden sintetizarse en una apuesta sostenida de pensamiento sobre los encuentros posibles –un “sostenido y eficaz desencuentro” en términos del autor– (1991, p. 70) entre psicoanálisis y materialismo histórico.

dualismo de la separación interior/exterior. La afirmación de De Brasi que considera lo grupal como un campo de investigación y análisis de producción de subjetividades se dirigía en primer lugar a señalar el problema de seguir pensando el grupo bajo alguna modalidad de dualismo, comenzando por la que separa subjetividad y objetividad.⁸ Pero también la que separa un *adentro* o *interior* en contraposición a un *exterior* o *afuera* social. Se trataba de desnaturalizar la idea misma de grupo y toda la serie de dualismos vinculada a ella (interior/exterior, adentro/afuera, subjetividad/objetividad, propio/ajeno).⁹ Por eso, De Brasi (1987) señalaba, a través de la referencia a *lo grupal*, un desplazamiento del grupo empírico – tan habitual en los discursos y las prácticas de grupo (terapéuticos, pedagógicos, operativos)– hacia “lo grupal como condición estructurante de lo social-histórico” (1987 b, p. 44). La confusión que produce pensar la problemática grupal desde una concepción empírica de grupo fue situada también con una simple indicación: para empezar, plantearse qué *es* un grupo es formular mal la cuestión. Luego, una pregunta más adecuada sería: ¿cómo algo se pone en marcha? De Brasi refiere así lo grupal, como espacio *productivo-deseante*, al acontecer antes que al ser (p. 45). En esa dirección el autor precisó, como parte de la necesidad de una *tarea crítica*, qué implicaba distinguir *lo grupal* de los grupos (empíricos, “concretos”): “no puede confundirse (aunque hasta ahora se lo ha hecho sin reparos) lo grupal con los grupos concretos y lo que allí pueda experimentarse. Pasa *por* ellos, sin agotarse *en* los mismos” (De Brasi, 1988, p. 100).

Lo grupal habla claramente de las diversas formas en que las subjetividades son conformadas, de los grupos donde circulan y se vehiculizan, sin quedar apresadas ni reducidas a tales formaciones grupales. Golpean en ellas, pero las trascienden hacia ramificaciones complejas e infinitas con las instituciones, las combinaciones sociopolíticas, los sembradíos comunitarios (De Brasi 1990, p. 14).

La noción de *lo grupal* se presentaba como un modo posible de evitar cualquier versión sustancialista del sujeto o la subjetividad para pensar al hombre, a los grupos y las instituciones; inscribía –o insistía en inscribir– la problemática grupal en la tradición crítica del pensamiento marxista. Se trataba de una ficción conceptual para pensar subjetividad como *producción* en una trama social-histórica determinada. El horizonte de preguntas que esta

⁸ Cfr. La “Crítica del Dualismo” que abre el ensayo *Subjetividad, grupalidad e identificaciones. Apuntes metagrupales* (De Brasi, 1990a) y su reedición, con ampliaciones y correcciones, *La problemática de la subjetividad. Un ensayo, una conversación* (De Brasi, 2007).

⁹ De Brasi (2007) señaló que la idea de *lo grupal* o la de *grupalidad* trataba de desplazarse incluso de la distinción que establece Guattari (1972/1976) entre grupos sujeto y grupos sometidos en *Psicoanálisis y transversalidad*. Para De Brasi esa dualidad no lograba todavía salir de la concepción en la que se sostienen las diversas “grupologías”: la captura en la relación sujeto-objeto (p.119).

referencia indicaba no se dirigía “a *el hombre, su esencia o naturaleza*, sino a la definición de un sujeto concreto, concebido como ‘el conjunto de sus relaciones sociales, grupales, familiares e institucionales’” (De Brasi, 1988, p. 120).¹⁰

La distinción entre los grupos (y las grupologías) y *lo grupal* ponía en cuestión además uno de los aspectos más problemáticos –y tal vez más arraigados en el sentido común psicológico hasta la actualidad– de los modelos de trabajo en grupo desde los años 50. Se trata de los enfoques que, al considerar el concepto de grupo como unidad y como totalidad, tendieron a orientar la interpretación en la búsqueda de representaciones unificadas (“el grupo siente...” “el grupo piensa...”, etc.). El grupo queda equiparado con una especie de individuo amplificado. *Lo grupal* señalaba una dimensión de *exterioridad* que desbarataba esa reducción del grupo a una individualidad y, en la misma dirección, la idea de grupo como fenómeno “intermediario” entre individuo y sociedad.¹¹ Para señalar ese problema De Brasi puso en el centro de la cuestión de *lo grupal* la noción de *singularidad*. Advertía que mientras la noción de individuo, como la de grupo o sociedad son ilusiones totalizadoras, la de singularidad pone en juego la multiplicidad de formas (conocidas tanto desconocidas) y la imposibilidad de clausura en una representación.

No podemos ignorar que los hombres nacen divididos, fragmentados, que su unidad en el yo, el grupo o la sociedad son, como los términos de referencia, un logro mítico, una ilusión –necesaria– totalizadora. Al contrario sostenemos que esa imposibilidad de clausura, es la única garantía de existencia y persistencia del hombre mismo (...) Y que lo social-histórico no es un afuera ni una extensión o posterioridad temporal de una sustancia subjetiva, sino aquello con lo que está tramado el mismo inconsciente (De Brasi 1990, pp. 19-20).

¹⁰ El destacado es del original.

¹¹ Por tomar una de las referencias inaugurales de la tradición del psicoanálisis de grupo en la Argentina, Rodriqué, Langer y Grinberg (1957), en su enfoque de psicoterapia del grupo, hacían hincapié en la “aplicación” del psicoanálisis al grupo pensado como “unidad social” y como “totalidad gestáltica” integrada por elementos. En esa perspectiva, la concepción del grupo como una totalidad era un pilar de la función interpretativa del terapeuta; la totalidad del grupo era formulada como “un solo yo dividido en yo parciales, puesto que cada integrante actúa en función de los demás” (p. 50). Los autores sostenían que “los problemas expresados por cualquier integrante contienen, en forma latente o manifiesta, los del resto de los participantes” (p. 72). Lo que se interpretaba, la “fantasía inconsciente”, expresaba “la vida interior del grupo”. Explicitaban que cuando “el grupo progresa”, incluso los silenciosos se benefician (p. 72). Al respecto cabe recordar que J.-B. Pontalis (1968) ya había señalado, a propósito de las psicoterapias de grupo, la noción misma de grupo como un problema. Observaba que lo que se comprobaba como *efectos de grupo* estaba apoyado por la concepción del grupo como individualidad. Pontalis hacía notar la insistencia de los psicoterapeutas de grupo “en llamar siempre sobre el grupo la atención de los participantes; el grupo como unidad, toma tal decisión, aborda tal tema, sufre tal fracaso. Se halla todo él implícito, íntegramente, en todo lo que sucede” (p. 224). Desde su perspectiva, el problema de estas concepciones es el postulado que las sostiene: el grupo es encarado como una existencia absoluta, centrado en sí mismo y no en su dependencia del universo social (p. 222).

La noción de singularidad vinculada a *lo grupal* sirvió para conmover ese esquema tan instalado en los modelos grupales de adaptar el tratamiento de la problemática grupal a la idea de individuo. Si el individuo remite a una identidad, una singularidad remite al movimiento y a la transformación, una singularidad *se produce*. De Brasi escribió en ese sentido que un grupo “puede referirse como un proceso desencadenado por los cruces y anudamientos deseantes entre miembros singulares” (De Brasi 1987b, p.45). Y agregaba:

Singulares, *no* individuales. Mientras el individuo marca el acabamiento del self como noción doctrinaria y, por lo tanto, "irrealidad concreta", *una* singularidad existe sólo a partir de sus conexiones, vecindades y relaciones. No es *significable* ni pasible de ser absorbida en el plano categorial. Una singularidad es real cuando se practica y realiza como tal (p.45).

Lo neutro de la expresión *lo grupal* sugería una doble imposibilidad: la de definir lo que un grupo *es* como la de sostener, en cualquiera de sus versiones, algún *ser* de grupo.¹² Así, *lo grupal* ponía en cuestión no sólo la concepción de grupo como una individualidad (unidad, totalidad) cerrada en sí misma sino también la idea de individuo, indiviso, propio, idéntico a sí mismo. Escribe de Brasi: “Somos un acontecer grupal diseminado en nosotros mismos, como lenguaje y gesto, como signatura socio-histórica y singularidad inconsciente, como destino e invención del azar” (De Brasi 2001, p.8).

Lo grupal como oportunidad de invención

La referencia a la *invención*, que adquiere en relación con *lo grupal* un lugar privilegiado, permite una mayor comprensión de la insistencia en que *lo grupal* no trataba de ofrecer un nuevo marco teórico ni una nueva técnica de aplicación. Invención remite en estas producciones a dos sentidos conectados entre sí. Por un lado se dirigía a la necesidad de revisión crítica de los modelos empleados en las prácticas y su relación con la situación de las prácticas asistenciales en los espacios públicos (Percia y Herrera, 1987; Fernández, 1988). Un planteo que pretendía además promover una conciencia sobre la historicidad de los conceptos y de las prácticas. Introducir la dimensión histórico-social en los procesos de producción de

¹² La distinción entre los grupos y lo grupal fue retomada por Marcelo Percia (2011a) en un trabajo reciente, “Lo grupal, la cuestión de lo neutro”. Allí el autor aproxima la idea de “lo grupal” a la noción de *lo neutro* presente en el pensamiento francés de autores como Bataille, Blanchot, Barthes, Derrida y Deleuze. Escribe: “En la proposición *lo grupal no son los grupos*, lo neutro transforma la negación en enunciado infinito (no son los grupos ni las instituciones, ni las comunidades, ni las multitudes ni los conjuntos). No importa lo que *es* sino lo que acontece (en los grupos, las instituciones, las comunidades, las multitudes, los conjuntos) inesperado” (p. 3). Y también: “Interesa lo grupal como acontecimiento siempre posible. (...) Lo grupal, así invocado, sólo puede narrarse como potencia ya acontecida, como existencia nunca imaginada antes de ser vivida” (p. 11).

subjetividad incluía pensar también las referencias teóricas y las prácticas sociales como producciones históricas. De Brasi (1988) hacía notar en este sentido que los grupos y las instituciones tienden a considerarse como existiendo naturalmente y que por ello era “necesaria una tarea crítica que discrimine y señale a ambos fenómenos como producciones histórica y subjetivamente acotadas, lo cual incluye a los mismos aparatos críticos usados en cada momento” (p. 100). Pero también, como se verá, la idea de invención era uno de los sentidos que adquiriría la noción misma de *lo grupal*, pensada como espacio de producción colectiva.¹³ Un pasaje del prólogo de *Lo Grupal 5* condensa muy bien los dos sentidos aludidos. Primero, se señala (hacia el interior de la tradición grupalista) el riesgo de la repetición de modelos teóricos sin problematización. Segundo, se marca, desde el proyecto de esta publicación, una posición y una intención: el pensamiento de lo grupal pretendía “rescatar” la potencia de las prácticas grupales, es decir, la capacidad productiva y anti dogmática que las acciones colectivas podrían realizar, sin evitar la interrogación acerca de sus modos de trabajo. Se lee en ese prólogo:

Lo grupal necesita fundar su propia crítica (...) La escritura sobre lo grupal no interesa si reincide en un mito cierto e idéntico a sí mismo, pero importa si *rescata* las prácticas grupales a partir de la interrogación de sus actos. Al fin de cuentas nada está más lejos de lo grupal que los dogmas de grupos y nada más cerca de nuestro proyecto que las rupturas de dogmas que las acciones colectivas pueden provocar (Percia y Herrera 1987, p. 9).¹⁴

En el prólogo del tercer volumen también se sugiere que había una distancia creciente entre la complejidad de “determinaciones, efectos y significaciones” que convergen en los grupos y los conceptos disponibles para abordarlos y se hace referencia a un terreno de “lo grupal” como oportunidad de invención de formas inéditas, al descubrimiento de recorridos de pensamiento todavía inexplorados y de un horizonte de realizaciones posibles. (De Brasi, 1986, p. 10).

Los planteos sobre la urgencia de revisión de los modos de trabajo en situaciones de grupo cobran un sentido particular en relación con la situación de las prácticas asistenciales en

¹³ Las ideas de *invención*, *descubrimiento* y *aprendizaje*, vinculadas a la de *transformación* fueron tópicos centrales en los desarrollos de Pichon-Rivière sobre los “grupos operativos”. El tema se retoma más adelante a propósito de los desarrollos de De Brasi sobre el “grupo-formación”.

¹⁴ Habría que mencionar, en cercanía con la idea de “ruptura de dogmas” como potencia de lo colectivo, el antecedente en Pichon-Rivière de la idea de estereotipo y su relación con el problema de la ideología y del sentido común. A propósito de la experiencia de los grupos operativos realizada en Rosario en 1958, Pichon situaba una orientación de esa experiencia en la capacidad que el “proceso grupal” podía tener de intervenir sobre “las actitudes estereotipadas”. Estas actitudes –agregaban los autores del escrito– eran “mantenidas en vigencia como guardianes de determinadas ideologías o instituciones” y funcionaban como barreras a “nuevas soluciones” (emergentes) como “descubrimientos” o “invenciones” (Pichon-Rivière *et al.*, 1960, p. 115).

los espacios públicos en los años de post-dictadura. Si los grupos y las instituciones como “objetos” privilegiados de interés habían estado, desde fines de los años 50 y durante los años 60, en el centro de un proyecto renovador y reformista¹⁵, esa tradición parecía ahora haber quedado reducida, en el ámbito público, a un uso utilitario desvinculada de su potencialidad transformadora (Percia y Herrera, 1987). Se advertían ciertos “equivocos”¹⁶ extendidos en esos años en los modos de pensar las relaciones entre psicoanálisis y problemática grupal e institucional. Se quería señalar que esos equivocos, con que se aludía tanto a posturas que se afirmaban como especialistas grupalistas como a los que se afirmaban como psicoanalistas – se podría hablar de un “sentido común calificado”¹⁷ – redundaban en la pérdida del interés por la investigación acerca de la problemática grupal y su relación con las prácticas en el ámbito público. Respecto de las posiciones sostenidas por grupalistas se hace referencia a un problema heredado de las primeras tentativas de abordaje del grupo desde perspectivas del psicoanálisis, en los años 50: la exigencia de legitimar la tarea clínica con grupos desde certezas del psicoanálisis.¹⁸ Respecto de las segundas posiciones, se ubica el rechazo de la problemática grupal por ser considerada, en nombre de una supuesta pureza del psicoanálisis, como práctica de segunda o como modo de abordaje inferior.¹⁹ En definitiva, se advierte que ambas posiciones eran en este aspecto equivalentes y derivaban a su vez en un equívoco fundamental: reducir lo grupal como espacio potencial de producción colectiva a una técnica destinada a cumplir con objetivos de rendimiento y eficacia institucional (la idea de “hacer grupos” para satisfacer la demanda de atención pública con menores recursos). (Percia y Herrera, 1987, p. 14; Fernández, 1988, pp. 133-134).²⁰ En este sentido se afirma que no se

¹⁵ Se trata de la tradición vinculada principalmente a las figuras de Pichon-Rivière y de Bleger. El grupo considerado como objeto intermediario entre el individuo y la sociedad y como nuevo espacio de intervención en las instituciones fue uno de los tópicos centrales que, en el marco del clima modernizador entre fines de los años 50 y los 60, quedó situado como representación y objeto de prácticas orientadas a la transformación social. Véase por ejemplo Vezzetti (1998b, 2004). Sobre la relación de la expansión del psicoanálisis en el campo intelectual con la renovación de las ciencias sociales en los años 60, véase Vezzetti (1998a).

¹⁶ Las comillas son del original.

¹⁷ La expresión es de Alejandro Kaufman.

¹⁸ Lo que también se nombra en *Lo Grupal* como una “tendencia de aplicación” en los inicios del trabajo en grupos (Percia, 1989, p. 66-67). Véase también Dagfal (2009, p. 267 y ss.).

¹⁹ Al respecto, en el capítulo 2 se desarrolla este problema a propósito de lo que Percia, Szyniak y Herrera (1986) situaron como tendencia de los “discursos formalistas”.

²⁰ Cabe recordar en este sentido lo que Vezzetti (1998b) señalaba a fines de la década del 90 en un texto dedicado a la tradición de los grupos operativos inaugurada por Pichon-Rivière. El autor se refiere allí al “horizonte ambiguo” que envuelve a la tradición grupalista argentina. Esa ambigüedad, que Vezzetti vincula a los usos de los modelos y las prácticas grupales, estaría en la tensión entre la potencialidad que había conectado “el paradigma del grupo operativo con la sensibilidad de cambio hacia una nueva sociedad” en los años 60 y el riesgo de esas prácticas de quedar reintegradas al espacio de un “consumo privado” (p. 2).

Por otra parte, el “equivoco” señalado en *Lo Grupal* también tiene su historia. En *Psicoterapia del grupo* (1957) Grimberg, Langer y Rodrigué incluían entre las indicaciones de la terapia del grupo, como una obviedad, las “ventajas de orden práctico, de tiempo y de dinero” (p. 73).

trataba ni del “rechazo de los grupos” ni del “festejo irreflexivo de lo grupal”, sino de indagar, desde una posición crítica, los dispositivos empleados en las prácticas colectivas: “grupo-formación, grupo de psicodrama psicoanalítico, grupo operativo, grupo terapéutico, grupo de reflexión, grupo de análisis institucional o taller comunitario” (Percia, 1989, p. 84) ya que “en las experiencias institucionales suelen ser tan inaplicables el psicoanálisis como la clínica grupal ideada en los consultorios privados” (Percia y Herrera, 1987, p. 14).

Dar cuenta de un saber no es atenerse a las fórmulas preestablecidas que disciplinan un pensamiento. Por el contrario, es imaginar fundamentos para acciones grupales que participen de opciones que, en salud, se necesitan inventar. Lo grupal, así entendido, comienza por ser declaradamente *utópico*: elige situarse más allá del horizonte de posibilidades al que remiten los grupos conocidos hasta el momento (Percia, 1989, p. 84).

Lecturas de Pichon-Rivière: Aportes de Juan Carlos De Brasi

La figura de Pichon-Rivière fue recuperada en *Lo Grupal* como un referente fundamental de una “conciencia crítica” en la labor clínica. Sus aportes a una psicología social orientada a la transformación social encontraron en este contexto de producción un espacio de recuperación y un despliegue renovado por nuevos problemas y por otras recepciones.

Enrique Pichon-Rivière ocupa un lugar destacado en una trama compleja que, desde los años 40 en la Argentina, se configuró en los cruces entre la psiquiatría, el psicoanálisis, la medicina social, la psicohigiene, la psicología social y en las relaciones de esa trama con las vicisitudes del campo intelectual y político. Su recorrido intelectual condensa de un modo original psicoanálisis, psiquiatría, psicología social, arte y política. Es particularmente conocido –y muchas veces ha sido simplificado– el lugar privilegiado que el abordaje de los grupos tuvo en su proyecto de una psicología social transformadora. Su enseñanza promovió una renovación del campo psicoanalítico al introducir herramientas conceptuales provenientes de las ciencias sociales. Fue uno de los miembros fundadores de la Asociación Psicoanalítica Argentina en 1942. El impacto de su enseñanza en la formación de las primeras generaciones de psicólogos ha sido atribuido, en primer lugar, al hecho de haber habilitado una apropiación del psicoanálisis por fuera de las normas de la APA. Además, la expansión de su enseñanza por fuera del ámbito universitario se vincula, junto a la de otros protagonistas como José Bleger, Antonio Caparrós y León Rozitchner entre los más destacados, a la situación del campo intelectual argentino de aquellos años, específicamente la que se abre con el golpe de

estado del 66 y la desestructuración de las universidades nacionales. Se configuran en ese marco nuevas modalidades de formación a través del despliegue de escuelas y grupos de enseñanza y trabajo profesional en el ámbito privado y se formulan nuevos problemas ligados a la salud mental, la psicohigiene, la educación, los distintos desarrollos del psicoanálisis y nuevos “objetos” como la familia, los grupos y las instituciones.²¹

Los desarrollos que De Brasi desplegó en la publicación *Lo Grupal* alrededor del pensamiento de Pichon-Rivière permite profundizar en ese pasaje de las “grupologías” hacia la investigación sobre lo grupal y la producción de subjetividad que el autor había enunciado en el prólogo de *Lo Grupal 3*. De Brasi (1983, 1987ab) despliega, a partir de temas centrales en el pensamiento de Pichon-Rivière, las principales dimensiones que ese “pasaje” implicaba.²² Como se verá, en sus *Elucidaciones sobre el ECRO* De Brasi problematiza la idea de una “teoría” en Pichon y la aplicación de una “técnica” (la separación teoría-técnica equivale a la separación teoría-práctica), la idea de “modelo”, la totalización presente en la idea de “esquema”, la referencia a la “unidad” grupal, la concepción de verdad presente en la noción de “operativo”. Por otra parte, en relación con el “Grupo-Formación”, replanteó la idea de aprendizaje-formación, la de “invención”, el concepto de “tarea”, cuestionó los modelos pedagógico y terapéutico (y en particular el grupo terapéutico) como prácticas normalizadoras. Problematizó con esos planteos ciertos usos reducidos de los aportes de Pichon-Rivière.²³ Esos escritos muestran un horizonte (abierto, diseminado, complejo) de lecturas que nutrían sus reflexiones. Principalmente el pensamiento de Gilles Deleuze y de Félix Guattari, pero también se encuentran referencias a Heidegger, Derrida, Sartre y Merleau-Ponty entre otros.²⁴

De Brasi (1987b) sostenía que era necesario “deconstruir desde el interior los múltiples senderos teóricos que se manejan en el abordaje de los grupos” (p. 45). Introducir los aportes de De Brasi en relación con la enseñanza de Pichon-Rivière requiere explicitar

²¹ Cfr. Vezzetti, 1999-2000, 2002, 2004; Dagfal, 2009.

²² Principalmente en “Elucidaciones sobre el ECRO, un análisis desde la clínica ampliada” (1987a) y en “Desarrollos sobre el Grupo-Formación” (1987b).

²³ Hay que señalar que estas ideas apuntaron a promover una reflexión principalmente en las escuelas de psicología social y de psicodrama, ámbitos de mayor difusión y circulación de los volúmenes de *Lo Grupal*.

²⁴ Según De Brasi (2008) la lectura de Deleuze, Foucault y Derrida en los años 70 había funcionado para algunos argentinos, entre los que menciona también a Sciarreta, Pavlovsky y Barembliitt como modo de apertura del “triángulo semi-asfixiante dibujado por el kleinismo, el althusserianismo y el lacanismo”. Ubica entre las primeras obras, que circularon en espacios informales de lectura, *Diferencia y repetición* y *Lógica del sentido* de Deleuze, la traducción de Oscar del Barco de *La Gramatología* de Derrida y unos años después *El Antiedipo* de Deleuze. Esas lecturas confluían con otros autores que se seguían leyendo simultáneamente como Freud, Marx, Hegel, Nietzsche, Artaud, Sartre, Benjamin, Astrada, Bataille, Heidegger, Lacan, Althusser Winnicott, etc. Lo más interesante es destacar una intención que según De Brasi orientaba esa amplitud de lecturas: pensar desde esas referencias los distintos quehaceres, escribir, actuar *con* ellas evitando la clausura en alguna exégesis hegemónica (p.11).

primero qué sentido adquiere para el autor la idea de *elucidación*, a la que se refirió en varias oportunidades y que un lector atento puede encontrar en su escritura. *Elucidar* es para De Brasi un modo singular de tarea deconstructiva que lleva implícito una forma de concebir el “hacer” como social e histórico. A propósito del análisis que realiza sobre el Esquema Conceptual Referencial y Operativo (ECRO) de Pichon-Rivière escribe:

Elucidar es una labor propositiva, una exploración acerca de... inacabada, sujeta a revisiones y ajustes provisorios, aunque no por eso menos rigurosos (...) En él [el análisis] se tratará de pensar sobre lo hecho, mientras se buscará conocer con mayor precisión eso que como ‘hecho’ deberá ser ‘deshecho’ para entender su irradiada composición” (p. 97).²⁵

Un *hacer*, cualquiera sea, implica para su realización determinados conjuntos prácticos (afiliaciones, espacios comunitarios, grupales, institucionales). Por eso considerar lo que se ha hecho (pensado, ensayado) como social e histórico supone, como punto de partida, cuestionar la existencia de *la* historia y *la* sociedad. Es esa posición (decisión) en el pensamiento lo que habilita sostener una pregunta abierta sobre los modos en que lo social e histórico

se anudan mediante distintas series de acontecimientos, coexistencia de múltiples temporalidades y causalidades, posesiones y desposesiones tajantes, aparatos despóticos centralizados y poderes dispersos, tensiones generalizadas que dividen a clases, estratos y sectores, regímenes organizacionales, institucionales y grupales, entramados inter o intrapersonales, etc. Entonces mencionar lo social es hablar inmediatamente de lo que su historia establece como diferencia (p. 97).

Elucidar es para De Brasi “recuperar”, pero recuperar de un modo que requiere ciertas precisiones. A propósito de lo que piensa como una arqueología del pensamiento de lo grupal en la Argentina escribe:

Recuperar no es retomar conceptos, acciones, teorizaciones o experiencias que han transcurrido en tiempos diferentes y, quizás, respondían a sus demandas. Por el contrario *recuperar* lo que se ha hecho, deshecho, constituido, balbuceado o coherentemente formulado sobre la problemática grupal, será poner en perspectiva a la misma. Hacer coactual lo significativo del pasado para que un futuro distinto –en todas direcciones– sea posible. Pero no se recupera cualquier cosa ni una totalidad acabada, sino los lapsus, olvidos, las grietas y logros que habitan en las propuestas más firmes, en las provocaciones más inquietantes para su época; así como lo que pendula entre lo pensado y lo impensado y apartado por inespecífico de las concepciones grupales” (De Brasi 2001, p.7).

²⁵ La idea de elucidación en De Brasi lleva implícita la de *crítica* y ésta a su vez la de *decisión*. Hay una vecindad entre elucidación y deconstrucción y se distingue de la forma en que fue trabajada la idea de elucidación por Castoriadis.

“Elucidaciones sobre el ECRO”

De Brasi desplegó ese modo de entender el pensamiento como elucidación a propósito del *Esquema Conceptual*²⁶ propuesto por Pichon-Rivière.

Pichon-Rivière se refirió al ECRO en diferentes oportunidades como “enfoque”, “modelo”, “técnica”, “aparato” y en la mayoría de los casos como “instrumento de trabajo” para “pensar una cosa determinada”. Hizo explícita la idea de que, como instrumento de trabajo del psicólogo social, no puede ser pensado como algo prefijado de una vez, sino que a través de una “praxis dinámica” debe ser permanentemente evaluado a través de “experiencias concretas” (Pichon-Rivière, *et al.*, 1969, pp. 21-22). En los debates de los años sesenta sobre ciencia e ideología, Pichon se inclinaba a situar al ECRO como un “modelo científico” que incluía entre sus elementos de análisis a “la ideología” (incluida la del psicólogo), concebida esta última como ideas, creencias, pensamientos (que pueden ser conscientes o inconscientes) y que tienden a obstaculizar las dimensiones de “cambio”, es decir, el aprendizaje, el descubrimiento, la invención (Pichon-Rivière, 1971/1980).

De Brasi (1987a) indicó que no conviene –como se lo ha hecho– considerarlo como “una teoría” ni como “una técnica”. Sus elucidaciones intentaron recuperar, en lo que llama “la metáfora pichoneana” del ECRO, un gesto, una intención, una búsqueda, a la vez que dejar situadas algunas pistas provisorias para una revisión de las herencias problemáticas que el lenguaje del ECRO transporta (p. 111). De Brasi aludía y cuestionaba en ese escrito el uso de la expresión “tener un ECRO”, de circulación frecuente entre los “grupulistas” en esos años. Si la expresión “tener un ECRO” lo cristaliza como propiedad, lo fija en un procedimiento previsto, De Brasi (1987a) escribía que la construcción de un ECRO se trataría de “obrar *en* uno de sus posibles cursos”, así como “probar su vigencia” de modo que la “tarea” queda referida a un movimiento del pensar que transforma y nos transforma efectivamente (p.117).²⁷

De Brasi encuentra en el “esquema conceptual” concebido como modelo o instrumento una idea “totalizadora”. Observa que si bien Pichon presenta al ECRO por un

²⁶ Se trata del Esquema Conceptual Referencial Operativo propuesto por Enrique Pichon Rivière. De Brasi explora el ECRO tomando como referencia dos textos elaborados a partir de clases dictadas por Pichon Rivière (1985): “Esquema Conceptual Referencial y Operativo (ECRO)”, una exposición realizada en la APA, durante el período 1956/57 y “Concepto del ECRO”, una clase en la Escuela de Psicología Social, publicada en la revista *Temas de psicología social*, N° 1, 1977. Pichon Rivière desarrolló el ECRO también en otros trabajos que fueron consultados aquí. En especial Pichon Rivière (1971/1980); Bleger, Caparrós, Pichon-Rivière, Rozitchner (1969); Zito Lema (1976/1990).

²⁷ La apreciación acerca de que el pensamiento de Pichon-Rivière fue en ocasiones aplicado de un modo demasiado reducido, especialmente por sus discípulos, fue señalado también por Hugo Vezzetti (2002).

lado como “conjunto de conocimientos que proporcionan líneas de trabajo e investigación”, lo que daría la pista de que se trata de un saber provisorio; a la vez lo considera una “teoría consistente” que lo transforma en una “construcción lógico-instrumental”, en un “modelo” (p.104). El esquema conceptual es un “conjunto articulado de conceptos universales que permiten una aproximación adecuada a los objetos particulares” o un “instrumento que por analogía nos permite la comprensión de ciertas realidades. El modelo es el instrumento de aprehensión de la realidad” (Pichon-Rivière 1977, citado en De Brasi, p.104).²⁸ Esta concepción del esquema conceptual como modelo implica una “disociación instrumental”, es decir, una separación entre hechos-vivencias y construcciones conceptuales o intelectuales (p.104).²⁹

De Brasi (1987a) retoma la idea de lo “referencial” del *Esquema* (que adquiriría “unidad” por medio del trabajo grupal) para señalar la diferencia entre la referencia tal como la quiere pensar y el referente. De Brasi (1987a) anota: “Cuando un grupo es alucinado como ‘unidad’, ‘totalidad’, centrado en ‘en sí’, en ese instante se autodespoja de toda referencia” (p.115). Piensa la referencia como *pasaje, pista, seña, huella, indicio* y como tal, ella escapa a toda forma de presencia propia del referente. Así, piensa el sentido *en* el grupo –no hay sentido *del* grupo– como movimiento que posibilita un más allá de sí mismo. “Así el grupo queda *referido* a... nada preciso (de otro modo supondríamos determinaciones unívocas), salvo a su propio movimiento de descentramiento” (p.115). Escribe:

una lógica de lo referencial tiende a poner de relieve intersticios, grietas, elipsis, fallidos, olvidos, silencios, etc., no para restituir la unidad inexistente de un pensamiento, relato o texto, sino para darle forma a un sentido que el absurdo y la inconsistencia muestran en su estado “puro” (p.115).

La noción de *operativo* se encuentra en el centro de las observaciones de De Brasi sobre el lenguaje del ECRO en tanto se trata de la adopción de un criterio de cientificidad que legitima la empiria en el discurso sobre lo grupal. Problematiza la concepción de verdad que, a través de las nociones de *operativo, operacional* u *operatividad* –provenientes de una tradición empírica– hereda y asume el ECRO (p.109)³⁰: “la operatividad representa lo que en

²⁸ Cf. Zito Lema, 1976/1990, p.109.

²⁹ Pichon Rivière afirmaba que hay en cada uno de nosotros un “esquema referencial (conjunto de experiencias, conocimientos y afectos con los que un individuo piensa y actúa) que adquiere *unidad* por medio del trabajo grupal, promoviendo simultáneamente en ese grupo o comunidad un esquema referencial y operativo sustentado en el *común denominador* de los esquemas previos (Pichon Rivière 1971/1980, p.151). El destacado es mío.

³⁰ La misma proviene de la teoría operacionalista de Bridgman, desarrollada en *Lógica de la física moderna* (1927). Según esta teoría, la posibilidad de definir conceptos está en función de la posibilidad de determinación de las operaciones que permitirían medirlos (De Brasi, 1987a).

otros esquemas el criterio tradicional de verdad (adecuación de lo pensado o anunciado con el objeto)”³¹. (Pichon-Rivière 1977 citado en De Brasi 1987a p. 107).³² Indica que en los desarrollos de Pichon el término “operación” es también “verificación”; el criterio de verdad como “adecuación” de las hipótesis a la realidad³³, del pensamiento a los hechos –objetos– implica concebir que un pensamiento es válido en función de lo que posibilita o no verificar: “Cuando se correlaciona un concepto con sus operaciones, estamos diciendo en otros términos cómo se verifican los mismos en un determinado plano experimental” (p.110). Destaca que en este aspecto, el término operativo se vuelve ahistórico. La teoría operacional, que *define* conceptos, prescinde del problema de considerar los conceptos y los métodos como producciones históricas. Si la significación de un concepto se reduce a su descripción operativa, la historia de los conceptos, las condiciones de su producción y enunciación, los ámbitos científicos-disciplinares en que tuvieron lugar no tienen ninguna relevancia (pp.109-110). Pichon-Rivière (1971/1980) afirmaba a propósito del ECRO: “Es instrumental y operacional, porque el esquema conceptual, referencial y operativo, ECRO, así constituido, es aplicable en cualquier sector de tarea e investigación” (p.151).

La verdad como “concordancia” y como “adecuación” introduce obstáculos insuperables para una psicología social que desee pensar la producción de subjetividad en un ámbito social-histórico. Escribe que “operativo” es el “nombre de aquello que sucumbe en el criterio de verdad dominante, extraño a las finalidades críticas y movilizadoras (...) de la psicología social alternativa que se busca fundar” (p. 115-116).³⁴ De Brasi piensa la verdad como *potencia del fragmento* que abre una transformación y como *resto* que se prende a un deseo antes que como unidad, como *desfasaje* y *asincronía* que se abre en un decir, antes que como *concordancia*, como curso de una *inadecuación* entre lenguaje y existencia y no como adecuación entre pensamiento y hechos.

La verdad se cualifica sólo desde el proceso de transformación que inaugura, es decir, como práctica develadora, como experiencia propiciadora (que nunca está dada, sino

³¹ En otro lugar sin embargo se lee que “Toda interpretación (...) tiene el carácter de una hipótesis elaborada acerca de la fantasía grupal. No apunta a la exactitud, o mejor dicho no se evalúa con un criterio tradicional de verdad, sino en términos de operatividad, en la medida que permite o favorece la ruptura del estereotipo (Pichon Rivière, 1971/1980, p.153).

³² Cf. Zito Lema, Op.cit, p. 110.

³³ Ibid. p. 109-110.

³⁴ En su último trabajo publicado, De Brasi (2013) retoma el término para ponerlo en relación con lo social-histórico. Escribe, a propósito de lo que allí se trabaja como “pensamiento sutil o realizativo”, que una *verdad* “no es objeto de verificación ni concordancia formales, sino de una *congruencia operativa* con su producción social-histórica” (p. 20). *Verdad* se lee allí como una dimensión de la complejidad de una *ética en acto de la responsabilidad* (junto a una *estética*, una *política* y una *justicia*) que sostiene y da sentido a *lo realizativo* de un pensamiento.

debe construirse) de nuevas realidades, donde cualquier sentido unificador es un mito que desmaya ante la potencia creadora del fragmento” (De Brasi 1987, p. 116).

Puntualizaciones sobre el “Grupo-Formación”

De Brasi (1987b) interroga a propósito del “grupo-formación” las condiciones de posibilidad del aprendizaje (o aprendizaje-formación). Piensa el aprendizaje como “producción” en situaciones colectivas. Explora la cuestión de la “formación” como una “dimensión de la grupalidad” a la que desliga del enfoque de la dinámica grupal en sus distintas versiones (T-group, grupo de diagnóstico, grupo de base) y en términos generales se desplaza de lo terapéutico tanto como de lo pedagógico (De Brasi, 1987 b, p. 33).

Una clave de ese pasaje de los grupos hacia *lo grupal* se encuentra a propósito de esta dimensión de “formación”. De Brasi escribe que se trata de “superar el recorte empírico sobre el que modelan sus diversos quehaceres y trascender *hacia lo grupal como espacio estructurante de lo social-histórico*, condición inmanente de existencia y razonabilidad de los grupos mismos” (De Brasi, 1987b, p. 44).³⁵

Piensa la “formación” como dimensión de la grupalidad vinculada a una experiencia de aprendizaje en situaciones colectivas que se distancia del modelo terapéutico en general y en particular del grupo terapéutico. La noción de grupo terapéutico “es una *descripción* de los modelos de *salud*” (resolución de conflictos, adaptación global o parcial, bienestar, etc) y *enfermedad* (anomalía, disfunción, descontrol, imposibilidad de manejo del entorno). Para De Brasi, “más allá de los beneficios o daños ocasionados” y, por otra parte, “más allá de los procedimientos o modalidades adoptadas” el grupo terapéutico no puede evitar el “intento de medición en términos de efectos curativos” ni tampoco una serie de repertorios normalizados de contrato, técnicas y métodos que regulan su quehacer (p. 44). Por otra parte distingue también el aprendizaje, de las tecnologías educativas productivista basadas en objetivos, metas y logros.

De Brasi aproxima la idea de formación a la de invención y a la de descubrimiento. *Invención* no remite aquí a pretensiones de creatividad sino a una oportunidad de lo otro, a una disponibilidad para lo no previsto, para lo impensado, para lo todavía no existente: “la productividad de formas, la generación de multiplicidades imaginadas e imaginarias, invenciones simbólicas y fantásticas, y con niveles de materialidad no previstos ni estipulados en ninguno de los registros existentes” (p. 73)”

³⁵ El destacado es mío.

De Brasi se propone delinear por qué un grupo sería de “aprendizaje-formación” (p. 46). Para ello, retoma –tal vez desde la ironía– el “aprender a pensar” de Pichon-Rivière. Combina esa pista con el “enseñar” como “dejar aprender” (Heidegger) y con la diferencia entre el poder y la potencia (Deleuze). Escribe De Brasi que enseñar es “dejar ser lo que se puede, más allá de cualquier ilusión de ‘querer ser’. En este aspecto *dejar aprender* entraña que cada uno aprehenda como es en el horizonte de sus posibilidades” y remite a “una posición del inconciente como infinitivas producciones deseantes, sólo capturadas en las representaciones que nos hacemos de las mismas” (p. 47). Aprender sería desde su perspectiva “poder recibir, elaborar, experimentar conocimientos, afecciones, formas de pensamiento, prácticas diferenciales, etc, de acuerdo con nuestros mecanismos personales de captarlas, movilizarlas y potenciarlas transformativamente” (p. 47).

El modo en que De Brasi (1987b) retoma la noción de “tarea” permite advertir su concepción de “elucidación”. Retoma la enseñanza de Pichon-Rivière no para consagrarlo en un monumento de lo ya pensado sino por el contrario para pensar desde los límites de sus formulaciones. Para De Brasi no se trata de realizar una crítica epistemológica de Pichon-Rivière sino de sostener –y su escritura da cuenta de ello– que los “desaciertos” de los textos son también sus “virtudes” en tanto son impulso para pensar a partir de ellos. Señala que la noción de tarea fue condenada al desgaste y al olvido a través de una pregunta mal formulada (“¿cuál es la tarea?”) que promueve respuestas cosificadoras. Como se podrá leer en seguida en las observaciones del autor, esa pregunta sería equivalente a querer obtener una respuesta a la pregunta: “¿cuál es el deseo?”.

En un texto publicado en *Lo Grupal 1*, De Brasi (1983) ya había señalado, a propósito de lo que llamaba “grupo en actividad” y “grupo en operatividad” la necesidad de revisión de los usos de la noción de tarea.³⁶ Sugería allí que esa noción solía confundirse con “meras propuestas para hacer ‘algo’ sobre ‘alguna cosa’ acerca de un ‘nosotros mismos’ (p.28). La tarea habla, para De Brasi, del problema de trabajar “disposiciones grupales” orientadas al “aprendizaje” como producción social. De Brasi distingue la noción de tarea, que vincula a un movimiento inconsciente de las ideas de metas, fines y objetivos prefijados. Por eso el autor acerca esta noción al concepto de *trabajo* en Marx y de *elaboración psíquica* en Freud. Según su perspectiva, el lugar privilegiado y la complejidad que había tenido la noción de tarea en el enfoque de los grupos operativos (sus etapas de pre-tarea y tarea, sus planos manifiesto-

³⁶ “Algunas consideraciones sobre la formación de ideologías en el aprendizaje grupal”. El texto ya había sido publicado en el segundo volumen de “Cuestionamos” (1973). Las expresiones *grupo en actividad* y *grupo en operatividad* están pensadas a partir de los aportes de Bion-Ezriel, Pichon Rivière y diversas teorías, tanto el psicoanálisis de las relaciones objetales (M. Klein) como el interaccionismo (G. Mead). (De Brasi 1983, p.27).

latente, su ligazón con un proyecto, y los conceptos asociados a cada instancia como ansiedades, comunicación, cooperación, sabotaje, pertenencia, etc) impedían reducirla como se lo había hecho pero al mismo tiempo era necesario señalar los límites de esa teoría en la actualidad (p. 51). Distingue entonces *tarea* de lo que habitualmente se piensa como objetivos, metas o fines y la acerca a la “finalidad”, pensada como un movimiento productivo inconsciente. La tarea se produce, se recrea en invenciones, se liga a infinitas maquinaciones deseantes (p. 51). Despliega, en relación con el grupo-formación, ciertas precisiones orientadas a despejar la confusión. La tarea en un grupo-formación tiende hacia una finalidad que estaría vinculada a un movimiento productivo inconsciente. La tarea constituye el motor de las finalidades. La finalidad a su vez contempla objetivos o fines que son delimitados en cada etapa grupal y que deberían ser explicitados. Los integrantes comparten reglas y pautas que se esbozan de manera consensual y que regulan su funcionamiento. Se trata de “reglas y pautas de juego que posibilitan un “pensamiento en curso” (...) que como “*reguladoras y continentales* se oponen a los rituales burocráticos y a la destrucción por la destrucción, es decir, a todo formalismo” (p. 52). De este modo se podría estar de acuerdo en generar una tarea, pero que se recrea en constantes invenciones. De Brasi escribe: “La tarea, como es dibujada en este horizonte conceptual, se va tramando con el *consentimiento* de todos los miembros, puesto que “no es impuesta” ni finalística (...) De ahí que posea un rasgo *consensual* desde el que se van ordenando series de acontecimientos sobre los que incidirá el coordinador o terapeuta” (p. 53).³⁷

El lugar del coordinador sería actuar en el sentido de orientar las realizaciones, trabajar una posición que no promueva la tendencia de los grupos a autoidealizar y clausurar sus espacios (p. 52). Si los grupos tienden a cerrarse sobre sí mismos (en ilusiones y mitos de origen), la tarea en este horizonte conceptual se orienta con la idea de transversalidad y de multiplicidad. La referencia a la transversalidad (Guattari) habla de la imposibilidad de unificación, o más bien permite advertir que la unificación es una ilusión promovida por el coordinador o terapeuta a través de la interpretación. De Brasi escribe, a propósito del grupo-formación, que “los caminos deseantes producen brechas que revelan a los temas tabúes, ilusiones, mitos, identificaciones quebradas por dentro, sin posibilidad de unificarse (grados

³⁷ Es necesario explicitar que estos desarrollos de De Brasi están pensados en grupos-formación en los que la concurrencia “es de carácter voluntario” (p. 53). Habría que dejar planteada la pregunta por la posibilidad de trabajar con estas referencias en la Universidad. Si bien se asiste a la Universidad voluntariamente, es evidente la gravitación que, sobre sus espacios de formación, ejercen las reglas y pautas burocráticas (la inscripción, la evaluación, la asistencia obligatoria) y los fines (aprobar materias, conseguir un título) que los enmarcan. La pregunta lleva a reflexionar sobre la posibilidad del deseo de pensar en la Universidad y por las condiciones para su despliegue.

de transversalización) si un funcionamiento –coordinador, terapeuta no colabora activa, interpretativa e idealizantemente para que eso suceda” (p. 50). La oportunidad de propiciar este movimiento productivo (tarea) estaría vinculada a aquello que se afirme en la multiplicidad y la imposibilidad de unificación y clausura (p. 53).

Capítulo 2

Clínica, crítica y política

Un hombre solo siempre fracasa, decía Maggi, dijo Tardewski. Lo único que interesa, decía, es preguntar para qué sirve o al servicio de qué está ese fracaso individual. Claro que usted no puede entender una pregunta planteada en términos de utilidad histórica, decía.

No hay lucidez ahí, decía el profesor; no hay otra manera de ser lúcido que pensar desde la historia...

...¿Cómo podríamos soportar el presente, el horror del presente, me dijo la última noche el profesor, si no supiéramos que se trata de un presente histórico?

Ricardo Piglia (1980)

Lo Grupal recupera y renueva una reflexión privilegiada del campo intelectual de las dos décadas previas centrada en la relación entre la práctica profesional (principalmente las prácticas en situaciones colectivas), la dimensión intelectual y la política. En la coyuntura sociopolítica argentina de reapertura democrática luego de la dictadura, el campo disciplinar “psi” se caracterizó por el predominio de rasgos de privatización de sus prácticas, de autosuficiencia profesional, de repliegue sobre sí mismo, de aislamiento respecto de la escena social y de falta de interrogación por las consecuencias de lo acontecido en la historia reciente sobre la trama social y los vínculos socio-comunitarios (Vezzetti, 1986, pp. 7-8). Esa configuración se vincula con los efectos del período dictatorial sobre el campo de las prácticas asistenciales en nuestro país.³⁸

Si bien los artículos considerados aquí (Percia, Herrera y Szyniak, 1986; Percia y Herrera, 1987; Percia, 1989, 1991) no agotan el tratamiento que se realizó en *Lo Grupal* sobre esta cuestión ni sus autores fueron los únicos en abordarla; sí puede afirmarse que poseen un interés particular. Esta particularidad se vincula al tipo de operación de lectura que desplegaron y a la posición de sus autores en el campo intelectual de aquellos años. Los

³⁸ Carpintero y Vainer (2005) ubican, a partir del año 1974, el comienzo de un proceso de “desmantelamiento” del campo de la Salud Mental que se profundizó durante los años de la dictadura a través de la represión de planes reformistas y de sus principales actores. Además del secuestro, la detención y la desaparición de profesionales y trabajadores, los autores detallan las medidas llevadas a cabo durante esos años sobre el sistema de salud: la intervención en distintos organismos, allanamientos, cierre de servicios de salud mental, prohibición de determinadas prácticas (especialmente grupales), suspensión de diversas actividades de formación junto al retorno al uso de otras “técnicas” (como el electroshock en Centro de Salud Mental N°1 de la Ciudad de Buenos Aires), limitación de las tareas de los psicólogos (prohibiciones de realizar psicoterapia y en algunos casos reducción de sus actividades a la aplicación de test) (pp. 324-393).

planteos considerados aquí dan cuenta que desde *Lo Grupal* se buscaba promover una discusión en la comunidad disciplinar de la psicología y del psicoanálisis al poner en cuestión los modelos más extendidos en las prácticas clínicas en esos años.

Lo socio-histórico en tres tipos de discursos: apolíticos, formalistas y críticos de lo social

En un texto de 1986, “Clínica y política: un lugar para la ética en salud mental”, incluido en el tercer número de *Lo Grupal*, Percia, Snyniak y Herrera interrogaron la relación entre la clínica y la cuestión política a partir de ubicar el lugar de lo socio-histórico en tres tipos de “discursos” que reconocían en el campo *psi* en esos años: discursos “apolíticos”, discursos “formalistas” y discursos “críticos de lo social”. Situaron con la denominación de discursos “apolíticos” a las posiciones que no se interrogan sobre el papel de lo social en las prácticas en salud mental. Incluyeron en esta denominación a distintas orientaciones (tanto de enfoques psicoterapéuticos como de perspectivas del psicoanálisis) caracterizadas por la naturalización de lo social-histórico. Esta posición implicaría trabajar desde el supuesto – explícito o no– de que las enfermedades mentales son afecciones individuales o disfunciones familiares. Lo social, si se lo considera, se reduce a la red de lazos afectivos que rodean a la persona que acude a tratamiento. Los autores de *Lo Grupal* objetaron en estas posturas la reducción de lo social a una pequeña red de lazos afectivos interpersonales. Argumentaron que la tendencia a no interrogar la relación entre las condiciones del mundo social y los padecimientos (personales, grupales, familiares) conlleva que los abordajes clínicos cumplan la función de “instrumentos normativos del sistema social vigente” (p. 59). La función terapéutica sólo puede orientarse hacia la adaptación o integración del individuo al medio – incluso si ese medio se reconoce “social”–. Las orientaciones basadas en la “promoción de cambios”, combinadas con una concepción del mundo social como algo dado, sólo pueden tener como parámetros los criterios de normalidad y de adaptación del sistema social vigente: adquirir nuevas respuestas, modificar actitudes, disminuir tensiones y angustias, conseguir mayor felicidad y mejor rendimiento en las actividades sociales (p. 59). Cuestionaron en estos modelos “la tendencia a restaurar el yo individual y sus aptitudes, dissociada de la *situación* en la que el sujeto se encuentra” (p. 60). Realizaron de ese modo una intervención de crítica sobre el campo disciplinar: apuntaban a visibilizar una determinada actitud técnico-profesional que desconoce “la capacidad productora de ideología que toda práctica conlleva, de la cual no escapan las mencionadas [las prácticas clínicas] y las consecuencias de control,

adaptación y entrenamiento en un determinado modelo de éxito individual en las que pueden concluir” (p. 60).

Teoricismo y formalismo: lecturas de *El psicoanálisis*

En segundo lugar, las observaciones que realizaron alrededor de lo que llamaron “discursos formalistas” se dirigían hacia una tendencia que cobraba gran expansión en el marco de la configuración del campo disciplinar en los primeros años posteriores a la reapertura democrática en 1983. Se trata de aquella que –a partir de determinados usos de la recepción de la obra de Lacan– adquirió cierta hegemonía al mismo tiempo que masividad en esos años en el ámbito local. El perfil del psicólogo profesional formado en la universidad pública que encuentra en la “orientación lacaniana” no sólo un marco teórico privilegiado sino una identidad se corresponde con esa tendencia.³⁹

Los autores de *Lo Grupal* sostienen que, si bien había que reconocer en las ideas de Lacan su contribución a la crítica a las concepciones adaptativas y normativas (especialmente de la escuela inglesa y norteamericana), también era necesario señalar un riesgo en los usos más extendidos de esas ideas: el de desvincular el deseo de sus relaciones con el mundo social. Si bien se advierte aquí la referencia a *El Antiedipo* de Deleuze y Guattari (1972/1995), de amplia circulación entre los autores de *Lo Grupal*: el inconsciente trama sus argumentos en el mundo social, el inconsciente no es un teatro sino una máquina social, son las referencias a *El psicoanálisis* de Castel (1973/1980) las que aparecen mayormente desplegadas en relación con esa tendencia “formalista”.⁴⁰ Los autores dirigen hacia ella las críticas más generales de Castel al psicoanálisis: el problema de “el desconocimiento de la problemática sociopolítica” o la “extraterritorialidad social del psicoanálisis”, el riesgo de un inconsciente con valor de sustancia “ahistórica, asocial y apolítica”, la problemática separación entre lo

³⁹ Esa tendencia encontró difusión principalmente a través de las cátedras clínicas de las universidades públicas (fundamentalmente de Buenos Aires, Rosario y la Plata) y en espacios de formación privada vinculados a ellas (Dagfal, 2013). Dagfal destaca un rasgo particular que adquiría esa “filiación lacaniana” tan extendida a partir del 83. Mientras que las primeras lecturas de Lacan en nuestro medio, en los años 60, tuvieron lugar en el marco de la recepción del estructuralismo y formaron parte de un clima de ideas marcado por la interrogación por el lugar de la política en la práctica intelectual y se combinaron con referencias a la fenomenología, el existencialismo y el marxismo; en los 80 democráticos las lecturas más extendidas de Lacan se caracterizaron por el alejamiento de las referencias al marxismo. Siguiendo las observaciones de Dagfal puede suponerse que el rasgo que adquirieron esas lecturas se acopló bien a la forma más extendida que había tomado el rol profesional durante los años de la dictadura: “el psicólogo como profesional liberal, que atiende pacientes de manera individual, en detrimento de otro tipo de experiencias que sólo habían sido posibles en contextos más propicios” (Dagfal, 2013, p. 12).

⁴⁰ *El psicoanálisis, el orden psicoanalítico y el poder*, de Robert Castel se publica en Francia en 1973. La primera edición en castellano, de Siglo XXI es de 1980.

“real analítico” y lo “extraanalítico” (Castel 1973/1980, p.111). Esto es particularmente interesante para reconocer el tipo de operación de lectura y apropiación que se realizó en *Lo Grupal* de la obra de Castel.

Para Castel (1973/1980), el desconocimiento de la problemática sociopolítica por el psicoanálisis: lo que llama el “inconsciente social del psicoanálisis”, lo “ignorado *social* que opera dentro de él” (p. 75) es condición constitutiva de su conformación. El sociólogo francés busca en esa obra postular “las condiciones del psicoanálisis en su ‘verdad’, es decir, como conjunto teórico-práctico definido en y por la formación social actual” (p.74). Por eso puede afirmar que reprochar al psicoanálisis su complicidad con las estructuras político-sociales de poder sería lo mismo que hacer reproches a una piedra porque cae (p. 75).⁴¹

Los autores de *Lo Grupal*, realizan una apropiación muy particular de estas ideas. No dejan de explicitar que se afirman en el psicoanálisis –más precisamente, como se verá, en cierta tradición del psicoanálisis argentino– y dirigen las críticas de Castel hacia esta tendencia a la que llaman “formalista” que cobraba expansión en el ámbito local. En este sentido se trata de una lectura que incorpora los problemas planteados por Castel al campo del psicoanálisis para interrogar sus propias prácticas. Esto es evidente cuando afirman que “si el pensamiento freudiano logró introducir el deseo en la historia, no fue para promover el desprecio por la historia, lo político y lo social” (Percia, Herrera y Szyniak, 1986, p. 65). Para apreciar el lugar central de la lectura de Castel en *Lo Grupal* y al mismo tiempo advertir los rasgos particulares de su apropiación, sirve recordar también el epígrafe con el que Eduardo Pavlovsky abre el primer volumen de la serie en 1983:

⁴¹ Conviene situar a qué se refiere Castel (1973/1980) con la noción de “psicoanalismo”. “El psicoanálisis no es el psicoanalismo. El psicoanálisis es la práctica y la teoría de los efectos del inconsciente que pone entre paréntesis la cuestión de sus finalidades socio-políticas: abstracción que, como veremos, es defendible dentro de ciertos límites bien precisos y muy estrechos. El psicoanalismo es el efecto-psicoanálisis inmediato producido por tal abstracción. Es la implicación sociopolítica directa del desconocimiento de lo político-social, desconocimiento que no es un simple ‘olvido’ sino, como lo mostraremos abundantemente, *un proceso activo de invalidación*. Por consiguiente, la relación que hay entre el psicoanálisis y el psicoanalismo es mucho más estrecha que la que existe entre una teoría y sus aplicaciones, dado que el psicoanálisis no es una teoría como cualquier otra sino la práctica de la totalidad de sus efectos, o la producción de su propia práctica. De modo que produce el psicoanalismo tan directamente como un cuerpo expuesto a la luz produce una sombra (...) de lo que aquí se trata es principalmente del proceso de ideologización *producido por el psicoanálisis*” (pp. 8-9). La lógica del psicoanalismo se expresaría para el autor en la articulación de tres puntos: Primero, la crítica de la “recuperación”: el psicoanálisis no se distingue de sus usos, incluso de los más “extraviados” ya que la relación del psicoanálisis con sus usos no puede ser nunca de pura exterioridad. Segundo, “la relación analítica tiene efectos sociales inmediatos y específicos *que nunca son socialmente neutros*”. Y tercero, para el autor, la relación entre el primer punto y el segundo permitirían situar al psicoanálisis en un lugar privilegiado “entre las ideologías dominantes y las instituciones de control social”, es decir, comprender “la situación del psicoanálisis en la coyuntura de las relaciones de clase, y su aporte decisivo a las técnicas de psicologización y de privatización, principalmente en su interpretación médico-psiquiátrica” (p. 15).

¿Se ha pensado bien en lo que significa el hecho de dejar en paz al ‘inconsciente’ como estructura específica. Estoy de acuerdo en otorgarle en cuanto sea posible el ‘carácter de específico’, mientras no implique la total extraterritorialidad social del psicoanálisis, o sea, mientras no suponga el privilegio único y exorbitante que entrañaría la posición de una sustancia completamente *AHISTORICA, ASOCIAL Y APOLITICA*. Es la definición misma de Dios: la *SOBERANA NEUTRALIDAD, EL ÁRBITRO*, la ‘otra escena’ como lugar ontológico donde no pasa la crítica, rechazada por la tajante espada de la ruptura epistemológica (Castel, 1973, p. 111, citado en Pavlovsky, 1983a, p. 6).⁴²

Es particularmente interesante destacar la expresión “inconsciente social” de Pavlovsky. Los párrafos del prólogo que siguen a ese epígrafe articulan elementos tomados de la crítica de Castel con la afirmación de la continuidad del proyecto editorial de *Lo Grupal* con el movimiento de Plataforma Internacional, con las rupturas de Plataforma y Documento con la APA y con los volúmenes *Cuestionamos* de 1971 y 1973. Pavlovsky sostiene que se trata de la posibilidad de volver a escribir juntos (con Bauleo, De Brasi, Baremlitt y Saidón) “desde un psicoanálisis que cree, en última instancia, en la existencia de *un inconsciente social e histórico*” (Pavlovsky, 1983a, p. 8).⁴³ Se advierte que lo que Pavlovsky llama “inconsciente social e histórico” se desplaza del “inconsciente social del psicoanálisis” de Castel. En efecto, éste había planteado que no excluía del desconocimiento de la problemática sociopolítica ni siquiera a aquellos que “creen reconocer esa dimensión y aparentemente la enfatizan, dándole al psicoanálisis cierto sesgo político, de protesta, subversivo: esta pretensión es una de las mayores mistificaciones actuales. En cuanto tal, el psicoanálisis oculta *siempre* los problemas sociopolíticos” (p. 11).⁴⁴ Pavlovsky (1983b) vuelve a usar la expresión “inconsciente social” en “Lo fantasmático social y lo imaginario grupal”, incluido en ese primer volumen para pensar vinculaciones entre lo individual y lo social –aunque sin llevar la discusión al lenguaje que nombra esa separación–; para plantear que lo social habla en un grupo. Es quizás una concepción de inconsciente que combina distintas referencias la que puede reconocerse en el uso que hace Pavlovsky de la idea de un “inconsciente social”. Con esa expresión el autor deja planteado centralmente que, lo que llamamos *inconsciente* desde Freud, se trama en el campo social histórico. Se advierte la cercanía con los planteos de Castel; pero también la concepción de inconsciente de *El Antiedipo* de Deleuze y Guattari (1972/1995):

Nosotros decimos que el campo social está inmediatamente recorrido por el deseo, que es su producto históricamente determinado, y que la libido no necesita ninguna mediación ni

⁴² El destacado es de Eduardo Pavlovsky.

⁴³ El destacado es mío.

⁴⁴ El destacado es del original.

sublimación, ninguna operación psíquica, ninguna transformación, para cargar las fuerzas productivas y las relaciones de producción. *Sólo hay el deseo y lo social, y nada más* (p. 36).⁴⁵

No menos significativas para Pavlovsky son las observaciones realizadas por Didi Anzieu en ocasión de los seminarios de dinámica de grupos que se realizaban simultáneamente a los acontecimientos del mayo francés, que el autor retoma explícitamente. Pavlovsky se refiere a la relación que Anzieu establecía entre fenómenos que observaba en el seminario que coordinaba y los acontecimientos político-sociales de ese momento: el desarrollo del seminario reproducía aspectos del “inconsciente social en Francia”. Pavlovsky destaca que Anzieu reconocía en el seminario la identificación del equipo terapéutico con una fantasmática social particularmente cuestionada y combatida en los acontecimientos de mayo: la fantasmática de una organización jerárquica del saber y del poder (Pavlovsky, 1983b, p. 41). Así, a partir de las ideas de inconsciente social, imaginario grupal y fantasmática social, Pavlovsky plantea, para la situación argentina, la pregunta por los efectos de los acontecimientos sociopolíticos del período dictatorial en el campo de la producción imaginaria de los grupos. Relata en ese marco que, durante las experiencias de coordinación de grupos terapéuticos realizadas con Bauleo en los años 1976 y 1977, era habitual la presencia del rol del sospechoso en el grupo. Ese lugar condensaba el temor que despertaba un integrante silencioso de ser miembro de los servicios de inteligencia. De ese modo sugiere la relevancia de considerar, en la clínica grupal, la pregunta por los modos en que el grupo *es hablado* por argumentos del mundo social. Escribe:

El grupo es hablado por el argumento del drama del inconsciente social y su trama argumental. Cada integrante actúa un personaje principal de esa trama. Lo habla su inconsciente individual, pero al servicio de una trama argumental que alude o sugiere una fantasmática social. Inconsciente social que se introduce en la intimidad-interioridad del grupo (1983b, pp. 44-45).⁴⁶

⁴⁵ Robert Castel (1973/1980) le dedica un capítulo de su libro a “El Antiedipo”, tanto para valorar los aportes de esa obra cuanto para explicitar en qué aspecto su enfoque se diferencia de ella. Para Castel, la obra de Deleuze y Guattari representaba un aporte fundamental para una sociología crítica del psicoanálisis. Al establecer la relación que existe entre “la supremacía concedida al triángulo edípico en la teoría y en la práctica analíticas” y “las formas sociales, políticas y religiosas de dominación en las sociedades donde el psicoanálisis ha nacido y se ha instalado”, logra mostrar que el psicoanálisis “interioriza los determinismos básicos de la existencia histórico-social” (pp.74-75). Sin embargo –agrega– lo que él reprocha al psicoanálisis no es esta complicidad con el poder sino “más bien su pretensión de haberse librado de ellas, sus fingimientos de desenvoltura, de autonomía o, lo que es todavía más extraordinario, de subversión” (Castel, (1973/1980, p. 75).

⁴⁶ El trabajo publicado en *Lo Grupal I*, “Lo fantasmático social y lo imaginario grupal” es uno de los textos que se leían en la cátedra de Teoría y Técnica de Grupos de la Facultad de Psicología de la UBA, cuya titular era Ana María Fernández, en los años de post-dictadura. En una encuesta que había realizado la revista Zona Erógena en

Ahora bien, como se podrá advertir a propósito los “discursos críticos de lo social”, para Herrera, Percia y Syniak (1986), los planteos de Castel no sólo orientaron las críticas hacia el formalismo, sino que también sirvieron de marco para destacar en determinados antecedentes –en particular en Pavlovsky y en Bauleo– los rasgos de una posición clínica que no desconoce la relación que su práctica tiene con el problema del poder (pp. 72-73). Estos autores llamaron entonces formalismo al efecto de autonomía que podía adquirir una supuesta verdad del sujeto –la de la estructura de su deseo– en relación con las condiciones histórico-sociales de producción de subjetividades. Sostenían que la denominación de “formalistas” se justificaba por la tendencia de algunos autores a “constituir el campo de sus prácticas al margen del deseo *atravesado* por las vicisitudes de las relaciones familiares, coyunturas políticas, conflictos sociales, historia” (p. 62).

Hay que hacer notar que los autores de *Lo Grupal* destacaron uno de los aspectos quizás más interesantes de la crítica de Castel al psicoanálisis, el que había desarrollado por ejemplo al retomar la crítica de Didier Deleule (1969/1972) a la psicología para extenderla al psicoanálisis. Se trata de su aclaración de que su reproche no se dirigía tanto a la complicitad del psicoanálisis con el poder, como a su pretensión de haberse librado del problema del poder, a su aparente autonomía e incluso a su autoafirmación en una lógica de subversión (Castel, 1973/1980, p. 75). Para Castel, el principio epistemológico que sostiene Deleule es el mismo que él sostiene en su enfoque del psicoanálisis: el rechazo de la oposición entre teoría científica por un lado y diversas técnicas o aplicaciones por otro, que podrían mantener relaciones más o menos adecuadas respecto de un “saber neutro” (p. 110). Para Castel, la crítica de Deleule a la psicología muestra la pregunta (nunca formulada) que la atraviesa y sostiene su quehacer:

¿bajo qué condiciones la integración armoniosa del individuo al conjunto social es técnicamente controlable y teóricamente presentable, dando por supuesto que es políticamente necesaria (en el contexto del actual sistema, por cierto)? (p. 110).

Pero a diferencia de Deleule, que hace del psicoanálisis el fundamento de su crítica a la psicología a través de la ruptura que habría introducido el inconsciente freudiano (posición solidaria de la concepción althusseriana de la “ruptura epistemológica”), Castel señala que esta pregunta no puede evitarse tampoco en el campo del psicoanálisis.

esos años, Eduardo Pavlovsky aparecía como un autor de prestigio entre los estudiantes universitarios de esa facultad.

Como se ve, este principio (diremos epistemológico) es del mismo orden que el que presidió mi enfoque del psicoanálisis. Pero Deleuze no lo aplica al psicoanálisis. Por el contrario, hace del psicoanálisis lo no dicho de su propio discurso, y lo muestra en conclusión como el sólido fundamento sobre el que se apoya toda su crítica de la psicología. El inconsciente freudiano señala el lugar de una ruptura a partir de la cual el ‘discurso hueco’ de la psicología escapa a su determinación ideológica. Es lo no tocado en el panorama crítico porque es lo intocable de la crítica epistemológica, ‘el verdadero sentido de la revolución psicoanalítica, la mutación de su problemática y la construcción de su objeto: lo inconsciente como estructura específica’ (p. 110).

Siguiendo este aspecto del planteo de Castel, Percia, Herrera y Szyniak (1986) sostienen que lo que cuestionan en esa tendencia formalista es el supuesto tranquilizador de que el psicoanálisis no trabaja desde una posición de poder, sino al contrario, contra la producción de figuras de poder (p. 63). Afirman en ese sentido que no alcanza con cuestionar un tipo de concepción de la cura basada en la adaptación o la “ayuda terapéutica”; ni alcanza estar advertido de que el analista no debería encarnar un lugar de poder al proponerse como modelo. Es necesario –agregan– pensar la relación de un padecimiento con sus condiciones socio-históricas de producción. Lo que hay que destacar aquí –para dimensionar la relevancia del planteo de los autores argentinos– es que lo que se señala como riesgos en esta tendencia a acentuar la formalización del psicoanálisis apunta fundamentalmente a visibilizar lo que esa posición implicaba en la situación socio-política argentina y en la situación más amplia de los países latinoamericanos. Advierten, para comenzar, que esas actitudes de ceguera social y política contribuían a sostener e incluso a profundizar, ya en tiempos democráticos, un esquema implantado durante la dictadura: la escisión entre teorismo y acción clínica como “refugio” de amplios círculos profesionales frente al vaciamiento del sistema de salud.⁴⁷ Señalan como “riesgos” la idealización de un purismo teórico y el consecuente rechazo o descalificación anticipada de cualquier intento de invención en el trabajo psicoterapéutico, considerado como de rango inferior. Escriben:

(...) partimos del siguiente supuesto: en circunstancias político-sociales como las que viven los países latinoamericanos, se tornan más insostenibles ideas tales como neutralidad, extraterritorialidad o investigación formal. Nuestras prácticas clínicas llevan impresas las marcas de ‘lo real social’ como un siniestro lesionador de nuestra

⁴⁷ Eduardo Pavlovsky (1983) es más categórico –y tal vez algo apresurado en sus afirmaciones– cuando en el prólogo del primer número de *Lo Grupal* establece una relación directa entre la “proliferación” de las lecturas de Lacan, la dictadura y el “borramiento” de los textos cuestionadores –se refiere a los libros *Cuestionamos* (1971, 1973)– de las universidades. Establece además una relación de oposición entre el lacanismo y la potencia transformadora y revolucionaria del psicoanálisis: “[al psicoanálisis] se lo complicó más que nunca. Se lo adormiló en su función de cuestionamiento social (...) Se lo ‘derechizó’. Se lo ‘lacanizó’” (p. 8).

subjetividad. ‘Se trata de comprender —plantea con acierto Robert Castel— cómo lo imaginario en tanto imaginario, lo simbólico en tanto simbólico, son estructurados por otro ‘real’ distinto de aquel del deseo y la angustia.’ La razón social no es una categoría neutra, y porque sufrimos formas extremas de violencia social no podemos poner entre paréntesis las formas objetivas que modelan nuestra vida cotidiana y señalan nuestras urgencias. Comprender lo real social atravesando lo real psíquico. El discurso del deseo atravesado por el discurso histórico. Dos de las fórmulas que resumen la intención que queremos sostener. (p. 63)

Discursos críticos de lo social

La producción de un horizonte de “discursos críticos de lo social” se realiza a través de una relectura de ciertos antecedentes de la tradición del psicoanálisis argentino vinculada al pensamiento de las izquierdas de los años 60 y principios de los 70 (Pichon-Rivière, Bleger, Marie Langer y los grupos Plataforma y Documento); antecedentes entre los cuales subrayaron también planteos que otros autores significativos de *Lo Grupal* como Pavlovsky y Bauleo habían realizado en aquel contexto. Esa operación no se trató de una celebración autocomplaciente; se retoman ciertos actores, planteos y experiencias junto a las condiciones socio-políticas y culturales que las habían hecho posibles (p. 68-69): el clima de reformismo y modernización cultural de los años 60 había creado condiciones, en el campo de la salud mental, para el desarrollo de perspectivas que integraban discursos provenientes de la medicina social, la psicología, el psicoanálisis, la psiquiatría dinámica, el marxismo y las ciencias sociales. Los autores destacan, en esa trama teórico-clínica de gran productividad, la instalación de “lo grupal” en la escena clínica como “instrumento teórico-técnico ineludible” vinculado a la proliferación de experiencias asistenciales (p. 69).⁴⁸ Recuperan entonces los modos en que la dimensión socio-política se hacía presente en las distintas perspectivas que componen esa tradición, para la cual –agregan– se justificaría hablar de una “escuela argentina” (p. 69).

En primer lugar, Enrique Pichon-Rivière es situado como referente principal de una crítica social puesta en acto en la labor clínica. Para ello se retoma la forma en que Pichon había pensado la noción de conciencia crítica, su consideración del enfermo como portavoz de

⁴⁸ Mencionan entre las experiencias más destacadas en ese marco: el equipo del Servicio de Psicopatología del Policlínico Gregorio Aráoz Alfaro (Lanús) bajo la dirección del Dr. Mauricio Goldemberg, los aportes de Hugo Rosarios en el Centro de Salud Mental N° 1 y de Pedro Hercovici en el Centro de Salud Mental N° 2, el trabajo de Raúl Camino en Colonia Federal (Entre Ríos), de Grimson en la comunidad terapéutica del Centro Piloto del Hospital Estévez (Lomas de Zamora) y de Alfredo Moffat en la Peña Carlos Gardel en el Hospital Borda.

las tensiones de la familia y el grupo pensado como forma de democratizar el psicoanálisis. Destacan en la enseñanza de Pichon la elaboración de una noción de “conciencia crítica” vinculada a la idea de aprendizaje, de adaptación activa y de transformación social. Recuerdan lo que Pichon dijo a Vicente Zito Lema en sus conversaciones de 1975:

La conciencia crítica es una forma de vinculación con lo real, una forma de aprendizaje que implica la superación de ilusiones acerca de la propia situación como sujeto, como grupo, como pueblo. Lo que se logra es un proceso de transformación, en una praxis que modifica situaciones que necesitan de la ficción o la ilusión para ser toleradas (Zito Lema, 1976/1990, p. 86, citado en Percia *et al.*, 1986, p. 66).

Ubican además la presencia de una crítica social en el pensamiento de Pichon sobre la familia, principalmente su concepción de la relación entre enfermedad mental y grupo familiar: la idea de que la enfermedad mental puede ser funcional a la institución familiar. El enfermo como portavoz de las tensiones del grupo familiar implicaba una crítica social al revelar que el equilibrio familiar en ocasiones se sostiene al precio de la enfermedad de uno de sus miembros (p. 66). En este sentido los autores retoman un aspecto central del interés de Pichon por la familia, y que él mismo expresó en la entrevista con Zito Lema (1976/1990): la familia no era un objetivo de la psicología social sino en tanto institución social y núcleo de la estructura social. Para Pichon, si se apuntaba a producir modificaciones en la familia era teniendo como horizonte la transformación social que ello podía conllevar (pp. 105-106). Por último, sostienen que la invención efectuada por Pichon del grupo como espacio democratizador del psicoanálisis y como artefacto de comunicación orientado a la transformación social inauguró nuevos campos de investigación en los cuales se reconocen: el de la clínica grupal y un modelo de aprendizaje en grupos (p. 67).

En segundo lugar, como parte de esta tradición crítica argentina, los autores de *Lo Grupal* destacan lo que consideran los rasgos principales del proyecto reformista de José Bleger: “su empeño de llevar la cuestión social al psicoanálisis”. Y esto tanto en el plano teórico, por establecer enlaces entre el marxismo y el psicoanálisis como en una dimensión clínica, a través de la promoción de una crítica al psicoanálisis como práctica elitista (p. 67). Para Bleger –sostienen los autores– el psicoanálisis era un procedimiento de investigación que “desde el punto de vista de su trascendencia social” permitía aplicar sus conocimientos a las necesidades sociales en las instituciones, los grupos, la comunidad. Hay que recordar en este sentido que su proyecto de “psicohigiene” incorporaba la idea de un “psicoanálisis aplicado”,

concebido como una práctica abierta hacia la comunidad, desplazada del contrato privado y del objetivo restringido de la cura (Vezzetti, 2004).⁴⁹

Por último ubican a los movimientos de ruptura con las instituciones psicoanalíticas oficiales de comienzos de los años 70 como la expresión más explícita de un discurso de crítica social en el ámbito de la Salud Mental. Destacan en las producciones de estos grupos, reunidas en los dos volúmenes *Cuestionamos*, la capacidad de reflejar una de las preocupaciones centrales de ese tiempo histórico: “instalar los discursos y prácticas psicoanalíticas en el espacio de las luchas sociales y políticas” y “la certidumbre de que las prácticas clínicas en salud mental debían ser significativas para la sociedad y para los sectores populares que demandaban urgente asistencia” (p. 68). Ubican dos tipos de efectos en relación con esas experiencias y discursos. Por un lado valoran positivamente la capacidad de haber comenzado a desplegar, en aquellas condiciones coyunturales, experiencias que posibilitaron, a través de la proliferación de prácticas clínicas y producciones teórico-técnicas novedosas, la integración de discursos del psicoanálisis, la psicología y la psiquiatría dinámica a la realidad asistencial del país (Percia *et al.*, 1986, p.70). Destacan, en el mismo sentido, la contribución al cuestionamiento de las relaciones de poder en las situaciones clínicas (Percia, 1987, pp.77-78). No dejan de señalar, por otra parte, que aquellos planteos tendieron a desembocar en la “ilusión militante” de representar la acción revolucionaria dentro del psicoanálisis y en la confusión de la actividad clínica con la actividad política directa. Cabe detenerse en esta observación, desde la cual los autores no sólo retoman un tema privilegiado de los debates político-culturales de los años 60, es decir, la cuestión del rol profesional y la dimensión intelectual en la política, sino que también establecen una posición en el nuevo escenario. Sostienen que aquellas iniciativas de ruptura habían estado marcadas por

(...) la pérdida de cierta especificidad del discurso clínico opacado por su funcionalización como práctica política. Estas concepciones por momentos, desembocaron en una ‘ilusión militante’. Querían representar la acción revolucionaria dentro del psicoanálisis. Se confundió la actividad clínica con la actividad política directa” (Percia *et al.*, 1986, p.70).

La observación retoma de ese modo los términos de una discusión clave en aquellos años. Por tomar una expresión clara de aquel debate, era la posición que Bleger y Pichon-Rivière habían sostenido en la Mesa Redonda sobre Ideología y Psicología Concreta,

⁴⁹ Estos aspectos de las enseñanzas de Pichon Rivière y de Bleger fueron trabajados también, desde una perspectiva de historia crítica de la psicología y del psicoanálisis en los años 60, por Hugo Vezzetti. Sobre la renovación que introduce Pichon, véase Vezzetti (2002). Sobre el aporte del proyecto de Bleger en los comienzos de la psicología como disciplina académica y profesional, véase Vezzetti (2004).

realizada en 1965 en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. En esa oportunidad –en la que también participaron el psiquiatra Antonio Caparrós y el filósofo León Rozitchner– Bleger y Pichon-Rivière habían sostenido la importancia de no perder la autonomía del campo profesional mientras que para Caparrós el científico y el militante debían coincidir (Bleger, Caparrós, Pichón-Rivière, Rozitchner, 1969).⁵⁰

Es entonces desde esos antecedentes y en diálogo con aquellas discusiones que se produce en *Lo Grupal* una revisión de la concepción de lo político en el campo de la clínica. Si en esos años, la “confusión” entre “el discurso político de lo público y la política” había conllevado muchas veces una renuncia a “los desarrollos singulares de cada saber en nombre de la transformación social” (Percia, 1989, p.28), era necesario ahora pensar el problema en otros términos. Junto a la lectura de Castel, otras referencias aportaron herramientas para sostener esa revisión: la noción de “violencia simbólica” (Bourdieu y Passeron, 1970/1998) como modo de advertir que no solamente en la imposición autoritaria de sentido se ejerce una violencia; la concepción de Foucault (1976) sobre el poder y la biopolítica, la noción de imaginario social de Castoriadis (1975) pueden considerarse entre las más significativas.

Es necesario pensar de qué forma esta dimensión de lo político-social nos atraviesa, inquieta y configura como actores sociales. Porque, como dice Foucault ‘es el poder dominante, la imbricación íntima y oscura y eficaz que ha modelado todas nuestras representaciones y las relaciones que establecemos con la realidad’. Es cierto que todas las creencias subjetivas están investidas inconscientemente. Y también es igualmente cierto que se organizan como figuras de un imaginario social que a su vez ordenan nuestra manera de ser (Percia *et al.*, 1986, p.65).

Sin embargo no se trataba –agregaban– de “*politizar* la acción clínica”, sino de interrogar los modos en que las subjetividades eran afectadas por esa dimensión “sin perder de vista la especificidad de sus propios discursos” (p. 65). De todos modos, como se señaló anteriormente, estos planteos destacaron en algunos de los **escritos** reunidos alrededor de los libros *Cuestionamos* el mérito de haber dejado planteado el problema de considerar de qué modo en la escena clínica podrían reiterarse las estructuras de poder vigentes: “El riesgo era uno y sólo uno: que la escena clínica reprodujese la escena social y contribuyese quiera o no a perpetuarla” (pp. 69-70). Para ello retomaron, por su relación con la problemática grupal, ideas de Armando Bauleo (1977) y de Eduardo Pavlosvsky (1971) en las que conviene detenerse.

⁵⁰ Oscar Terán (2008) se refiere a este debate como un ejemplo entre otros tantos que da cuenta del “modo en que la política como posicionamiento y la práctica política como actitud cubrían el ámbito de las prácticas culturales” (p. 286).

Por un lado sitúan en lo que Bauleo había llamado “contraideología”, una pista que señalaba la necesidad de interrogar los “supuestos imaginarios con que operan los trabajadores del campo psi” (Percia *et al.*, 1986, p. 71).⁵¹ Para Bauleo (1977) el término contraideología trataba de “señalar la intención de elaborar una técnica a partir de supuestos en lucha con los de la ideología dominante” (p. 15).⁵² Bauleo (1970/1981) ya había planteado la misma cuestión en *Ideología, grupo y familia* –aunque sin utilizar el término contraideología– a propósito de la posición del terapeuta en el trabajo con grupos familiares. Escribía allí que era necesario reflexionar sobre los “supuestos teóricos” conscientes e inconscientes, constituidos a través de “la formación y experiencias del terapeuta [que] a su vez configuran su ideología” y que estarían “en la base de cualquier tipo de formulación o señalamiento que sobre el grupo familiar quisiéramos efectuar” (p. 83). Esa reflexión suponía fundamentalmente interrogar desde qué concepción de salud y de enfermedad y desde qué concepción de familia trabaja el terapeuta o psicoanalista: “¿qué es una familia sana o enferma en tal o cual sociedad?”, “¿Cuándo una familia se considera a sí misma sana o enferma?” (p. 85). Así, Bauleo señalaba, a propósito de la familia, la necesidad de advertir que siempre hay en juego modelos sociales que determinan los criterios de salud y enfermedad.

Es decir, qué tipos de modelos sociales se dan de salud y enfermedad *en y de* la familia. A su vez, de qué manera ciertas estructuras sociales determinan los caracteres de normalidad en los cuales se mueve la estructura familiar, las posibles oscilaciones así como las reacciones sociales a la ruptura de aquellos caracteres (Bauleo, 1970/1980, p. 85).⁵³

Desde una concepción de ciencia que cuestionaba el neutralismo como un “mito del pasado”, Bauleo daba un paso más con la noción de contraideología; señalaba que no se trataba sólo del análisis de los modos en que las prácticas clínicas podían reproducir la ideología dominante, sino de realizar desde allí un movimiento correspondiente de búsqueda de otros supuestos, técnicas y teorías para la labor clínica (Bauleo, 1977, p. 15). Es interesante

⁵¹ El texto de Bauleo, “Notas para la conceptualización sobre grupos”, incluido en el libro *Contrainstitución y grupos*, publicado en México en 1977, es la comunicación presentada en el Congreso Internacional de Psicoterapia de Grupo realizado en Zurich en 1973.

⁵² No puede dejar de señalarse la proximidad de la idea de Bauleo con los desarrollos de José Bleger que, a propósito de su propuesta de una “epistemología del psicoanálisis” se había referido a la poca predisposición de los psicoanalistas a interrogarse por los supuestos –esquemas conceptuales o a priori conceptuales en términos de Bleger, que retoman a su vez a Pichon-Rivière– en los que se apoyan sus concepciones teóricas y sus prácticas (Bleger, 1958, pp. 17-25). Se lee en esas páginas de Bleger que la pregunta clave de esa interrogación era desde qué concepción de hombre (y de mundo) se sostienen las teorizaciones y las prácticas en cuestión, y en particular las del psicoanálisis.

⁵³ El destacado es del original.

destacar en este sentido cómo se retoma en *Lo Grupal* una de sus observaciones que apuntaba a señalar la presencia naturalizada, en los discursos profesionales, de una lógica de propiedad. El autor había señalado como una manifestación de la asimetría y el autoritarismo en la escena clínica el uso común, entre psicoanalistas, psicoterapeutas y coordinadores de grupo, de expresiones como “mi grupo” o “mi paciente”. Desde su perspectiva esos modos de hablar no sólo evidenciaban pertenencia o identificación, sino que eran un índice del modo en que las prácticas clínicas reproducían un modelo social de apropiación y de dominio, en este caso bajo la forma de “saber-poder” (Percia *et al.*, 1986, p. 71).

En el mismo sentido se sitúa lo que los autores de *Lo Grupal* retomaron de Pavlovsky (1971), que había situado la necesidad de diferenciar dos niveles escénicos que operan simultáneamente en una situación clínica. Por un lado, un primer nivel (escena 1) en el material de las sesiones correspondía al conjunto de producciones que “pasan por delante del terapeuta” y un segundo nivel (escena 2) con el que se aludía a aquello que involucra al terapeuta y al mismo tiempo se le escapa, “el conjunto de producciones que pasan por detrás del terapeuta y que lo incluyen” (Percia, *et al.*, 1986, p. 72). Pavlovsky, como también Marie Langer en el prólogo de *Cuestionamos 1* (1971) que se cita en *Lo Grupal*, ubicaba en la institución familiar, y en la pertenencia de clase vinculada a ella, un elemento de análisis fundamental para no perder de vista cómo la escena clínica puede reproducir las condiciones del mundo social. En ese prólogo Marie Langer escribía que lo que *cuestionaban* era que el psicoanálisis oficial omitiera interrogar los modos en que

(...) la estructura de nuestra sociedad capitalista entra, a través de la familia, como cómplice en la causación de las neurosis, y en que se introduce, a través de nuestra pertenencia de clase, en nuestra práctica clínica, invade nuestro encuadre y distorsiona nuestros criterios de curación (Langer, 1971, p. 14, citado en Percia, *et al.*, p. 68).

Por su parte Pavlovsky (1973) sostenía, siguiendo a David Cooper, que “una familia es una fábrica de gestos sociales (una fábrica de ideología)” (p.195).⁵⁴ En la clínica grupal con adolescentes encontraba en la función que Cooper (1971/1986) había otorgado a la familia como institución social reproductora del conformismo, una orientación para su tarea clínica.

El punto fundamental aquí es el papel de la familia en cuanto inductora del conformismo, la normalidad mediante la socialización del niño. “Criar a un niño” equivale en la práctica

⁵⁴ “La poesía en psicoterapia”, publicado inicialmente en *Cuestionamos 2* (1973), con el título “Los fantasmas en los grupos. La poesía en psicoterapia”. Pavlovsky lo incluye luego en el libro *Clínica grupal* (1975) y se publica nuevamente en *Lo Grupal 2* (1985). Las páginas citadas corresponden a *Cuestionamos 2*.

a “hundir” a una persona. De la misma manera, educar a alguien es llevarlo fuera y lejos de sí mismo (Cooper, 1971/1986, p. 13, citado en Pavlovsky, 1973, p. 196).⁵⁵

El fragmento de Cooper que Pavlovsky (1973) retoma sitúa por un lado a la familia como lugar de reproducción del conformismo y de “normalidad”, que no hay que entender aquí en términos de salud y en oposición a enfermedad o anormalidad. Cooper planteaba una oposición, en términos de “verdad de la vida”, entre normalidad, “concepto estadístico” por un lado (“el lastimoso destino de la mayor parte de nosotros”) y salud y locura por otro: “La normalidad está lejos, en el polo opuesto no sólo de la locura sino también de la salud. La salud está cerca de la locura, pero entre ambas subsiste siempre una brecha, una diferencia decisiva” (Cooper, 1967/1985, p. 29). Pero no sólo eso, Pavlovsky (1973) también encuentra en ese pasaje de Cooper, en el “fuera y lejos de sí mismo”, una pista para ensayar una posición clínica que advierta el riesgo de reproducir el lugar de conformismo social que la familia –como estructura social– sostiene. Así, en relación con uno de los jóvenes a los que se refiere en ese escrito, Pavlovsky sitúa un “fantasma” de *ganador* –“educado para ganar”– en el que el “sí mismo” quedaría capturado. Piensa además esa captura no como un déficit o un síntoma personal sino como un fantasma ofrecido por “la ideología de clase dominante, que intenta reproducir en todo grupo las disociaciones habituales: explotador-explotado; amo-esclavo; fuerte-débil, etcétera” (p.206). El dramaturgo piensa los padecimientos personales como personajes asfixiantes que se apoderan de una vida, como dramas que existen en el mundo social antes de que alguien preste la existencia para encarnarlos. Escribe: “Encarnamos personajes de dramas que desconocemos, somos inducidos a vivir dramas de otros (...) Estos personajes nos habitan, nos quitan libertad, nos asfixian, son los moldes de nuestra infancia, son los gestos aprendidos sin entender...” (pp. 196 y 198). En esa línea de pensamiento Pavlovsky se plantea, por último, una orientación clínica que apunte a la localización de esos fantasmas: “tenemos que descubrir estos fantasmas que se nos meten desde afuera” (p. 206) para no reproducirlos en la escena clínica y en la relación terapéutica. “No sería improbable que como agentes de la autoridad, ‘actuásemos nuestro Poder Terapéutico’” (p. 206).⁵⁶ El riesgo era reproducir en la escena terapéutica el modelo familiar: “Intentamos desestructurar un modelo familiar y recreamos otro. Intentamos desnudar una ideología y volvemos a padecerla. El grupo construye argumentos de una ‘nueva familia’” (p. 207). Desde una concepción que sostenía, en la línea de Castel, que toda práctica es productora de ideología y que en consecuencia era ilusorio “pensar que cuando interpretamos

⁵⁵ El destacado es de Cooper.

⁵⁶ El destacado es del original.

lo hacemos desde ‘afuera’ del drama argumental” (p. 207) para Pavlovsky era oportuno preguntarse: “¿qué nueva fábrica de ideología estamos construyendo? ¿Qué nuevos valores estamos fabricando? ¿Qué nuevos fantasmas nos poseen?” (p. 207). Estas son las preguntas para el autor era necesario sostener en relación con lo que llamó Escena 2.⁵⁷

Ahora bien, ¿qué aspectos destacaban los autores de *Lo Grupal* al retomar esos planteos de la década anterior? Se trataba de destacar fundamentalmente que en ellos se leía “una convicción inscripta en los *discursos críticos: en la interpretación interviene una relación con el poder y no sólo con el saber*. La interpretación es también una técnica de poder (Percia *et al.*, 1986, p. 73).⁵⁸ No era posible “*simular* ningún tipo de neutralidad” (p. 73). Los autores de *Lo Grupal* subrayaban que esas referencias habían abierto líneas de investigación, en el campo del psicoanálisis argentino, sobre el problema de la “violencia simbólica” (Bourdieu y Passeron, 1970/1998) en la situación clínica. Reconocían en esos desarrollos la importancia de haber problematizado –desde el “interior” podría decirse– la figura del terapeuta y del psicoanalista como “una figura en la que se encuentra delegado el poder simbólico” (Percia *et al.*, 1986, p. 73). Subrayaban además que la concepción de la interpretación como violencia simbólica que se leía en esos planteos no se refería a un uso inadecuado de una técnica que podría ser neutra, sino a “una actualización de las relaciones sociales de poder favorecida por el dispositivo técnico” (p. 73).

La posición que estos autores sostuvieron queda bien sintetizada en un pasaje a propósito de los trabajos Bauleo y de Pavlovsky. En ellos –afirman– si “el analista no se disimula a sí mismo la relación que su práctica tiene con la problemática del poder”, al mismo tiempo ese reconocimiento de un lugar como agente dotado de un poder-saber no disuelve la especificidad de la tarea clínica (72-73).⁵⁹ Esta posición permite situar además algunos rasgos específicos que ellos expresaron en primer lugar como los escritores más jóvenes que participaron en la publicación *Lo Grupal*, pero también como parte de los jóvenes intelectuales de los años 80. Una posición que puede pensarse como representativa de una

⁵⁷ Habría que dejar situado que, junto a las ideas de Pichon-Rivière y Cooper, la corriente grupalista piensa la cuestión familiar, también con las lecturas de Horkheimer y Adorno sobre familia y sociedades autoritarias, con la obra *Psicología de las masas y análisis del fascismo* de W. Reich. Lecturas a su vez afectadas por *Ideología y aparatos ideológicos de Estado* de Althusser. Por otro lado, la atención puesta en la familia desde la perspectiva clínica se nutrió no sólo de la clínica de las psicosis (Pichón, Cooper, Laing) sino también del desarrollo de la clínica con niños de Arminda Aberastury.

⁵⁸ El destacado es del original.

⁵⁹ Para Castel ([1073] 1980) “Es precisamente porque el psicoanálisis no es meramente una ideología, y todavía menos una ideología *entre otras* (...), que es un incomparable sistema *productor* de ideología. (...) dado que ocasiona simultáneamente otros efectos que no son “ideológicos” (efecto de conocimiento de las estructuras del inconsciente, efectos prácticos respecto del deseo y la angustia, etc.), ha podido disimularse a sí mismo y ocultar (...) este impacto sociopolítico, que sin embargo afecta cada vez más a su contenido” (p. 9).

franja de intelectuales argentinos que en los primeros años de post-dictadura tenían entre 30 y 40 años y que habían tenido participación más o menos directa en la militancia juvenil y universitaria en los 70. Dos referencias en el artículo trabajado acercan algunas claves que orientaban esa escritura. La primera, el epígrafe de *Respiración artificial* de Piglia (1980) al comienzo del texto: “Había llegado al más perfecto estado de desposesión al que un hombre puede aspirar: no tenía nada (...) Pues bien ¿qué me había llevado hasta aquí?” La segunda, una nota a pie de página que remite, para una reflexión sobre “la situación generacional” de los autores, a un artículo de Lucas Rubinich (1985): “Retrato de una generación ausente” publicado en *Punto de Vista*. Son indicios sobre las condiciones de esa recuperación de la cultura política de izquierda de las décadas anteriores, en los años inmediatamente posteriores a la dictadura del 76. Esas condiciones pueden sintetizarse en la sensación de fracaso y desposesión (Piglia), la decepción, el desconcierto, la falta de certezas, la crisis de modelos teóricos, la precariedad de los espacios públicos (Rubinich); en definitiva, las ruinas de una cultura de izquierda, la de los 60: la de los grandes sueños y la de las condiciones posibles para su realización. “No estamos en ese clima –escribe Rubinich– ni por los sueños que ellos pudieron soñar, ni por la situación concreta (...) no tenemos ahora la euforia de los años de la revolución cubana, ni el psicoanálisis, ni la sociología como elementos novedosos dentro del campo intelectual, no escribimos al amparo de la luz de Sartre, ni ‘descubrimos’ a Cortázar” (Rubinich, 1985, p. 44). Pero la posición que ellos sostuvieron no se reduce a la nostalgia de un tiempo perdido –aunque algunas notas puedan leerse en ese sentido– sino que aparece, en relación con ese pasado, “con la experiencia de los predecesores”, la necesidad de búsqueda de un proyecto y de una posición, que arrastraba, como reverberaciones de aquellos años, una fuerza crítica. Se lee en el final del epígrafe de Piglia citado en *Lo Grupal*: “la otra línea de pensamiento se dirigía digamos, hacia adelante. ¿Qué hacer? Pregunta peligrosa. Por de pronto pensar: único modo conocido por mí de no volverme loco”.⁶⁰ Al final del texto de *Lo Grupal* se retoma la pregunta de Tardewski, el personaje de Piglia: “¿qué hacer?”, para situar una posición clínica que rodea el lugar de una utopía posible: pensar el diálogo clínico como una práctica social, un saber y una ética (Percia, Herrera y Szyniak, 1986, p. 77). En tiempos en los que la urgencia y lo provisorio impregnaban la vida social en la Argentina, la referencia a *lo grupal*, como búsqueda de otros modos de trabajar en situaciones colectivas, expresaba el lugar de esa utopía.

⁶⁰ Percia recuerda algo que J. C. De Brasi solía decir en esos años: “en los tiempos que vivimos, pensar bien no es lo que cuenta, pensar es lo que importa” (Percia, 1989, p. 65).

Paradojas de *lo grupal*: entre la manipulación y la producción colectiva

La posición delineada en el texto de 1986 se retoma en otros escritos en relación con la cuestión grupal. El problema de diseñar modos posibles de trabajo en situación de grupo, desde una posición clínica que no evite la pregunta por la relación de su práctica con el poder, impulsó una serie de desarrollos que problematizaron aspectos naturalizados en los abordajes grupales. En el marco de ese propósito, la noción de *lo grupal* –con el artículo neutro– puso en cuestión, en primer lugar, la concepción de grupo como entidad provista de una individualidad, y la consecuente imposición de la unidad o unificación de lo múltiple. Pero más profundamente, la referencia a *lo grupal* ponía en cuestión la noción misma de individualidad tanto como la de grupo. En segundo lugar y vinculado a lo anterior, se abordaron críticamente dos tópicos fundamentales –e interconectados– de los modelos grupales. Primero, el lugar del coordinador, o más precisamente, la cuestión de la institucionalización del lugar de la coordinación en un grupo. Un lugar concebido tradicionalmente en las teorías grupales asociado a las ideas de liderazgo y de conducción. Segundo, los modos de concebir la interpretación, en situaciones colectivas, como lugar de poder y no sólo de saber.

Como se verá, un aspecto central del problema –en sintonía con la crisis del modelo de la comunicación, la interacción y la transparencia de la representación– estaba en la intención de desprenderse de modos de lectura que apelaran a representaciones unificadas del grupo, ya sea bajo la modalidad de “representación de grupo”, “esencia de lo grupal” o “sentido de grupo”. La noción de *singularidad* vinculada a lo grupal operó en ese marco como una referencia que aportaba la posibilidad de señalar un desplazamiento fundamental para la clínica: no se trataba de la búsqueda de un sentido del grupo sino de trabajar una disposición para lo que puede (o no) acontecer como *producción de subjetividad en situaciones colectivas*. Se advierte la insistencia en la propuesta de marcar una diferencia entre “la búsqueda de una esencia de lo grupal” y la pregunta por cómo pensar una “afectación singular” en la situación grupal. Se producía de ese modo un desplazamiento que apuntaba a ubicar una dimensión simbólica de poder en las situaciones clínicas. Las interpretaciones que apelaban a un sentido de grupo, las lecturas unificadas del conjunto son consideradas como un “acto de violencia sobre el conjunto” (Percia, 1989, p. 89). La idea de *lo grupal* posibilitaba un movimiento que trastocaba la concepción unificadora del grupo. Señalaba, a través de lo neutro, que la situación grupal interesaba no porque el grupo fuera un “objeto formal” sino

por lo que ella podía producir como oportunidad de una producción (invención, acontecimiento) singular (Percia 1989, p. 87).

En el mismo movimiento, estos planteos cuestionaron la asimilación de la cuestión grupal al modelo del grupo terapéutico para producir una apertura –o mejor, para sostener *lo abierto*– en el pensamiento sobre la problemática grupal. Se lee en ese sentido en *Lo Grupal*:

Lo grupal conserva el raro mérito de un pensamiento inacabado. Hoy sabemos que su interrogación va más allá del interés por las psicoterapias de grupo. Y que si lo grupal se desprende de la limitación de ser pensado como un recurso técnico se aproxima mejor a la cuestión de la producción subjetiva. *Lo grupal* (situado por el artículo del género neutro) indica que pasa por la problemática del sujeto, por los grupos concretos y las instituciones, sin definir en ellos su especie (Percia, 1991a, p. 85).⁶¹

Ahora bien, lo interesante es destacar que esa distancia entre concebir al grupo como una supuesta unidad y concebirlo como una disponibilidad o una oportunidad –que puede o no acontecer– para una producción colectiva es pensada aquí como una tensión inherente a los *estares colectivos*. En el prólogo de *Lo Grupal 5* (1987), un pasaje de *Los siete locos* (1929/2007) de Roberto Arlt sirve para plantear que el trabajo en situaciones colectivas está habitado por una tensión; la misma que habita el mundo social: la que existe entre las prácticas manipuladoras y los dogmatismos por un lado y la oportunidad de producción colectiva por otro. El fragmento citado de Roberto Arlt, del Discurso del Astrólogo dice:

— ¿Manager de locos . . . ? Esa es la frase, quiero ser manager de locos, de los innumerables genios apócrifos, de los desequilibrados que no tienen entrada en los centros espiritistas y bolcheviques... Estos imbéciles... y yo se lo digo porque tengo experiencia... bien engañados..., lo suficientemente recalentados, son capaces de ejecutar actos que le pondrían a usted la piel de gallina. Literatos de mostrador. Inventores de barrio, profetas de parroquia, políticos de café y filósofos de centros recreativos serán la carne de cañón de nuestra sociedad (Arlt, 1929/2007, citado en Percia y Herrera 1987, p.10).

Los autores anotan que el pasaje de Arlt habla de “una de las series fundantes de la tensión que se trabaja en el pensamiento grupal argentino: *manager de locos / imbéciles... bien engañados*. La otra es la que se trata de elucidar ahora: *coordinación de grupos /*

⁶¹ Sirve recordar en este punto que en el enfoque desarrollado por Langer, Rodrigué y Grinberg (1957) sobre psicoterapia *del* grupo –era “el grupo” el objeto de la psicoterapia y esto era destacado por los autores como modo de legitimar su práctica–, la cura era pensada como “integración del grupo” y se sostenía allí por ejemplo que cuando el grupo progresaba, incluso los silenciosos se beneficiaban (Langer *et al.*, 1957, p. 72). En un trabajo posterior dedicado a los aportes de Bion y sus derivaciones en los primeros enfoques de psicoterapia de grupo en el contexto argentino, Percia (2005) retoma este problema de la concepción del grupo como unidad y lo enfatiza utilizando la expresión “*el grupo*”. La idea logra golpear con implacable sutileza el sentido común que envuelve la cuestión de los grupos en el ámbito de las prácticas psicológicas.

producción colectiva” (p. 10). Esa tensión es señalada por Percia y Herrera como una de las paradojas de la problemática grupal y se aproxima a lo que Félix Guattari (1972/1976) había esquematizado como una distinción entre grupos sometidos y grupos sujeto: los grupos se producen a la vez como mentira, engaño, falsificación, manipulación (“pluralidad de rebaño”), pero también como creación, invención, espacio de producción colectiva (Percia y Herrera 1987, pp. 9-11).⁶²

Esa tensión implica de forma particular a la figura del coordinador, que puede atenderla tanto como negarla o evitarla. La pregunta que retoman de Pichon-Rivière: ¿Qué coordina el coordinador? da cuenta de que se trataba de mantener esa pregunta abierta; la referencia a *lo grupal* fue una apuesta por no clausurar esa pregunta. Advertir que lo grupal es problemático –sostienen los autores– no justifica ni su rechazo, ni cultivar la ignorancia sobre modos posibles de trabajo en situaciones colectivas ni someterse a la repetición de esquemas validados sin problematización. Afirman que si los grupos conllevan esos aspectos que vuelven difícil su abordaje, la descalificación de lo grupal vuelve imposible cualquier idea de producción colectiva (p. 11).

Hay que destacar qué aspectos de los estados de grupo los autores sitúan como índices que inclinarían la cuestión grupal hacia la manipulación y otras formas del sometimiento: “las adherencias, las ilusiones unificantes, las homogeneizaciones según un ideal, las masificaciones violatorias de la singularidad, los miniteatros para los espectáculos del narcisismo, los liderazgos que encuentran a sus seguidores, las ortodoxias, la intolerancia de las diferencias” (Percia y Herrera, 1987, p. 10).

Si se plantea que la función del coordinador es posibilitar las condiciones de producción grupal es porque es sabido que el lugar de la coordinación puede también obstaculizar ese propósito. Desde la perspectiva de los autores, hablar de esa tensión en *lo grupal* implicaba afirmarse en un terreno siempre provisorio; la distancia existente entre posibilitar y obstaculizar una producción colectiva lejos de ser un límite claramente delimitado, se parece más a una orilla siempre movediza o a un borde impreciso (p. 11). La crítica realizan en ese sentido al lugar del coordinador se dirige a señalar qué podría operar como obstáculo fundamental: “su *preocupación por descubrir* significados en el decir en grupo”. Hay que destacar en este punto que, en ocasión de la cuestión grupal, lo que se pone en discusión es qué concepción de interpretación se sostiene –explicitada o no– en la tarea

⁶² La distinción planteada por Guattari se retoma en el capítulo 3 en relación con la problemática de la violencia.

clínica. Si lo que acontece como producción colectiva “nunca está prefigurado de antemano”, no es posible anticiparse ni resulta previsible, sí puede haber un proceso de interrogación productiva de sentidos. Será necesario entonces sostener la pregunta por las condiciones que puedan facilitar o por el contrario obstaculizar que algo acontezca como producción plural (Percia y Herrera 1987, p. 12). Interesa en este sentido considerar algunas de las preguntas que se dejan planteadas y que anudan ambos problemas (la función del coordinador y los modos de pensar la interpretación): “¿Es posible la producción colectiva de un saber? ¿Puede pensarse en la indagación grupal el sentido que se persigue en cada sujeto?” (p. 10) “¿Es posible una producción colectiva sin conducción?”, ¿cómo crear condiciones para “un trabajo en el que la singularidad tiene oportunidad para manifestarse como desvío o inflexión del sujeto y lo plural como la construcción de un saber sin centros?” (p.13).

La necesidad de replantear la cuestión de la interpretación, y en particular en situaciones colectivas, también había sido indicada por De Brasi (1973, 1983) en un artículo dedicado a la ideología en el aprendizaje grupal. Señalaba allí un problema que advertía en distintas corrientes dedicadas a abordajes grupales: concebir la interpretación como la tarea de captar un significado oculto y simultáneamente presente en los enunciados y en las conductas (p.30).

En este *método literal* (donde se resuelve todo el análisis de la transferencia) los códigos interpretativos siempre están en presencia. Al coordinador le basta con ejercer eficientemente el papel de un traductor, que impone a uno y otro lado del lenguaje el mismo rasero. Lo que se dice o se hace “significa...”. Así, de manera inmediata se captura el sentido. (p.30).⁶³

De Brasi (1973, 1983) hacía notar, desde la referencia a una serie de debates sobre la interpretación, la hermenéutica, la comprensión y el manejo de la interpretación, la necesidad de plantear la pregunta: “¿Qué es interpretar para la ciencia o la disciplina en la que operamos?”⁶⁴ Percia (1989) –que parece retomar esa pregunta– sostiene que no se trata de decir que la interpretación sea imposible, sino de distinguir entre una lectura que se supone cierta y un acto de lectura que se sabe tropiezo, ensayo de significación, orientación de sentido posible. No se intenta impugnar la lectura sino afirmar la lectura en la multiplicidad y en la complejidad (p. 85). Piensa el asunto con Borges. La idea de la biografía (casi) infinita

⁶³ El destacado es del original.

⁶⁴ El escrito de De Brasi, publicado inicialmente en el segundo volumen de *Cuestionamos* (1973), se vuelve a publicar en *Lo Grupal I* (1983). De Brasi (1987ab) retoma este problema en sus escritos sobre el ECRO de Pichon-Rivière y sobre el Grupo-Formación.

de un hombre y la crítica de Borges al método biográfico en un relato de *Otras inquisiciones* ([1943]1952) sirven aquí para plantear lo que se considera una condición del pensamiento clínico: la imposibilidad de cualquier “intención totalizante, lectura del todo o descubrimiento de la verdad”.

Su punto de partida es una idea paradójica: una biografía de Miguel Ángel que careciera de alguna mención de las obras de Miguel Ángel. Dice en aquel texto Borges: “Tan compleja es la realidad, tan fragmentaria y tan simplificada la historia, que un observador omnisciente podría redactar un número indefinido, y casi infinito, de biografías de un hombre, que destacan hechos independientes y de las que tendríamos que leer muchas antes de comprender que el protagonista es el mismo. Simplifiquemos desafortunadamente una vida: imaginemos que la integran trece mil hechos. Una de las hipótesis biográficas registrará la serie 11, 22, 33...; otra, la serie 9, 13, 17, 21...; otra, la serie 3, 12, 21, 30, 39... No es inconcebible una historia de los sueños de un hombre, otra de los órganos de su cuerpo; otra, de las falacias cometidas por él; otra, de su comercio con la noche y con las auroras” (Percia, 1989, pp.84-85).

Percia (1987) escribe que “la paradoja le sirve a Borges para criticar cierto método biográfico que privilegia la idea de un autor sobre su obra” (p. 85). Pero también se lee en el fragmento de Borges la distancia entre la vida simplificada (reducida, capturada) en la biografía como totalidad y la vida pensada como *obrar* indefinido y casi infinito. Hombre, personalidad, persona, individuo, e incluso sujeto son nombres de esa simplificación. La idea de “un número indefinido y casi infinito de biografías de un hombre” (aunque apelando al atributo divino de observador omnisciente) puede leerse también como astucia que logra escapar de la ilusión de identidad: “...tendríamos que leer muchas antes de comprender que el protagonista es el mismo”. El fragmento de Borges sugiere no sólo que nunca se es el mismo, sino que cualquier historia supone una desafortunada simplificación de la infinita complejidad de la vida.

Capítulo 3

Violencia y transformación social

Los hombres denominamos razón al conjunto de arbitrariedades cuya forma delirante no ha sido sancionada como enfermedad sino que, contrariamente, ha sido instituida por vía de la convención en una forma cultural.

Gregorio Kaminsky (1990)

La memoria es una hipótesis capaz de invocar un legado dormido, reactualizarlo y referir de una manera nueva los acontecimientos que parecen actuar en serie, separándolos, tratándolos uno a uno, para luego reenlazarlos de manera nueva, invencional...

...Pero aquella característica invencional, no es una invención sin resabios, sin rescoldos del pasado o retazos supervivientes reincorporados a nuevas relaciones vitales.

Horacio González (2014)

Lo Grupal (1983-1993) apuntó a promover, en los primeros años de post-dictadura, desde el campo del psicoanálisis y la psicología, en su apertura hacia la sociedad y la cultura, una reflexión que involucraba la interrogación sobre las relaciones entre dictadura y sociedad civil: entre formas de poder y prácticas sociales, entre formas de poder, autoritarismo y vida cotidiana. El interés de las intervenciones que expresaron esa reflexión (Pavlovsky, 1986; De Brasi, 1986, 1989; Percia, Herrera y Szyniak, 1986) se evidencia en primer lugar al considerar que algunos análisis de historia y crítica cultural han puesto de relieve cierta escasez de estudios que hayan aportado, durante los primeros años de “transición democrática”, a una reflexión sobre las vinculaciones generales de la dictadura con la sociedad civil así como sobre los efectos particulares del proceso dictatorial sobre las formas de vida, sobre la convivencia en los espacios cotidianos, sobre las prácticas sociales y los vínculos socio-comunitarios.⁶⁵ Dichos análisis subrayaron la preponderancia que adquirió, respecto de la memoria colectiva sobre lo acontecido en la historia reciente, la dimensión de la justicia por

⁶⁵ Se trata de una apreciación general que no habría que entender como una ausencia total de apuestas en esa dirección. Las intervenciones de León Rozitchner en los primeros años de post-dictadura se encuentran entre las más significativas. Además, hay que considerar también los trabajos de Alejandro Kaufman desde comienzos de la década del 90 y los de Gregorio Kaminsky. Su libro *Dispositivos institucionales. Democracia y autoritarismo en los problemas institucionales*, publicado en 1990 reúne artículos y ensayos escritos entre 1985 y 1988.

los crímenes cometidos y la condena de los ejecutores (Casullo, 1997; Kaufman, 1997, 1998, 2008, 2011, 2012, Vezzetti, 2002;). Alejandro Kaufman (1997, 2008) destacó que ese plano, si bien ineludible, no agotaba la complejidad del trabajo de la memoria de lo acontecido. Puntualizó en ese sentido que la dimensión que involucraba los espacios y las acciones de la vida cotidiana se había sustraído, en gran medida por la complejidad de su abordaje, de los análisis relativos a la comprensión de las imbricaciones entre horror dictatorial y sociedad civil.

Por su parte, Nicolás Casullo (1997) consideró el mismo asunto a propósito de la posibilidad colectiva de un trabajo de la memoria sobre los años 60 y 70. Para Casullo el acto político más importante del período post-dictatorial, el juicio y condena de lo actuado por los responsables mayores de la dictadura, había llevado también a la absolución y el descompromiso de la sociedad en su conjunto respecto de ese pasado. Un compromiso social que el autor sitúa no sólo respecto de cierto consenso con el régimen dictatorial condensado en la idea de “arreglar el caos” sino respecto del compromiso anterior con “las grandes mayorías” en los 60 y los 70 (pp. 20-21). Desde su perspectiva hubo en esos años 80 de post-dictadura una “visión judicial hegemónica de la cuestión histórica” que obturó la discusión sobre políticas de la historia, enmudeció las narraciones sobre violencias, autoritarismos e intolerancias y promovió ideologías del olvido. Kaufman (1997, 1998) llamó la atención sobre el mismo problema al señalar la insuficiencia, para “la experiencia política, ciudadana, vital”, de la figura de la punición como único modelo de interpretación y de acción frente a lo acontecido. Con el término “paradigma punitivo” indicaba que la impunidad de los crímenes había derivado en su contrario: “el mal menor de la módica juridicidad cierra el horizonte a otras posibilidades, esperanzas o deseos. (...) Una trama de crímenes inasible, por omnipresente, con sus complicidades, consentimientos y distracciones, ha terminado por alimentar el *paradigma punitivo* (Kaufman, 1997, p. 59).

Hugo Vezzetti (2002) planteó, respecto de la relación entre dictadura y sociedad civil, que la representación social del Juicio como “rectificación de un poder omnímodo de los victimarios” y de la figura central que, en consecuencia, adquiriría la figura de las víctimas, había convocado a la sociedad en su conjunto a una posición de “espectadora horrorizada de acontecimientos que parecían ocurridos en otro lugar” (p. 38). Estimó que esa configuración había contribuido a invisibilizar una dimensión de la memoria social que involucraba a la sociedad civil. Si por una parte no se trataba de concebir a “la sociedad” como un conjunto homogéneo o un actor social unificado e imputarle en consecuencia una culpa generalizada, sí era necesario sin embargo abrir una reflexión que incorporara a la sociedad civil en tanto

“actores colectivos visibles”; actores políticos, pero también económicos, profesionales, periodísticos, con identidades y tradiciones, con sus organizaciones y legitimidades, con sus autonomías relativas (p.38). En el mismo sentido Oscar Terán (2008) se refirió al apoyo no sólo pasivo sino activamente receptor que el estado dictatorial recibió entre diversos sectores sociales: partidos políticos, jerarcas de la iglesia católica, empresarios, sindicatos de trabajadores, periodistas, medios de comunicación e intelectuales (p. 295).⁶⁶

Como han señalado varios análisis, si la dictadura argentina no se trató de un poder descargado verticalmente sobre la sociedad desde una cúpula despótica (Kaminsky, 1990; Vezzetti, 2002, p.47; Terán, 2008, p. 295), la pregunta que cobra relevancia es de qué modo pensar y problematizar la vinculación entre el proceso dictatorial y la presencia en la vida cotidiana de rasgos de autoritarismo e intolerancia. Kaminsky (1990) lo planteó en aquellos años en forma contundente: “Es una ilusión pensar que las alteraciones psicosociales desaparecen con la restauración de los procesos democráticos”, puesto que “lo autoritario anida e incuba en el seno de las sociedades civiles” (pp. 133-134).

Vezzetti (2002) consideró esa relación en términos de “estimulación” de autoritarismos en la vida corriente “desde diversas posiciones microsociales de mando, en escuelas, oficinas, fábricas, pero también en la familia y los medios de comunicación” (pp. 47-48). A partir de una afirmación de Guillermo O’Donnell: para que ocurriera lo que ocurrió fue necesaria “una sociedad que se patrulló a sí misma” (p.48), Vezzetti enfatizó, junto al terror estatal planificado, la presencia del disciplinamiento social y cultural y el cierre de la escena pública; una dimensión cotidiana de la dominación a través de la instalación de una cultura generalizada del miedo. La privatización de las condiciones de vida en detrimento de los vínculos socio-comunitarios habría sido desde su perspectiva expresión de esa “cultura del miedo”. A la manera de un síntoma del cuerpo social, pensó el repliegue en la vida privada, el refuerzo del lugar de la familia o del grupo cerrado, la desconfianza y el retiro respecto de la escena social como “una formación de compromiso que reunía el anhelo de seguridad con los efectos de la intervención coercitiva y restrictiva que rompía los lazos sociales” (p.52).

Por otra parte, en lo relativo a la situación del psicoanálisis en esos primeros años de post-dictadura, merece especial atención lo que Vezzetti (1986) había planteado, desde una posición que combinaba su pertenencia al campo disciplinar del psicoanálisis con sus estudios

⁶⁶ El reciente libro de Carassai (2013) constituye un aporte de importancia para un análisis de las formas en que “la clase media no militante” vivió y se representó lo acontecido en el período de violencia política y represión. Uno de los aspectos más destacados de su trabajo es el modo en que contribuye a visualizar la estrecha relación de los imaginarios sociales de ese sector social con los mensajes y discursos que circulaban en los medios masivos de comunicación de ese tiempo.

de historia crítica, a tres años de la recuperación democrática. Desde la revista *Punto de Vista* el autor realizó una serie de observaciones que apuntaron a interrogar la posición prevaleciente en los discursos del psicoanálisis en ese tiempo. Y en particular a visualizar los nexos entre esa configuración y las tradiciones que a comienzos de los años 70 habían participado de un debate intelectual que conectaba discursos del psicoanálisis con perspectivas de las ciencias sociales y políticas, que se planteaba intervenir en una crítica de los modos de dominación y su anclaje en las instituciones, que interrogaba el papel de la ideología en las condiciones subjetivas (pp. 5-6). Desde un análisis de intervenciones que en esos años se ocuparon de los efectos de la dictadura sobre la “subjetividad social” desde la psicología y el psicoanálisis, Vezzetti encontró en esos abordajes el predominio de ciertas características que lo llevaron a plantear “la ausencia de referencias a cualquier propósito de reconstrucción histórica a nivel colectivo” (pp. 7-8). Hay que subrayar, entre las características señaladas por el autor, en primer lugar, la incapacidad de advertir un arraigo de lo autoritario extendido en el terreno de lo imaginario social (en términos de Castoriadis) que no se reducía al imaginario del terror sino que se apoyaba en valores con anclaje en amplios sectores de la sociedad. Menciona, entre esos “valores”: el orden frente al caos, el patriotismo y el mito del “ser nacional” frente al fantasma de la desintegración nacional, las esencias argentinas amenazadas por lo extraño (lo no familiar), el restablecimiento de las jerarquías y de principios de autoridad en espacios diversos de la sociedad, y en especial el lugar de la familia como núcleo disciplinario primordial que debía reconstruirse. Vezzetti advertía, en segundo lugar, la utilización de categorías tradicionales de análisis que no se desplazaban ni se ampliaban hacia herramientas conceptuales de las ciencias sociales, lo que expresaba el predominio de una posición de autosuficiencia, de repliegue sobre sí mismo, de aislamiento que el autor ponía en contraste con el panorama de los 70.

Lo grupal como micropolítica

Si en los años de transición democrática se situó el resurgimiento de las libertades públicas y la resignificación del acontecimiento democrático en la sociedad civil, ese tiempo fue también el de la emergencia, en ciertos sectores del campo intelectual, de una serie de preocupaciones vinculadas a la memoria y elaboración de lo acontecido. Como lo planteaba Kaminsky (1990, p. 130-133) se advertía, en el mismo movimiento de retorno democrático, la profundidad y alcances de estrategias autoritarias diseminadas en los espacios de la vida cotidiana, en las instituciones, en los imaginarios sociales. Uno de los aportes principales de

Lo Grupal fue su contribución en esos años a la reflexión sobre el problema de las formas de violencia y autoritarismo en las prácticas clínicas, en las instituciones y los grupos. Esta reflexión conectó la interrogación sobre las formas de concebir las prácticas (clínicas, comunitarias, pedagógicas, de formación) y la revisión de los modelos grupales heredados con la preocupación por pensar las condiciones subjetivas de ese tiempo: las formas de vida en los espacios cotidianos, en la familia y en los ámbitos comunitarios de la salud, la educación y el trabajo.

La posición que se manifestó desde este sector del campo intelectual del psicoanálisis, en su apertura hacia la cultura y la sociedad, se inscribe en dos dimensiones. Si por un lado intervenía en una dimensión disciplinar, a través de la insistencia en una reflexión inaugurada en los 60 y comienzos de los 70 en torno de las relaciones entre psicoanálisis y política, entre instituciones, ideología y poder, estos planteos cobran aún más relevancia en una dimensión que involucraba la memoria social. La voluntad de “recuperar un horizonte político” (Percia y Herrera 1987, p.16) habla de una insistencia que apuntaba no sólo a recuperar las coordenadas de un debate que en las dos décadas anteriores, habían tenido en su horizonte las ideas de compromiso, responsabilidad social y una transformación social como posible, sino también a problematizar las condiciones de vida en el nuevo escenario social y a diseñar, en consecuencia, modos posibles de trabajo colectivo. Percia (1989) plantea, en *Lo Grupal 7*, el problema en estos términos: “¿hay alguna forma de revivir en nuestra labor actual las *intenciones* de los sesenta-setenta, o tenemos que reconocer que el mundo ha cambiado mucho y que cualquier deseo de promover justicia o felicidad entre los hombres es una causa perdida? (p. 79).

En particular, la cuestión de “lo grupal” condensó la apuesta de este grupo de autores en una insistencia y una ética: la certidumbre en que lo colectivo guarda una potencia de transformación social. Una potencia herida y replegada que era necesario repensar en un nuevo escenario. Lo ocurrido en la historia reciente implicaba que esa certidumbre era quizás para estos autores el único punto donde apoyarse. Al respecto una expresión de De Brasi sobre aquellos años es significativa: la única clave era “procesar lo que estaba aconteciendo mediante lo ocurrido” (De Brasi, 2007, p.110). Se requería construir lugares de pertenencia, apelar a la construcción de nuevos lectores, volver a pensar las instituciones y diseñar espacios micropolíticos, replantear el lugar del compromiso, revisar los modelos conceptuales e instrumentales disponibles.

De Brasi (1986) se refiere, en el prólogo del tercer volumen, a *lo grupal* como “metáfora vigente de lo reprimido” (p. 9):

Erradicados de los usos terapéuticos y servicios sociales durante un período genocida, fueron calificados desde “obscenos” hasta “máquinas sospechosas”. La embestida contra los grupos formó parte de un ataque programado a la solidaridad, al tejido conjuntivo de la sociedad civil. A la disolución de una, continuó el aniquilamiento de los otros. La represión a los mismos se transformó en “repulsión”, de igual modo que sus diferencias se convirtieron en “deficiencias” (teóricas o vivenciales), en el imaginario de variados núcleos profesionales (De Brasi, 1986, p. 9).

Es claro que si el tratamiento de *lo grupal* se orientó en esta publicación hacia el desarrollo de aspectos teóricos, clínicos y disciplinares, esas elaboraciones eran impulsadas por preocupaciones y urgencias que emergían de la escena social. Es este aspecto del proyecto de *Lo Grupal* lo que lleva a situarlo como un gesto de resistencia cultural en esos años: la referencia a *lo grupal* y el abordaje de las condiciones históricas de producción de subjetividad era un modo de señalar: primero, que lo acontecido en términos de violencia física, secuestros y desapariciones de personas evidentemente había afectado la trama del tejido social de formas impensadas. Segundo, que los dispositivos de violencia psicosocial se tramaban también en *micrológicas*: en el lenguaje, los gestos, los rituales, las ceremonias cotidianas, las ilusiones y los deseos. Tercero, que era tarea de los profesionales y de los intelectuales problematizar y diseñar estrategias orientadas a visibilizar y desmontar esos dispositivos. Se lee en *Lo Grupal 3*:

¿De qué modo esta fractura de la historia marcó nuestra subjetividad? ¿Cómo quedó afectada la trama de las experiencias cotidianas: el amor, la pareja, la familia, el trabajo, el lugar social como psicoterapeutas, la oportunidad del placer? (...) Luego de lo vivido en los últimos años, ¿la escena clínica puede estar ajena a las relaciones sociales de autoridad? (Percia, Herrera, Szyniak 1986, p.56).

La cuestión del profesionalismo

Uno de los temas que mejor refleja la apuesta política e intelectual de este grupo por visibilizar e intervenir en las formas de violencia en los espacios cotidianos de las prácticas sociales es la crítica que realizaron al profesionalismo. En *Lo Grupal*, la interrogación por la situación de las propias prácticas implicó una crítica a la tendencia creciente hacia el profesionalismo y la especialización, en detrimento de una posición intelectual de crítica social. Pavlovsky (1986) entendía que uno de los objetivos más importantes de la iniciativa de la publicación era la resistencia frente a la ausencia de transmisión de un saber articulador entre el psicoanálisis y la problemática social (en tanto develamiento de las estructuras de

poder social y sus formas de dominación) a las nuevas generaciones de estudiantes (Pavlovsky 1986, pp. 15-16). De Brasi (1986) se refirió en sus “Apreciaciones sobre la violencia simbólica, la identidad y el poder” a los modelos normativos que comandan identidades, idealizaciones, es decir, los imaginarios profesionales como formas condensadas de violencia simbólica. Lejos de la figura del intelectual como crítico de la sociedad, lo que parecía ganar cada vez más terreno en esos años era una figura del profesional comandada por lógicas del éxito personal vinculadas a logros propietarios (conocimientos y reconocimientos, espacios institucionales, beneficios de distinta índole, incluso beneficios de derivación de pacientes) (p. 50). Gregorio Kaminsky (1990a) sitúa los imaginarios profesionales, esos lugares hacia los cuales los actores sociales “conducen o desean conducir sus fuerzas y energías” (p.18), como elemento clave de los “dispositivos institucionales”. Si bien considera que toda institución (entendida como condensación de lo subjetivo y lo social) es constitutivamente un dispositivo de violencia psicosocial, piensa la especificidad de las instituciones argentinas en esos años como “canteras de autoritarismo” y sugiere una inquietante relación: los territorios que en la historia reciente habían sido dominios del terror, eran ahora dominio de la especialización y la profesionalización.⁶⁷

Percia (1989) observaba una escisión creciente, durante la década del 80, entre el territorio de las prácticas *psi* y la memoria de “las conmociones vividas por la sensibilidad de la intelectualidad crítica”. Desde su perspectiva, el alcance de esa crisis no se podía visualizar del todo en esos ámbitos, como si faltara un registro de las conexiones que, en las dos décadas anteriores, se habían tramado entre el deseo de transformación social y las prácticas en salud (p. 80). Advierte en ese sentido el predominio de una actitud profesionalista que encuentra en la “pérdida de una intención transformadora” y en el “desencanto con una perspectiva del intelectual como crítico de la sociedad” (p.81). Conjetura motivos para esa tendencia. Podía tratarse de una reacción a la situación de los 60 y comienzos de los 70 que, en la insistencia en la función social del intelectual, llevaba el riesgo de la disolución de la especificidad de la práctica profesional. Podía ser pensado también como una de las expresiones del triunfo silencioso frente a luchas perdidas: la indiferencia como efecto de la instalación de la creencia en que los problemas de la transformación social no son de incumbencia en la actividad profesional (p.81).

⁶⁷ Los aportes de Gregorio Kaminsky a la reflexión de estos problemas se incluyen como fuente primaria de esta tesis. Esto responde a la cercanía de Kaminsky con el contexto de producción de *Lo Grupal*. Y, si bien no es autor de trabajos en la publicación, sí es citado y referido por algunos de sus autores. De su trabajo sobre los “dispositivos institucionales” surge, algunos años después, su aplicación a los “dispositivos grupales” de Ana María Fernández y Ana María del Cueto (1985).

La producción de *Lo Grupal* estuvo en este sentido impulsada por una urgencia: la de interrogar los modos más imperceptibles del poder y la violencia presentes en las prácticas sociales: los espacios institucionales y grupales, los discursos científicos y profesionales, pero también las innumerables situaciones cotidianas. Como trasfondo de estas inquietudes hay que situar un cierto clima, en el campo intelectual argentino, afectado tanto por las derivaciones en el ámbito local de la crisis del socialismo “real” en la intelectualidad de izquierda europea de esos años como por el desencanto con la revolución cubana, el guevarismo, el peronismo, las guerrillas urbanas (tupamaros y montoneros) y rurales en América Latina. La búsqueda de una referencia a un pensar *en* común y a un estar *en* común que evite las violencias identitarias y unificadoras de lo común, el cuestionamiento de De Brasi a la simplificación de oponer “violencia revolucionaria” a “violencia conservadora” para resolver la complejidad de las relaciones entre violencia y transformación, el lugar central que tuvo la concepción inmanente del poder que estos planteos retoman de Foucault (1976) son índices de esas derivaciones.

En uno de los pasajes más significativos en esta dirección, Juan Carlos de Brasi (1989) subrayaba, en *Lo Grupal 7*, la necesidad de abrir una reflexión sobre la violencia en el análisis de producción de subjetividad (p. 40). Subrayaba la necesidad de problematizar e intervenir sobre las modalidades subjetivas que se habían producido durante la dictadura militar en los espacios públicos e institucionales “con su mentalidad de saqueo, arbitrariedad y feudalidad” (p.12) y sobre las formas de naturalización de esas “variaciones subjetivas”.⁶⁸ Se ponía el acento en la dimensión colectiva que esa elaboración requería, en la posibilidad de un “pensar en común” la complejidad de las relaciones entre violencia y transformación social. Pensar *en* común que se distanciaba de las lógicas de identidad de grupo hacia un pensar la posibilidad de “poder hacer con los demás” (De Brasi, 1989, p. 25).

De Brasi (1989) indicaba, en relación con la problemática de la violencia, una forma de concebir *lo grupal* como lo singularmente colectivo que se desplazaba de esas referencias totalizadoras (individuo, grupo, sociedad) y de concepciones basadas en identidades de conjunto hacia un ámbito de lo común y a la vez singular. En ese sentido la referencia a *lo grupal* introducía, en la cuestión grupal, la referencia ineludible a la alteridad. La figura del otro aniquilado a la que se refirió De Brasi (1989) condensaba bien la necesidad de revisar los modos de concebir subjetividad y grupalidad en los modelos disponibles con las

⁶⁸ Dos escritos de Juan Carlos De Brasi en *Lo Grupal*, tienen en el centro de sus desarrollos la problemática de la violencia: “Apreciaciones sobre la violencia simbólica, la identidad y el poder”, escrito en 1982, en el exilio, y publicado en *Lo Grupal 3* (1986) y “Violencia y transformación. Laberintos grupales e institucionales en lo social-histórico”, publicado en 1985 en Revista Plural N° 2 y en *Lo Grupal 7* (1989).

preocupaciones vinculadas a lo acontecido en la historia reciente. El autor piensa la transformación posible como una necesidad de sostener una posición que apuntara a revertir, lenta y progresivamente, tal vez a advertir para resistir, sin caer en ilusiones de poder anular a corto plazo, lo que consideraba un escenario marcado por una “violencia fundamental” (p. 26). Escribe:

Las formaciones sociales en que estamos inmersos requieren ser cambiadas; lentamente la imagen aniquilada del otro debe ofrecernos algún trazo que indique su existencia; el balbuceo lanzado al azar debe prefigurar un interlocutor posible; la reconstrucción de la sociedad civil se torna un imperativo (p. 25).

Sostenía que se requería una práctica compleja de consolidación de los vínculos socio-comunitarios. Prácticas de consolidación entendidas no como cristalización de lo consolidado, sino como lucha instituyente sostenida, como realizaciones (un “realizar-realizando”) que, desde los agentes mismos, apunten a afirmar el espacio social donde se actúa, como un trabajo incesante de conciencia social sobre lo que podrían ser procesos de participación y de convivencia en ese tiempo (p. 26). Señala indicios que podrían orientar ese *estar* en común: “Posibilitar condiciones de individuación crecientes, impulsar potencialidades creativas, recuperar mitos vitales, criticar imaginерías de muerte, anudar valores deshilvanados, combatir carencias esenciales, entronizar infinitos modos de solidaridad” (pp. 25-26).

En estos desarrollos, el problema de la violencia en las prácticas sociales y su relación con la idea de “producción de subjetividad” se piensan con la concepción de Foucault sobre el poder. Foucault (1976/2006) pensó el poder no como un punto central o foco único, propiedad de algunos desde donde se configuraría una distribución entre dominados y dominadores, sino como “la multiplicidad de las relaciones de fuerza inmanentes y propias del dominio en que se ejercen”. Para Foucault, que las relaciones de poder son inmanentes quiere decir que “no se hallan en posición de exterioridad respecto de otros tipos de relaciones (económicas, de conocimiento, amorosas), (...) sino que desempeñan, allí en donde actúan, un papel directamente productor. Siempre locales e inestables, dichas relaciones “se producen a cada instante, en todos los puntos, o más bien en toda relación de un punto con otro” (p. 112). En esa línea de pensamiento, Kaminsky (1990a) explicitó que era necesario pensar la restauración del proceso democrático desde una concepción inmanente que articule “lo estatal con lo social” y evite las teorías de la “represión social” que resultaban inadecuadas para un análisis del problema de la violencia ligada a la producción de subjetividad. En ese sentido, la referencia a la producción de subjetividad posibilitaba situar aquello que la concepción de

represión social no permite pensar. Como explica Kaminsky (1990a), el problema de la represión social es que se sostiene en ideas de dominación y libertad absolutas; necesita en su horizonte una sociedad ideal cuyos fenómenos represivos serían exógenos y extraños a ella. proyecta y sostiene que superada la represión y los autoritarismos advendría la libertad (p. 134). A diferencia de esa concepción ideal, una concepción de lo social “como campo antagónico de fuerzas inmanentes” posibilitaba, para el caso argentino, no caer en lecturas basadas en la escisión entre “un estado autoritario ‘desintegrador’” y “una sociedad civil inerme y amenazada” (p. 138). Así, el autor piensa el cuerpo social habitado tanto por lo autoritario como por las aspiraciones democráticas, libertarias y de deseos de justicia social (p.133). Si los procesos represivos no “caen del cielo” del estado hacia la sociedad civil como si ésta fuera víctima de una catástrofe natural sino que se configuran mediante un conjunto diversificado de prácticas y valores autoritarios, era ineludible abrir reflexiones, en las nuevas condiciones, orientadas a visualizar las formas en que “lo autoritario” habitaba el cuerpo mismo de la sociedad civil.⁶⁹

De Brasi (1989) también sostiene una concepción inmanente de la violencia para pensar nuestras formaciones sociales. La violencia y el poder no “atravesan” la sociedad (los cuerpos, las existencias, la vida en común) como algo que viene de un exterior, sino que piensa que las nuestras son “sociedades *para* la violencia”.⁷⁰ Las ideas de violencia y de violencia simbólica (en las prácticas discursivas) están implicadas en la misma definición de “sociedad” o “formación social” que utilizamos (p. 23). Si las sociedades en que vivimos son paradigmas de antagonismos, cortes y desigualdades básicas, éstos se expresan en infinidad de ramificaciones, en relaciones de fuerzas contradictorias, en tensiones y luchas diversas (p. 22).

Junto a las lecturas de Foucault, la recepción de nociones del análisis institucional francés inaugurado por Félix Guattari y continuado por otros autores (Lourau, Lapassade) como la noción de transversalidad o la distinción entre grupos sometidos y grupos sujeto, son claves con las que los autores considerados (De Brasi, Pavlovsky, Kaminsky) abordaron el problema de las formas de violencia y autoritarismo en los grupos y las instituciones. Según De Brasi (1986) la noción de “proceso de transversalidad” posibilitaba desplazar el problema desde las relaciones intersubjetivas hacia el fenómeno institucional, hacia las multiplicidades

⁶⁹ Hay que recordar aquí una serie de acontecimientos que, desde la caída del gobierno democrático de Perón con los bombardeos a civiles del 55 y los años dictatoriales que siguieron, configuran una topografía de las violencias políticas que culminan en el alzamiento conocido como el Cordobazo.

⁷⁰ Véase la observación sobre la insuficiencia de idea de atravesamiento para dar cuenta de lo social histórico en relación con la noción de lo grupal. *Supra*, p. 18.

excéntricas, a la diseminación de flujos y a los variados antagonismos sociales presentes en las situaciones clínicas, en las experiencias de aprendizaje. Kaminsky (1990a) también trabajó la distinción de Guattari entre “grupos sometidos” y “grupos sujetos” para pensar las condiciones de vida en las instituciones, para situar modos diversos de habitar los espacios cotidianos. Pensó los grupos como configuraciones privilegiadas a través de las cuales se hace posible interrogar esas condiciones de existencia social (p. 10).

Esa distinción, que Guattari (1972/1976) esquematizó provisoriamente con estos dos polos de referencia, considerados como dos posiciones en las que puede oscilar cualquier grupo, alude a formas de habitar las prácticas institucionales, a modos de enunciación, de relación con las jerarquías y las reglas, de vinculación con la representación de sí mismo como grupo, a la posibilidad de deslizamiento de sentido y al proyecto sostenido en prácticas concretas (pp. 95-96). Con estas referencias, que cuestionaban la “dinámica de grupos” y la fijeza del análisis de roles, Guattari apuntaba a pensar modos imaginarios que habitan en los grupos o “corporizaciones imaginarias” que los habitan. Así, la expresión “grupos sujetos” nombraba la posibilidad de tomar la palabra, de enunciar algo, de cuestionar lo establecido, la apertura hacia un más allá del grupo centrado en sí mismo; “grupos sometidos” nombraba el estado de encierro del grupo en un sí mismo, la captura de las posibilidades de movimiento por el sometimiento. Éste podría tomar distintas formas, por ejemplo, organización, eficacia, prestigio, reconocimiento, o también incapacidad, no calificación, etc. (p. 97).

Kaminsky quiere señalar con estas referencias, ciertas condiciones que encuentra en las prácticas (p. 10). Piensa, en cercanía con estas posiciones en Guattari, otras referencias: hablante-hablado e instituido-instituyente. Mientras que el grupo en posición de sometimiento es hablado por las consignas instituidas y es soporte de la jerarquización institucional (verticalidad), el grupo sujeto tiende a un desprendimiento de lo establecido (p. 10). Advierte, por otra parte, que no conviene asociar rápidamente “grupo sujeto”, lo hablante o lo instituyente en un grupo con “los rebeldes”, puesto que estos pueden ser otra forma de lo instituido.

Potencia de la polifonía, capacidad imaginante (Kaminsky), capacidad crítica, discordancia creativa (De Brasi), como nombres de lo posible, como modos de enunciación colectiva desprendidos de figuras del sometimiento, remiten además a la idea de “transversalidad” (Guattari) que insiste en estas formulaciones. Guattari (1972) propuso el concepto de transversalidad en lugar de la idea de “transferencia institucional”. Se refirió a ella en oposición a verticalidad y horizontalidad. El “coeficiente de transversalidad” es un modo de nombrar “el grado de ceguera” en situaciones institucionales (pp. 100-101).

La referencia a la transversalidad posibilitaba para De Brasi (1986) abordar el problema del poder y sus efectos de violencia en términos acordes a las complejidades en juego en las distintas situaciones (clínicas, terapéuticas, de formación o aprendizaje), es decir, como multiplicidades. Si la inversión de relaciones de “verticalidad” –como formas de dominio asimétricas– hacia relaciones de “horizontalidad” –como modelos igualitarios y participativos– apuntan a cuestionar la forma de distribución del poder, no permiten sin embargo atender los focos de producción de poder (pp. 40-41). En cercanía con las concepciones de Foucault (1976, 1984) cuando distingue por ejemplo, a propósito de la sexualidad, lo que llama “prácticas de libertad” de una idea de “la liberación”, De Brasi advierte que hay en esa “inversión” (de la verticalidad hacia la horizontalidad) una ilusión de liberación: suponer que podrían producirse transformaciones radicales en un ámbito específico a través de una inversión que liberaría las relaciones de las “ataduras tradicionales” basadas en modelos jerárquicos. La apelación a la horizontalidad supone que el poder se reduce a una relación vertical, por ejemplo, implica suponer que el analista, el profesor, el coordinador “detentan exclusivamente la capacidad de manipular” (p. 42). De Brasi sugiere que, antes que una liberación, la pretendida inversión sería una denegación, hacer como si “las formas de dominación” hubieran desaparecido mediante disposiciones voluntaristas.

Lo grupal no son los grupos ni los dispositivos

El concepto de dispositivo, que introdujo en los años 70 una importante novedad teórica para abordar la problemática del poder, ha ido tomando sentidos y usos diversos que en muchos casos anularon su interés y su relevancia. El caso de los ámbitos de la psicología y del psicoanálisis es un claro ejemplo de la proliferación de ese tipo de usos. Es habitual escuchar en esos ámbitos expresiones como: “dispositivo institucional”, “dispositivo grupal”, “dispositivo psicoanalítico”, “dispositivo pedagógico”, o simplemente “el dispositivo”. Es evidente, sin embargo, que estos usos del término se han alejado cada vez más de la complejidad de la noción formulada por Foucault (1976/2006) y retomada por otros autores (Agamben, 2011; Deleuze, 1986/2005, 1990ab; Deleuze y Guattari, 1975/1990; Esposito, 2007, 2011). Se advierte asimismo que dichos usos tampoco se articulan a las recepciones y lecturas que se hicieron del término en el ámbito argentino para problematizar las prácticas sociales (De Brasi, 2007, 2012; Kaminsky, 1990; Percia 2004, 2010; Kaufman, 1997, 2011, 2012).

Si se relevan los significados más frecuentes de estos usos, se observa que se lo emplea generalmente para aludir al encuadre, es decir, como delimitación de una tarea a realizar en un tiempo y espacio prefijados. O como equivalente de técnica en el sentido de mecanismo o artificio para producir una acción prevista, como instrumento útil con miras a una meta, como conjunto de procedimientos de los que se sirve una disciplina de saber o un grupo profesional. Como lo han sugerido algunos de sus autores en entrevistas recientes, el problema de los usos del término y sus implicancias en los modos de pensar las prácticas sociales fue un asunto de problematización en el contexto mismo de producción de *Lo Grupal* (Percia, 2011; De Brasi, 2012). Percia (2004) realizó una observación interesante al respecto:

El uso frecuente del vocablo *dispositivo* suele borrar la potencia inicial que esa palabra tuvo en la obra foucaultiana. Puede convertirse en, lo que ya casi es, un equivalente disimulado de la idea de *técnica*. *Dispositivos de poder* son modos de producción de significación. Formas de naturalización de definiciones sociales (de normalidad, de salud, de locura). Suelen ser máquinas de control, examen, inspección. Territorios inconcientes de institucionalización de los sujetos sociales (p. 129).

Por su parte Juan Carlos De Brasi destacó en una entrevista reciente que el término fue muchas veces mal entendido en las producciones locales y como consecuencia su importancia quedó eclipsada en un uso instrumental. Afirma que en la expresión “dispositivo grupal” queda de manifiesto este empleo en el sentido de un “instrumento”.⁷¹ Para De Brasi el concepto de dispositivo tanto en Foucault como en Deleuze fue una referencia que sirvió para pensar modos de subjetivación desprendiéndose de los conceptos tradicionales de sujeto, persona o individuo. Los dispositivos serían entonces “formas de individuación y formas de subjetivación, ya no enunciados sociales ni lingüísticos ni personales, sino formas de enunciación colectiva” (De Brasi, 2012).

La noción de *dispositivo*

Foucault destacó a propósito del “dispositivo de sexualidad” su carácter de *producción histórica* y su relación con estrategias de poder y de saber. Piensa su conformación como una red superficial de elementos heterogéneos que incluye tanto “lo dicho” como “lo no-dicho”: “discursos, instituciones, planificaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales”

⁷¹ Se lee en *El dispositivo grupal*: “Tiempo, espacio, número de personas y objetivo, conforman un *dispositivo*” (Fernández; Del Cueto 1985, p.18). El destacado es del original.

(Foucault, 1977, p.128). Por su parte, Giorgio Agamben (2011), al retomar la noción foucaultiana, pone el acento en la dimensión de “captura” del dispositivo. Sostiene que, en el pensamiento de Foucault, el término no se reduce a una tecnología de poder, sino que se refiere a “todo aquello que tiene, de una manera u otra, la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar los gestos, las conductas, las opiniones y los discursos de los seres vivos” (p. 257).

La condición de *producción histórica* del dispositivo destacada por Foucault es lo que suele pasar inadvertida y presentarse por el contrario como del orden de lo “natural”. Este aspecto es destacado por Esposito (2007, 2011) a propósito de su investigación sobre lo que llama el “dispositivo de la persona” y al cual va a contraponer, como línea de ruptura o foco de resistencia, algunas figuras del “pensamiento de lo impersonal” en la filosofía contemporánea (lo neutro en Blanchot, la justicia en Weil, la vida como acontecimiento o pliegue en Deleuze y como exterioridad o afuera en Foucault).

Poderes en los dispositivos: captura y resistencia

Ahora bien, si se atiende el modo en que Foucault (1976) piensa los modos de distribución de poder en los dispositivos, se advierte que el término dispositivo transporta una tensión entre el poder y los puntos, líneas o focos de resistencia. La pregunta por el dispositivo implica entonces la reflexión sobre las formas de captura de la vida y también la localización de sus márgenes. Foucault piensa el poder en los dispositivos como entramado de múltiples relaciones de fuerza: “donde hay poder, hay resistencia” (p.116). No hay que concebir el poder como un punto central o foco único, propiedad de algunos, es decir como distribuido entre dominados y dominadores, sino como “la multiplicidad de las relaciones de fuerza inmanentes y propias del dominio en que se ejercen” (p.112). Entender las relaciones de poder como inmanentes implica que ellas no se encuentran “en posición de exterioridad respecto de otros tipos de relaciones (económicas, de conocimiento, amorosas), (...) sino que desempeñan, allí en donde actúan, un papel directamente productor” (p.114). Siempre locales e inestables, dichas relaciones “se producen a cada instante, en todos los puntos, o más bien en toda relación de un punto con otro” (p.113). Para Foucault, las cristalizaciones del poder en las hegemonías sociales, lo que el poder tiene de permanente, de inerte, de repetitivo, “no es más que el efecto de conjunto que se dibuja a partir de todas esas movibilidades, el encadenamiento que se apoya en cada una de ellas y trata de fijarlas” (p.113).

Los dispositivos como diagramas

Deleuze (1986) propone una lectura del concepto foucaultiano que introduce ciertas precisiones. En su libro *Foucault* desarrolla una distinción entre *dispositivos o agenciamientos concretos* y *diagrama o máquina abstracta*. Los agenciamientos concretos o máquinas concretas son los que ponen en contacto dos formas irreductibles entre sí, las formas de lo visible o *forma de contenido* y las formas de lo enunciable o *forma de expresión*. Por ejemplo, en el caso del “medio carcelario”, la prisión y el prisionero conforman lo visible, un régimen de luz; el derecho penal como régimen de lenguaje, conforma lo enunciable en materia criminal. Deleuze afirma que para los agenciamientos concretos Foucault reserva con frecuencia el nombre de *dispositivos*. El diagrama designaría la dimensión *informal (materia-función pura)* o *máquina abstracta*; que llama también *mapa o cartografía* y que ubica como extendido a todo el campo social. Escribe Deleuze:

Hemos visto que las relaciones de fuerza, o de poder, eran microfísicas, estratégicas, multipuntuales, difusas, que determinaban singularidades y constituían funciones puras. El diagrama o la máquina abstracta es el mapa de las relaciones de fuerzas, mapa de densidad, de intensidad, y que en cada instante pasa por cualquier punto, o «más bien en toda relación de un punto con otro» (Deleuze, 1986, p.63).

Para el caso del “Panoptismo”, Deleuze (1986) distingue, a propósito de los desarrollos de Foucault, dos modos de referirse a él: como un agenciamiento óptico concreto que caracteriza a la prisión; y como máquina abstracta que no sólo se aplica a una materia visible en general (taller, escuela, hospital en tanto que prisión), sino que en general atraviesa también todas las funciones enunciadas: “La fórmula abstracta del Panoptismo ya no es «ver sin ser visto», sino imponer en un espacio restringido, una conducta cualquiera a una multiplicidad humana cualquiera, también restringida” (p.60). En cambio para el caso de “la máquina abstracta del biopoder”, sostiene que “la multiplicidad es numerosa, en un espacio abierto, y la función ya no es imponer una conducta, sino gestionar la vida” (p.60). ¿Cómo se articulan para Deleuze estos dos elementos, los agenciamientos concretos y la máquina abstracta?

Entre lo visible y lo enunciable, existe una abertura, una disyunción, pero esta disyunción de las formas es el lugar, “el no- lugar”, dice Foucault, en el que se precipita el diagrama informal para encarnarse en las dos direcciones necesariamente divergentes, diferenciadas, irreductibles una a otra. Los agenciamientos concretos están, pues, hendidos por el intersticio según el cual se efectúa la máquina abstracta (Deleuze, 1986, p. 65).

Resistencias y márgenes en los dispositivos

Para Foucault (1976), en esa trama superficial de múltiples relaciones de fuerza que conforman los dispositivos, los puntos de resistencia son el “elemento enfrentador”:

Así como la red de las relaciones de poder concluye por construir un espeso tejido que atraviesa los aparatos y las instituciones sin localizarse exactamente en ellos, así también la formación del enjambre de los puntos de resistencia surca las estratificaciones sociales y las unidades individuales (p.117).

Se trata de puntos, nudos, focos de resistencia diseminados en distintos grados de densidad en el tiempo y en el espacio, que afectan o pueden afectar las hegemonías culturales y las identidades personales.

¿Grandes rupturas radicales, particiones binarias y masivas? A veces. Pero más frecuentemente nos enfrentamos a puntos de resistencia móviles y transitorios, que introducen en una sociedad líneas divisorias que se desplazan rompiendo unidades y suscitando reagrupamientos, abriendo surcos en el interior de los propios individuos, cortándolos en trozos y remodelándolos, trazando en ellos, en su cuerpo y su alma, regiones irreducibles (p.117).

Esta dimensión de resistencia es la que destacará Deleuze al referirse a las *líneas de subjetivación* y a los *acontecimientos* en los dispositivos. En la configuración de tal dispositivo la pregunta que es necesario hacer es: ¿cuáles son los márgenes existentes que escapan a su captura, cuáles los puntos inasimilables? Para el caso del poder disciplinario, Foucault había ubicado estos márgenes o puntos de resistencia frente a la captura total del cuerpo individual por el poder político y por el saber de las ciencias –la “función individualizante” del dispositivo– en aquellos elementos que *escapan*: lo que escapa a la vigilancia, lo que no puede clasificarse, lo que no puede entrar en el sistema de distribución, de normalización, “el residuo, lo irreductible, lo inclasificable, lo inasimilable. (...) Por ende, todo poder disciplinario tendrá sus márgenes” (Foucault, 2003, pp. 74-75).

«¿Cómo es posible en el mundo la producción de algo nuevo?»

En su texto *¿Qué es un dispositivo?*, Deleuze (1990a) presenta el dispositivo como una especie de ovillo o madeja: conjunto multilineal compuesto de líneas de diferente naturaleza

que siguen direcciones diferentes, cambiantes, variantes. Se acercan y se alejan unas de otras según procesos siempre en desequilibrio. Cada línea está quebrada, ahorquillada, sometida a derivaciones, a bifurcaciones. Sitúa los elementos que conforman los dispositivos: “líneas de visibilidad, de enunciación, líneas de fuerza, líneas de subjetivación, líneas de ruptura, de fisura, de fractura que se entrecruzan y se mezclan mientras unas suscitan otras a través de variaciones o hasta de mutaciones de disposición” (pp. 157-158).

Para Deleuze, una de las consecuencias más importantes de lo pensado por Foucault con el término dispositivo se vincula a la pregunta por las condiciones de posibilidad de la producción de lo nuevo, lo único, lo singular: “¿cómo es posible en el mundo la producción de algo nuevo?”, o “¿cómo es posible la novedad de un régimen de enunciación?”. Novedad que no consiste en “originalidad” sino en una regularidad, “marcha de la curva que pasa por los puntos singulares o los valores diferenciales del conjunto enunciativo” (p.159). En la misma dirección pueden situarse los desarrollos de Deleuze y Guattari (1975) en el capítulo ¿Qué es un dispositivo? en *Kafka Para una literatura menor*. Los autores se refieren allí a los *dispositivos colectivos de enunciación* y ubican lo que llaman “literatura menor” como aquello capaz de producir enunciados nuevos. Pero ¿cómo entender aquí la expresión “dispositivos colectivos de enunciación”? El enunciado –escriben Deleuze y Guattari– es siempre colectivo, incluso cuando aparentemente sea formulado por la voz solitaria del artista. El enunciado nunca remite a un sujeto, no existe un sujeto que emite el enunciado, ni un sujeto cuyo enunciado sería emitido. La enunciación literaria (célibe o artista) siempre está en relación con una comunidad nacional, política y social. Recuerdan en este sentido “las dos tesis principales de Kafka”: la literatura como reloj que adelanta y como problema del pueblo (Deleuze y Guattari, 1975, p. 121).

La enunciación literaria más individual es un caso particular de enunciación colectiva (...) lo que no quiere decir que esta colectividad sea a su vez el verdadero sujeto de la enunciación, ni siquiera el sujeto del cual se habla en el enunciado (...) La colectividad no es un sujeto, ni de la enunciación, ni del enunciado, de la misma manera que el célibe –o singularidad artista– tampoco lo es. Pero el célibe actual y la comunidad virtual –ambos reales– son las piezas de un dispositivo colectivo (p.121).

Deleuze destaca que son las líneas de subjetivación de los dispositivos aquellas que tienen la capacidad de trazar caminos de transformación, de ruptura, de fisura, en la medida en que son ellas las que se escapan de las dimensiones de saber y de poder: “las producciones de subjetividad se escapan de los poderes y de los saberes de un dispositivo para colocarse en los poderes y saberes de otro, en otras formas por nacer” (Deleuze, 1990a, p. 157).

Subjetivación y acontecimiento se articulan para Deleuze en la concepción del sujeto como límite: “límite de un movimiento continuo entre un Afuera y un Adentro, de un sujeto como membrana” (Deleuze 1990b, p.275).

Puede, en efecto, hablarse de procesos de subjetivación cuando se consideran las diversas maneras que tienen los individuos y las colectividades de constituirse como sujetos: estos procesos sólo valen en la medida en que, al realizarse, escapan al mismo tiempo de los saberes constituidos y de los poderes dominantes. Aunque ellos se prolonguen en nuevos poderes o provoquen nuevos saberes: tienen en su momento una espontaneidad rebelde. No se trata en absoluto de un retorno al “sujeto”, es decir, a una instancia dotada de deberes, saberes y poderes. (p. 275)

Dispositivos institucionales

En el ámbito local, y en un contexto de producción cercano al de la publicación *Lo Grupal*, el uso de la noción de dispositivo que se encuentra en los desarrollos de Gregorio Kaminsky (1990a) es sin duda una referencia ineludible. Esto responde a dos motivos fundamentales. Por un lado, la idea de “dispositivos institucionales” recupera la dimensión histórica ineludible del concepto foucaultiano así como esa complejidad que el mismo transporta: la tensión entre la dimensión de captura y los puntos o focos de resistencia en los procesos históricos de producción de subjetividad. Pero además, sus análisis articulan esa complejidad, en el marco del período argentino de “transición democrática”, a las preocupaciones vinculadas a la problemática de la violencia en las instituciones y los grupos: “Una democracia sustantiva debe trabajar en los espacios microfísicos del poder como son las instituciones” (p. 12). De modo que sus desarrollos tienen un interés doble: no sólo permiten analizar más profundamente el problema de reducir –naturalizar– el uso del término a un equivalente de encuadre, técnica o procedimiento –a un uso instrumental en palabras de De Brasi– sino que también ponen de manifiesto la relevancia de los problemas que pudieron ser trabajados con la recepción de esta noción en el ámbito local. Estos problemas, que respondían a la necesidad de diseminar la democracia como estado de derecho en las instituciones, pueden sintetizarse en la consideración de Kaminsky de las instituciones argentinas como “dispositivos de violencia psicosocial” y en la urgencia de interrogar, en consecuencia, los modos en que la dimensión político-social atravesaba los espacios cotidianos y configuraba a los mismos actores sociales. Con una clara referencia al término foucaultiano, escribe que en tiempos en que “hemos aprendido que el saber y el poder

pertenecen al mismo universo, no es ocioso interrogarnos acerca de qué es lo que permite su articulación” (p. 20). Kaminsky define el dispositivo como

la red de atravesamientos microsociales y micropolíticos que adquieren una configuración específica, una cristalización jurídica y muchas veces una coagulación profesional (el maestro, el médico, el policía...) espejo ampliado que regresa a cada uno de sus actores el lugar imaginario hacia el cual conducen o desean conducir sus fuerzas y energías (p.18).

Interesa destacar qué aspectos de la noción de dispositivo de los autores europeos son retomados por Kaminsky, así como localizar las especificidades que ella tomaba en sus desarrollos, en el marco del tratamiento de la problemática de la violencia en el ámbito local. En primer lugar hay que precisar la importancia de la referencia a lo institucional presente en la expresión “dispositivos institucionales” en el marco del pensamiento sobre la transición democrática argentina. El autor escribe:

Es porque subrayamos y enfatizamos la importancia de lo “micro” para la transición democrática del país, que nos parece indispensable tomar en cuenta, por altamente descuidadas, a las instituciones reales e imaginarias de la sociedad. Las instituciones constituyen los enclaves espaciales de la microfísica de las relaciones sociales y la macrofísica de las operaciones individuales. La vida de los sujetos en sociedad es, sin duda, la experiencia de su tránsito por ellas (p. 24).

Evidentemente, las instituciones no se reducen al conjunto de sus funciones, objetivos, finalidades específicas, “las instituciones son conjuntos de relaciones que atraviesan y/o confluyen en un mismo espacio (...) las relaciones psico-sociales no preceden ni se generan en la institución misma” (p. 20). La institución se entiende en esta perspectiva como punto de encuentro de relaciones sociales diversas, heterogéneas. Kaminsky piensa además que los grupos son como “los ojos institucionales”: configuraciones privilegiadas a través de las cuales es posible entrever las relaciones institucionales. Para el autor, enfatizar la necesidad de atender la dimensión institucional en los enfoques psicosociales era, en primer lugar, una contribución a la crítica de la antinomia individuo-sociedad. Sostiene que “lo que efectivamente existe son los *espacios de condensación de lo subjetivo y lo social*: los grupos y las instituciones. Los hombres se producen, circulan y también se consumen solamente en estas *materialidades tangibles* que son los grupos y las instituciones (p.30).

La expresión “dispositivos institucionales” alude entonces a la institución entendida como dispositivo de las relaciones sociales, anclado históricamente y como espacio

producido-productor de múltiples modalidades de violencia, que no son su excepción, sino como regla (p. 17).

En segundo lugar, la idea de dispositivos institucionales incluye la tensión destacada anteriormente entre la dimensión de captura, control, gestión de la vida y esa otra dimensión de resistencia, los márgenes del dispositivo (Foucault; Deleuze; Deleuze y Guattari). Si Kaminsky sostiene que toda institución es constitutivamente un dispositivo de violencia psicosocial, un territorio de múltiples modalidades de violencia y se refiere en ese sentido a las instituciones argentinas como “canteras de autoritarismo”, no deja sin embargo de afirmar, en la línea de la resistencia, que en lo institucional se encuentra también, como en todo lo social, la dimensión de lo posible. La pregunta de Spinoza, retomada también por Deleuze y Guattari (1980/2002): ¿qué puede un cuerpo? se lee en Kaminsky a propósito de lo institucional: “¿cómo se puede conocer lo que se puede en las instituciones?” (p. 11). Esta pregunta es sin duda la pregunta por la dimensión de resistencia que puede acontecer en las instituciones. En ese sentido se advierte la proximidad de esta perspectiva con la concepción foucaultiana –enfanzada en los planteos de Deleuze y Guattari– de los modos de distribución del poder en los dispositivos. Para Kaminsky, pensar lo institucional como una trama de relaciones complejas y móviles, implica que se trata de un ámbito descentrado, excéntrico, punto de cruce y nudo de articulación de relaciones sociales heterogéneas (p.28).

Ahora bien, detenerse en las formas que esas capturas toman para Kaminsky, así como localizar también los modos en que se piensa en su escritura esa dimensión de resistencia en las instituciones que “lo posible” intenta nombrar, permite advertir ciertos rasgos específicos en el uso que el autor hace de la noción de dispositivo para reflexionar sobre la problemática de la violencia en la Argentina de esos años. Se destacan, en ese sentido, dos cuestiones centrales: en primer lugar, la preocupación por los modos de la violencia imperceptible en las diversas prácticas en los espacios cotidianos; en segundo lugar, y articulado a lo anterior, la cuestión de la responsabilidad de los intelectuales y los profesionales en la tarea de advertir e intervenir sobre esos problemas.

La referencia a los dispositivos institucionales no alude fundamentalmente, para Kaminsky, a los “casos paradigmáticos” como las cárceles, reformatorios, hospicios y asilos, sino a que apunta a las instituciones “de todos los días”, los espacios cotidianos de anudamiento psicosocial, “aquellos que tienen que ver con la educación y la salud, la economía y el trabajo, los deseos y las pasiones” (p.27): “lo autoritario no viste solo uniforme militar, también habita fábricas y hogares, escuelas y hospitales (...) compleja red sin centros ni ejes precisos pero con anclajes ciertos en los dispositivos institucionales” (p.26). Por eso

habla de “carcelarización de la sociedad” para referirse a una serie de “micro-autoritarismos” teóricos y prácticos en diversas prácticas sociales en el campo de la medicina, la psicología, la educación y el trabajo (p.27). Ubica en esa línea la proliferación de los discursos de integración, adaptación, resocialización y rehabilitación. Advierte, además, una creciente especialización y profesionalización de territorios que en la historia reciente habían sido dominios del terror. De esa manera llama la atención sobre el papel de los profesionales y los intelectuales en la tarea de diseñar estrategias orientadas a advertir y desmontar esos dispositivos.⁷²

Una especificidad del tratamiento de Kaminsky es el lugar que otorga a lo imaginario en los dispositivos institucionales. Atender la dimensión imaginaria institucional implica, en primer lugar, no reducir los problemas institucionales a sus aspectos formales o funcionales sino interrogar fundamentalmente las formas de circulación y distribución –producción– de gestos, actitudes, deseos e ilusiones (p. 30). De ahí el lugar central que el autor otorga, al definir el dispositivo, al “lugar imaginario” hacia el cual los actores sociales “conducen o desean conducir sus fuerzas y energías” (p.18). En sintonía con sus estudios sobre Spinoza⁷³, lo imaginario condensa la expresión tanto de las capturas de lo instituido como de aquellos focos de resistencia, puntos de fuga, lugares privilegiado de lo posible. Escribe que: “los cuerpos instituidos son aquellos que han digerido hasta en sus gestos, las reglas formales e informales de la institución. Son los cuerpos que tienen la regla institucional” (p. 11). Pero, en proximidad con las lecturas de Spinoza que realiza el autor, cabe preguntarse: ¿son los cuerpos los que tienen la regla institucional o es la regla institucional la que tiene a los cuerpos?

La individuación no representa la exteriorización de las conciencias, ni volición de un sujeto respecto de otro; es, antes bien, la relación que, desde la impersonalidad imaginaria, constituye seres humanos como estados intensivos, recortados, de la fuerza anónima, pasional (Kaminsky, 1990b, p. 104).

Lo imaginario tal como es trabajado por el autor, no es una representación de lo institucional que estaría por detrás, por debajo o más allá de su manifestación. Lo imaginario, immanente, expresa a las instituciones. Lo imaginario es una dimensión institucional, y es “tan constitutivo como las celdas para las cárceles (...) es, precisamente, en el terreno de lo

⁷² Cabe recordar que Foucault (1973-1974) había señalado respecto de los elementos inasimilables de los dispositivos de disciplina, los “residuos sociales”, la presencia de un mecanismo que tiende al infinito y que consiste en la aparición de prácticas de asimilación, es decir, sistemas complementarios que tienen como objetivo “recuperarlos” (p.76).

⁷³ En 1990, año de la publicación de los textos reunidos en *Dispositivos institucionales* –escritos entre 1985 y 1988– Kaminsky publica *Spinoza: la política de las pasiones* (1990b).

imaginario institucional donde se ponen en juego las violencias y contraviolencias discursivas” (Kaminsky, 1990a, pp. 20-21).

lo imaginario es la modalidad específica de la singularidad existente (o existencia singular) denominada hombre (...) los hombres denominamos razón al conjunto de arbitrariedades cuya forma delirante no ha sido sancionada como enfermiza sino que, contrariamente, ha sido instituida por vía de la convención en una forma cultural (p.151).

Para el caso argentino de esos años le interesa subrayar la presencia de un “imaginario colectivo institucionalizado de autoritarismo”. Piensa que lo autoritario, como formas aniquiladoras de la existencia social habita –habla– en los cuerpos. Formas que habitan la existencia no bajo el modo de la alienación social sino como “materialidad social productiva” (p. 137), despliegue superficial antes que secreto oculto (p. 138). Piensa “lo imaginario institucional” como un territorio poblado de domesticaciones: adaptación pasiva a la realidad, pérdida del sentido crítico, temor a pensar e imaginar, sometimiento a la regla institucional en las inercias cotidianas, en los aburrimientos programados, en las repeticiones desvitalizadas. Apunta, sin embargo, en consonancia con las tensiones que habitan lo institucional, a destacar también los modos en que lo posible tiene oportunidad de presentarse: la “potencia de la polifonía” y la “capacidad imaginante” que pueden acontecer en las instituciones y los grupos. Kaminsky señala la urgencia de trabajar una apertura y una disponibilidad hacia “lo insospechado institucional”, en espacios –como afirmaba Pavlovsky en el prólogo que inauguraba *Lo Grupal*– saturados de sospechas y sospechosos. Escribe que “es en ellas [en las instituciones] donde puede germinar la semilla de los pequeños y desgraciados autoritarismos, pero también florecen los mil rostros de la vida” (p.28).

Conclusiones

La tesis expuso un análisis de las principales contribuciones de la corriente intelectual que promovió, como proyecto colectivo de investigación y escritura, la publicación *Lo Grupal* en la Argentina (1983-1993). El análisis de un conjunto significativo de artículos e intervenciones ha permitido mostrar que la producción reunida en esta publicación, en diálogo con una tradición previa del psicoanálisis argentino y a través de una operación de recuperación crítica de ciertos antecedentes del movimiento político intelectual de los años 60 y comienzos de los 70, constituye una referencia fundamental del pensamiento, la investigación y la escritura acerca de la problemática grupal, de la clínica institucional y de las intervenciones micropolíticas en la Argentina. La posición de enunciación que sus autores sostuvieron en el campo disciplinar *psi*, atendiendo la coyuntura socio-política en los años de post-dictadura; la centralidad que otorgaron a la problemática del poder y la violencia en las prácticas sociales permite situar a *Lo Grupal* como un fragmento relevante de la producción crítica cultural de nuestro pasado reciente.

Hacer referencia a *Lo Grupal* como proyecto de escritura requiere subrayar que la iniciativa de esta publicación, impulsada fundamentalmente por Juan Carlos De Brasi y Eduardo Pavlovsky, tuvo entre sus preocupaciones principales, en sintonía con la tradición intelectual de estos autores, el esfuerzo por trabajar el problema de la escritura. Y, en la misma dirección, el afán de fomentar una comunidad de lectores, es decir, la apuesta –a través de una escritura más cercana de la tradición ensayística que del artículo científico– por la oportunidad de un *acontecer lector*. Como se lee en el prólogo de *Lo Grupal 6*, provocación hacia un lector que “fabule, desee y fabrique sus propios modos de desciframiento”; un lector que soporte la invitación a que cualquier cierre sea un imposible. (De Brasi, *et. al.*, 1988, p. 6).

La tesis se enfocó en poner de relieve que, en el marco de este movimiento político, cultural y de ideas clínicas, la referencia a la noción de “lo grupal” –en discusión con las concepciones que tomaron al “grupo” como objeto psicológico– expresó una intervención conceptual de relevancia en tres dimensiones que conectaban problemas del campo disciplinar con urgencias y preocupaciones que en esos años emergían de la escena social. Esas dimensiones pueden sintetizarse en: 1) la recuperación y revisión crítica (en diálogo con una

tradición previa del psicoanálisis argentino) de los modelos y conceptualizaciones para el abordaje de los grupos, 2) la recuperación y renovación de una reflexión privilegiada del campo intelectual de las dos décadas previas: el problema de la relación entre la práctica profesional e intelectual (y en particular las prácticas en situaciones colectivas) y la dimensión política y 3) la problemática de la violencia, el autoritarismo y el poder en el análisis de la producción de subjetividad y su relación con las prácticas sociales.

El examen de los modos en que estas dimensiones fueron desplegadas mostró que su tratamiento se apoyó en una operación particular: por un lado, la producción de un horizonte de antecedentes provenientes de la tradición del psicoanálisis argentino vinculada a la cultura de izquierda de los años 60 y principios de los 70 (Enrique Pichon-Rivière, José Bleger, Marie Langer y los grupos Plataforma y Documento). Por otro lado, la incorporación de una serie de lecturas, obras y herramientas conceptuales del pensamiento francés, de amplia circulación en esos años en el ámbito local, que aportaron elementos originales para su tratamiento. Entre las más significativas se encuentran las concepciones de Foucault (1976/2006) sobre el poder, nociones del enfoque de análisis institucional iniciado por Guattari (1972/1976), las formulaciones de Deleuze y Guattari (1972/1995) en torno del inconciente como producción social, los planteos de Robert Castel (1976) sobre psicoanálisis y problemática sociopolítica, las concepciones de lo histórico-social y lo imaginario de Castoriadis (1975/1993). En relación con esto último esta tesis da cuenta también de uno de los principales ámbitos de recepción– en términos de determinada apropiación– de esas obras en el ámbito local de las prácticas psi.

El primer capítulo desarrolló de qué modo la noción de “lo grupal”, propuesta en este marco de producción, intervino críticamente en aspectos específicos de las formas más habituales (de las psicologías y del psicoanálisis) de concebir los grupos desde los años 50; en sus conceptos típicos y en las formas de pensar las prácticas en situaciones colectivas. Se propuso que esa intervención crítica, que postulaba un giro desde el estudio de los grupos hacia el abordaje de *lo grupal* y de las condiciones histórico sociales de producción de subjetividad, puede ser considerada como el inicio de la apertura hacia una renovación de la problemática grupal en nuestro medio. Se destacó, en esa dimensión, el lugar privilegiado del pensamiento de Juan Carlos De Brasi para esa renovación, centrada en el desplazamiento desde los enfoques basados en el grupo como objeto empírico hacia una concepción de “lo grupal” como condición estructurante de lo social-histórico.

El análisis de los aspectos que la noción de “lo grupal” ponía en cuestión permitió arribar a la localización y profundización de los problemas implicados en tal desplazamiento: en primer lugar, la crítica del dualismo (subjetivo/objetivo, interior/exterior, teoría/práctica o teoría/técnica) y, en proximidad con lo anterior, la crítica de la “aplicación”, la puesta en cuestión de la reducción del grupo a una lógica del individuo (unidad, totalidad) y la discusión de la concepción de lo histórico social que esa concepción conlleva. En ese marco de análisis el capítulo reconstruye la presencia de un conjunto de nociones presentadas en esa publicación, como *singularidad*, *producción de subjetividad*, *acontecimiento*, *transversalidad*, que se articularon al tratamiento de esos problemas.

Por último el capítulo se centró en analizar el modo en que Juan Carlos De Brasi realizó una operación crítica en la tradición grupalista argentina al desplegar las dimensiones de ese “giro” (de las grupologías hacia lo grupal) a través de la recuperación –la “elucidación”– de tópicos esbozadas por Pichon-Rivière alrededor de los grupos operativos: transformación, aprendizaje, descubrimiento, invención. En ese sentido se pudo advertir cómo la intervención crítica de De Brasi restituye una complejidad presente en los problemas abordados por Pichon-Rivière y cómo, en el mismo movimiento, produce una apertura y un despliegue renovado de esos tópicos.

El segundo capítulo mostró, a través del análisis de un conjunto de artículos, que la revisión de la relación entre marxismo y psicoanálisis fue el problema central que orientó, en *lo Grupal*, esa recuperación de antecedentes provenientes de la tradición del psicoanálisis vinculado al pensamiento de izquierda de las décadas previas (Enrique Pichon-Rivière, José Bleger, Marie Langer y los grupos Plataforma y Documento). El capítulo puso de relieve cómo se retoma en *Lo Grupal* lo que esa conjunción (entre marxismo y psicoanálisis) había habilitado para pensar tanto el rol del intelectual en el mundo social como la relación entre la práctica clínica y la dimensión política. Se mostró que el rescate de esa tradición argentina previa, junto a la incorporación de otras obras y herramientas conceptuales (Castel, Bourdieu, Foucault) posibilitó tematizar cómo la escena clínica –como toda práctica social– no está exenta de formas de violencia simbólica ya que en la interpretación actúa no sólo una relación con el saber sino también una relación con el poder. El análisis desplegado en este capítulo reveló también que la referencia a *lo grupal* y *la producción de subjetividad* inscribía la problemática grupal en la tradición crítica del pensamiento marxista y al mismo tiempo buscaba promover una discusión en la comunidad *psi* al poner en cuestión la concepción de lo socio-histórico (o la ausencia de una concepción de lo socio-histórico) en los modelos más extendidos en las prácticas clínicas en esos años.

El desarrollo del tercer capítulo ha podido situar el lugar central que adquirió en la publicación la urgencia de una reflexión sobre las vinculaciones entre dictadura y sociedad civil. Lo interesante es destacar que esa reflexión –planteada desde el campo del psicoanálisis y la psicología en su apertura hacia la sociedad y la cultura– establecía como prioridad, en el abordaje de la problemática grupal, la necesidad de interrogar las formas de poder en las prácticas sociales. El análisis realizado permitió concluir que la interrogación sobre las formas de violencia y autoritarismo en los espacios microfísicos de la sociedad (las instituciones y los grupos), desplegada en el marco de esta publicación, se encuentra entre sus contribuciones más relevantes. Más precisamente, se ha podido especificar que la intención de problematizar modos imperceptibles de una “violencia simbólica” en los diversos espacios de convivencia social como los de la salud, el trabajo, la familia y la educación, se cuenta entre los principales impulsos de la iniciativa de *Lo Grupal*. En esta dirección se señaló que este proyecto editorial expresó una intervención de resistencia cultural al contribuir a la elaboración de los efectos de lo acontecido en la historia reciente sobre los vínculos socio-comunitarios. El análisis de este aspecto permitió determinar asimismo que la voluntad de restablecer una dimensión política del psicoanálisis, a través de la recuperación de las coordenadas de un debate previo en torno del compromiso y la transformación social, se orientó a problematizar las condiciones de vida de ese tiempo presente y a diseñar, en consecuencia, modos posibles de habitar los espacios colectivos. En esa dirección, se mostró que la cuestión de “lo grupal” –y su desplazamiento de los modelos y las técnicas grupales– representó una herramienta conceptual que aportaba elementos de análisis sobre la violencia simbólica en el análisis de producción de subjetividad. Y en ese sentido la tesis puso en evidencia que esa referencia condensó la apuesta de este grupo de autores por una ética: la certidumbre de que lo colectivo, cuando logra atender los riesgos de las lógicas de la manipulación, de los intentos de control, de las pretensiones de homogeneización que los grupos conllevan, guarda una potencia de transformación social. Se concluye de ese modo que la referencia a la noción de *lo grupal* y el abordaje de las condiciones histórico sociales de producción de subjetividad se dirigía a señalar: primero, que lo acontecido en términos de violencia física, secuestros y desapariciones de personas había afectado la trama del tejido social de formas impensadas. Segundo, que los dispositivos de violencia psicosocial se tramaban también en *micrológicas*: en el lenguaje, los gestos, los rituales, las ceremonias cotidianas, las ilusiones y los deseos. Tercero, que era tarea de los profesionales y de los intelectuales problematizar y diseñar estrategias orientadas a visibilizar y desmontar esos dispositivos.

El desarrollo del capítulo se enfocó simultáneamente en dos aspectos del tratamiento de este tema en las fuentes consideradas: por un lado, se localizaron los problemas planteados en relación con la problemática de la violencia; pero además se reconstruyeron una serie de conceptualizaciones sobre el poder, la violencia, lo histórico-social, que sostuvieron esos planteos. En relación con esa reconstrucción, se realizó una exploración del concepto de dispositivo que había aportado una importante novedad para pensar el problema del poder en los años 70. Esa exploración permitió en primer lugar identificar, siguiendo algunas puntuaciones de autores de *Lo Grupal*, que los usos más habituales de este término en la actualidad –y en particular en los ámbitos de la psicología y del psicoanálisis– lo han reducido a un uso instrumental (encuadre, técnica o procedimiento). En segundo lugar se pudo determinar que esa reducción de la idea de dispositivo no sólo ha desvinculado el uso del término de la potencia y de la complejidad del concepto foucaultiano. Esa simplificación también lo ha escindido de las recepciones y lecturas que se hicieron del término en el ámbito argentino para problematizar las formas de poder en las prácticas sociales.

Bibliografía

- AA.VV. (1971). *Cuestionamos 1. Documentos de crítica a la ubicación actual del psicoanálisis*. Langer, M. y Bauleo, A. (comp.). Buenos Aires: Granica.
- AA.VV. (1973). *Cuestionamos 2. Psicoanálisis institucional y psicoanálisis sin institución*. Langer, M. y Bauleo, A. (comp.). Buenos Aires: Granica.
- AA.VV. (1983-1993). *Lo Grupal* (1-10). Buenos Aires: Búsqueda.
- Agamben, G. (mayo-agosto, 2011). ¿Qué es un dispositivo? *Sociológica*, 73, 249-264.
- Arlt, R. (1929/2007). *Los siete locos*. Buenos Aires: Losada.
- Baremlitt, G. (1983). La Institución del Psicoanálisis. Su panorama actual, su crisis y su futuro. En *Lo Grupal 1* (pp. 51-54). Buenos Aires: Búsqueda.
- (1987a). Revisión sintética y comentarios acerca de los modelos grupales. En *Lo Grupal 5* (pp. 67-90). Buenos Aires: Búsqueda.
- (1987b). Repaso de las formas de abordar la cuestión edipiana en psicoanálisis. En *Lo Grupal 4* (pp. 21-58). Buenos Aires: Búsqueda.
- (1988). Notas acerca de un posible programa de investigación sobre el psicoanálisis y lo grupal en Argentina 1988. En *Lo Grupal 6* (pp. 55-70). Buenos Aires: Búsqueda.
- Bauleo, A. (1970/1982). *Ideología, grupo y familia*. México: Folios.
- (1977). *Contrainstitución y grupos*. México: Fundamentos.
- (1983a) Problemas de la psicología grupal (el grupo Operativo-Productivo). En *Lo Grupal 1* (pp. 11-19). Buenos Aires: Búsqueda.
- (1983b). Sujeto-institución: Una relación imposible. *Lo Grupal 1* (pp. 65-70). Buenos Aires: Búsqueda.
- Bauleo, A., Caparrós, A., Rozitchner, L. (1969). Ideología y psicología concreta. Parte 2. En *Cuadernos de Psicología Concreta*, 2, (pp. 7-32).
- Bleger, J. (1958). *Psicoanálisis y dialéctica materialista*. Buenos Aires: Paidós.
- Bleger, J., Caparrós, A., Pichón-Rivière, E., Rozitchner, L. (1969). Ideología y psicología concreta. En *Cuadernos de Psicología Concreta*, 1, (pp. 11-41).
- Bauleo, A. (1985). Psicoanálisis-política. En *Lo Grupal 2* (pp. 153-157). Buenos Aires: Búsqueda.

- Bourdieu, P., Passeron, J.-C. (1970/1998). *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. México: Laia.
- Borges, J. L. (1952/2011). *Otras inquisiciones*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Carassai, S. (2013). Los años setenta de la gente común. La naturalización de la violencia. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Cardaci, G. (2012). La noción de “lo grupal” como intervención crítica en la publicación *Lo Grupal en la Argentina (1983-1993)*. *Anuario de Investigaciones*. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, XIX, 171-177.
- (2014). *Lo grupal no son los grupos ni los dispositivos*. Notas sobre la publicación *Lo Grupal en la Argentina (1983-1993)*. En *Anuario de Investigaciones*, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, XX, 189-197.
- Caparrós, N. (2010). Pequeña Historia de una gran revista. Recuperado de <http://www.imagoclinica.com/historia.htm>.
- Castel, R. (1973/1980). *El psicoanálisis. El orden psicoanalítico y el poder*. Buenos Aires: Siglo XXI Editor.
- Casullo, N. (julio, 1997). Los años 60 y 70 y la crítica histórica. *Confines*, 4, 7-28.
- (2007). *Las Cuestiones*. Buenos Aires: FCE
- Carpintero, E. & Vainer, A. (2004). *Las huellas de la memoria. Tomo I: 1957-1969*. Buenos Aires: Topía.
- (2005). *Las huellas de la memoria. Tomo II: 1970-1983*. Buenos Aires: Topía.
- Castoriadis, C. (1975/1993). La institución imaginaria de la sociedad 1. Marxismo y teoría revolucionaria. Buenos Aires: Tusquets.
- (1975/1993). La institución imaginaria de la sociedad 2. El imaginario social y la institución. Buenos Aires: Tusquets.
- Cortázar, J. (1963/2011). *Rayuela*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Cooper, D. (1971/1986). *La muerte de la familia*, Buenos Aires: Planeta.
- Dagfal, A. (2004). Para una “estética de la recepción” de las ideas psicológicas. *Frenia, Revista de Historia de la Psiquiatría*, 5 (1), 1-12.
- (2009). Entre París y Buenos Aires. La invención del psicólogo (1942-1966). Buenos Aires: Paidós.
- (2013). Breve historia de la psicología en la Argentina (1896-1976). Módulo IV (primera parte). Módulo de la Cátedra I de Historia de la Psicología, Facultad de Psicología, UBA. Recuperado de www.elseminario.com.ar

- Danziger, K. (1990/2007). La estructura social de la experimentación en Psicología. [Fuente: *Constructing the Subject. Historical Origins of Psychological Research*. Cambridge/N.Y.: Cambridge University Press. Cap.4: “The social structure of psychological experimentation” (pp. 49-67).]. Trad. de E. Giribaldi, cat. I de Historia de la Psicología. Fac. de Psicología, UBA. Recuperado de www.elseminario.com.ar.
- De Brasi, J. C. (1983). Algunas consideraciones sobre la formación de ideologías en el aprendizaje grupal. En *Lo Grupal 1* (pp. 21-40). Buenos Aires: Búsqueda.
- (1986). Prólogo. En *Lo Grupal 3* (pp. 9-11). Buenos Aires: Búsqueda.
- (1987a). Elucidaciones sobre el ECRO, un análisis desde la clínica ampliada. En *Lo Grupal 4* (pp. 97-117). Buenos Aires: Búsqueda.
- (1987b). Desarrollos sobre el Grupo-Formación. En *Lo Grupal 5* (pp. 33-65). Buenos Aires: Búsqueda.
- (1988). Crítica y transformación de los fetiches. En *Lo Grupal 6* (pp. 99-123). Buenos Aires: Búsqueda.
- (1989). Violencia y transformación. Laberintos grupales e institucionales en lo social-histórico. En *Lo Grupal 7* (pp.11-31). Buenos Aires: Búsqueda.
- (1990a). *Subjetividad, Grupalidad, Identificaciones. Apuntes metagrupales*. Buenos Aires: Búsqueda.
- (1990b). Sobre el sentido en la psicosis. En *Lo Grupal 8* (pp.35-52). Buenos Aires: Búsqueda.
- (1993). Devenir de la grupalidad y subjetividad en psicoanálisis. (El caso de psicología de las masas). En *Lo Grupal 10* (pp.59-95). Buenos Aires: Búsqueda.
- (2001). Notas mínimas para una arqueología grupal. La recuperación de la grupalidad. *Campo Grupal* 28, p. 7-9 y 29, p.8-9.
- (2007). *La problemática de la subjetividad. Un ensayo, una conversación*. Barcelona: EPBCN/ Buenos Aires: Mesa Editorial.
- (2008). *La explosión del sujeto. Acontecer de las masas y desfondamiento subjetivo en Freud* (Tercera edición corregida y ampliada). Barcelona: EPBCN/ Buenos Aires: Mesa Editorial.
- (octubre de 2008). Entrevista a Juan Carlos De Brasi: una ética de la responsabilidad. *Cuadernos de Campo*, 5, 11-18.
- (2012). Entrevista con Juan Carlos De Brasi, junio de 2012. Inédita.
- (2013). *Ensayo sobre el pensamiento sutil. La cuestión de la causalidad. La causalidad en cuestión*. Lanús: La Cebra.

- De Brasi, J.C.; Pavlovsky, E.; Baremlitt, G.; Kesselman, H. (1988). Prólogo. En *Lo Grupal 6* (p. 6). Buenos Aires: Búsqueda.
- Deleuze, D. (1969/1972). *La psicología, mito científico*. Barcelona: Anagrama.
- Deleuze, G. (1969/2005). *Lógica del sentido*. Buenos Aires: Paidós.
- (1972/1976) Tres problemas de grupo. En F. Guattari *Psicoanálisis y transversalidad. Crítica psicoanalítica de las instituciones* (pp. 9-21). Buenos Aires: Siglo XXI.
- (1981/2009). *Spinoza: Filosofía práctica*. Buenos Aires: Tusquets Editores.
- (1986/2005) *Foucault*. Buenos Aires: Paidós. Buenos Aires.
- (1990a). ¿Qué es un dispositivo? En VV.AA *Michel Foucault filósofo* (pp. 155-163) Barcelona: Gedisa.
- (1990b). Post-Scriptum sobre las sociedades de control. En G. Deleuze *Conversaciones 1972-1990* (pp. 277-286). Valencia: Pre-Textos.
- (s.f.) El Abc de Deleuze. La penúltima entrevista (1988). Buenos Aires: Devenir imperceptible.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1972/1995). *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Buenos Aires: Paidós.
- (1975/1990). *Kafka: Por una literatura menor*. México: Ediciones Era.
- (1980/2002). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.
- Esposito, R. (2007a) *Tercera persona. Política de la vida y filosofía de lo impersonal*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (2007b). *Communitas. Origen y destino de la comunidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (2011). *El dispositivo de la persona*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Fernández, A. M. (1986) *El campo grupal. Notas para una genealogía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (1988). ¿Legitimar lo grupal? (Hegemonía y contrato público). En *Lo Grupal 6* (pp. 125-136). Buenos Aires: Búsqueda.
- (1989). La dimensión institucional de los grupos. En *Lo Grupal 7* (pp. 49-64). Buenos Aires: Búsqueda.
- Fernández, A. M. y Del Cueto, A. M. (1985). El dispositivo grupal. En *Lo Grupal 2* (pp.13-56). Buenos Aires: Búsqueda.
- Fernández, A. M. y Herrera, L. (1991). Laberintos institucionales. En *Lo Grupal 9* (pp.63-84). Buenos Aires: Búsqueda.
- Foucault, M. (1962/2002). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (1976/2006). *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- (1977). El juego de Michel Foucault. En *Saber y Verdad* (s.f.) (trad. de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría) (pp. 127-162). Madrid: La piqueta.
- (2003). El poder psiquiátrico. Curso en el Collège de France (1973-1974). Buenos Aires: FCE.
- (1984). La ética del cuidado de uno mismo como práctica de la libertad (entrevista). En *Hermenéutica del sujeto* (s.f.) (trad. de Fernando Álvarez-Uría) (pp. 105-142). Madrid: La piqueta.
- (1992). *Microfísica del poder* (trad. de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría). Madrid: La piqueta.
- (2006). Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978). Buenos Aires: FCE.
- (2007). Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979). Buenos Aires: FCE.
- González, H. (12 de agosto de 2014). Nombre, identidad y memoria. Página 12. Recuperado de <http://www.pagina12.com.ar>.
- González, M. E. y Dagfal, A. (2012). El psicólogo como psicoanalista. Problemas de formación y autorización. *Intersecciones Psi. Revista Electrónica de la Facultad de Psicología – UBA*, 5 (1), 12-18. Recuperado de http://intersecciones.psi.uba.ar/revista_ed_n_5.pdf
- Grinberg, L., Langer, M. y Rodrigué, E. (1957). *Psicoterapia del grupo*. Buenos Aires: Paidós.
- Grob, G. (1983/2013). El movimiento de la higiene mental. [Fuente: *Mental illness and American society, 1897-1940*. Princeton: Princeton University Press, (capítulo 6: “The mental hygiene movement”, pp. 145-178)]. Trad.: M. L. Moukarzel, cat. I de Historia de la Psicología, Fac. Psico. UBA.
- Guattari, F. (1972/1976). *Psicoanálisis y transversalidad. Crítica psicoanalítica de las instituciones*. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI.
- [Guattari, F. y Rolnik, S. \(2006\). *Micropolítica. Cartografías del Deseo*. Madrid: Traficantes de sueños.](#)
- Jay, M. (1993/2003). *Campos de fuerza. Entre la historia intelectual y la crítica cultural*. Buenos Aires: Paidós.
- Kaminsky, G. (1990a). *Dispositivos institucionales. Democracia y autoritarismo en los problemas institucionales*. Buenos Aires: Lugar.
- (1990b). *Spinoza: la política de las pasiones*. Buenos Aires: Gedisa.
- Kaufman, A. (julio, 1997) Notas sobre desaparecidos. *Confines*, 4, 29-34.

- (1998/2012). Sobre olvido y perdón. En *La pregunta por lo acontecido. Ensayos de anamnesis en el presente argentino* (pp. 71-82). Lanús: La Cebra [publicación original en *Pensamiento de los Confines*, 5, Buenos Aires, segundo semestre de 1998].
- (2007). Los desaparecidos, lo indecible y la crisis. Memoria y ethos en la Argentina del presente. En Franco, M. & Levín, F. (comps.) *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un camino en construcción* (pp. 235-249). Buenos Aires: Paidós.
- (2008/2012). Fútbol 78, vida cotidiana y dictadura. En *La pregunta por lo acontecido. Ensayos de anamnesis en el presente argentino* (pp. 371-283). Lanús: La Cebra [publicación original en *Oficios Terrestres*, 22, Facultad de Periodismo y Comunicación Social. UNLP, número especial].
- (2011/2012). La crítica de la violencia como inquietud por la responsabilidad. En *La pregunta por lo acontecido. Ensayos de anamnesis en el presente argentino* (pp. 317-327). Lanús: La Cebra.
- (2012). *La pregunta por lo acontecido. Ensayos de anamnesis en el presente argentino*. Lanús: La Cebra.
- Kesselman, H. y Campos Avillar, J. (1988). Del psicoanálisis a la psicología social: El Grupo Análisis Operativo. En *Lo Grupal* 6 (pp. 71-80). Buenos Aires: Búsqueda.
- Lacan, J. (1981). El Seminario de Jacques Lacan. Libro 1. Los escritos técnicos de Freud (1953-1954). Buenos Aires: Paidós.
- Langer, M. (comp.) (1971). Cuestionamos 1. Documentos de crítica a la ubicación actual del psicoanálisis. Buenos Aires: Granica.
- (1973). Cuestionamos 2. Psicoanálisis institucional y psicoanálisis sin institución. Buenos Aires: Granica.
- Lourau, R. (1975). *El análisis institucional*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1993). Grupos e institución. En *Lo Grupal* 10 (pp. 47-57). Buenos Aires: Búsqueda.
- Masotta, O. (1982). Roberto Arlt, yo mismo, En *Sexo y traición en Roberto Arlt* (pp. 87-101). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- (1968/2010). La fenomenología de Sartre y un trabajo de Daniel Lagache. En *Conciencia y estructura* (pp. 52-70). Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Nancy, J-L. (1986/2001). *La comunidad desobrada*. Madrid: Arena.
- Pavlovsky, E. (1971). La crisis del terapeuta. En M. Langer (comp.) *Cuestionamos. Documentos de crítica a la ubicación actual del psicoanálisis* (pp. 237-249). Buenos Aires: Granica.
- (1982). *Proceso Creador. Terapia y existencia*. Buenos Aires: Búsqueda.

- (1983a). Prólogo. En *Lo Grupal 1* (pp. 6-9). Buenos Aires: Búsqueda.
- (1983b). Lo fantasmático social y lo imaginario grupal. En *Lo Grupal 1* (pp. 41-50). Buenos Aires: Búsqueda.
- (1985a). Prólogo. En *Lo Grupal 2* (pp. 8-12). Buenos Aires: Búsqueda.
- (1985b). La poesía en psicoterapia. En *Lo Grupal 2* (pp. 133-152). Buenos Aires: Búsqueda.
- (1986). Psicoterapia, psicodrama y contexto socio-político. En *Lo Grupal 3* (pp. 13-33). Buenos Aires: Búsqueda.
- (1987). Creatividad en los grupos terapéuticos. En *Lo Grupal 4* (pp. 127-134). Buenos Aires: Búsqueda.
- (1990). Samuel Beckett, hoy: Gilles Deleuze. En *Lo Grupal 8* (pp. 13-34). Buenos Aires: Búsqueda.
- (1993). Estética de la multiplicidad. En *Lo Grupal 10* (pp. 9-44). Buenos Aires: Búsqueda.
- (1999). *Micropolítica de la Resistencia*. Buenos Aires: Eudeba.
- Pavlovsky, E., Kesselman, H. y Frydlewsky (1987). La obra abierta de Umberto Eco y la multiplicación dramática. En *Lo Grupal 5* (pp. 17-28). Buenos Aires: Búsqueda.
- (1977/1993). *Las escenas temidas del coordinador de grupos*. Buenos Aires: Búsqueda de Ayllu.
- Pavlovsky, E. y De Brasi, J.C. (Comp.) (2000). *Lo Grupal Devenires Historias*. Buenos Aires: Galerna- Búsqueda de Ayllu.
- Pavlovsky, E. y Kesselman, H. (2000). *La multiplicación dramática*. Buenos Aires: Búsqueda de Ayllu Galerna.
- Percia, M. (1989). Introducción al pensamiento grupalista en la Argentina y algunos de sus problemas actuales. En *Lo Grupal 7* (pp. 65-95). Buenos Aires: Búsqueda.
- Percia, M. (1991a). Hablar y escuchar en situaciones de grupo (problemas del cálculo subjetivo). En *Lo Grupal 9* (pp. 85-93). Buenos Aires: Búsqueda.
- (1991b). *Notas para pensar lo grupal*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- (2002). Una subjetividad que se inventa. Diálogo demora recepción. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- (2004). *Deliberar las psicosis*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- (2005). Instalación política de los grupos (decepciones de Bion). En *Revista de la AAPPG*, 28, 191-232. Recuperado de <http://www.aappg.org/wp-content/uploads/2005-N%C2%BA1.pdf>

- (2011a). *Lo grupal y la cuestión de lo neutro*. Recuperado de <http://www.ubagruposdos.blogspot.com.ar>
- (2011b). *Inconformidad*. Arte Política Psicoanálisis. Lanús: La Cebra.
- Percia, M.; Herrera, L. & Szyniak, D. (1986). Clínica y política: un lugar para la ética en salud mental. En *Lo Grupal 3* (pp. 55-77). Buenos Aires: Búsqueda.
- Percia, M y Herrera, L. (1987). Prólogo (Logos en pro de lo grupal). En *Lo Grupal 5* (pp. 9-16). Buenos Aires: Búsqueda.
- Pichon Rivière, E. (1971/1980). *El proceso grupal. Del psicoanálisis a la psicología social I*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (1971/1980). Técnica de los grupos operativos. En *El proceso grupal. Del psicoanálisis a la psicología social I* (107-120). Buenos Aires: Nueva Visión.
- (1971/1980). Entrevista en Primera Plana. En *El proceso grupal. Del psicoanálisis a la psicología social I* (203-204). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Piglia, R. (1980). *Respiración artificial*. Barcelona: Anagrama, 2011.
- Politzer, G. Crítica a los fundamentos de la psicología
- Pontalis (1968) “Las técnicas de grupo: de la ideología a los fenómenos” y “El pequeño grupo como objeto”. En *Después de Freud*, Buenos Aires: Sudamericana, 1978.
- Rose, N. (1990/2004). *Governing the soul*. Londres/Nueva York: Routledge. Fragmentos escogidos: “Introducción”, cap. 1: “La psicología de guerra” y cap. 4: “Los grupos en la guerra”. Trad: Luciano García (Cát. I de Historia de la Psicología. Fac. de Psicología, UBA). Recuperado de www.elseminario.com.ar.
- Rubinich, L. (1985). Retrato de una generación ausente. *Punto de Vista*, 23, 44-46.
- Saidón, O. (1983). Propuestas para un análisis institucional de los grupos. En *Lo Grupal 1* (pp. 87-112). Buenos Aires: Búsqueda.
- (1987). Modernidad, inconsciente y grupos. En *Lo Grupal 4* (pp. 119-125). Buenos Aires: Búsqueda.
- (1989). Hacia una clínica institucional. En *Lo Grupal 7* (pp. 33-47). Buenos Aires: Búsqueda.
- (1991). Instituciones, agentes y teorías en Salud Mental. En *Lo Grupal 9* (pp. 53-62). Buenos Aires: Búsqueda.
- Smolovich, R. (1985). Apuntes sobre multiplicación dramática. En *Lo Grupal 2* (pp. 73-91). Buenos Aires: Búsqueda.
- Scholten, H. (2000) *Oscar Masotta y la fenomenología*. Buenos Aires: Atuel/Anáfora.

- Talak, A. M. (2004). La historicidad de los objetos de conocimiento en psicología. *XI Anuario de Investigaciones*. Facultad de Psicología, UBA, XI, 505-514.
- (2009). Historia y epistemología de la psicología: Razones de un encuentro necesario. En D. Letzen y P. Lodeyro (eds.). *Epistemología e Historia de la Ciencia*, Vol. 15 (pp. 477-482). Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Terán, O. (1993/2013). Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2008) *Historia de las ideas en la Argentina*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Vezzetti, H. (1986) Derechos humanos y psicoanálisis, *Punto de Vista*, 28, 5-8.
- (1996a). Aventuras de Freud en el país de los argentinos. De José Ingenieros a Enrique Pichon-Rivière. Buenos Aires: Paidós.
- (1996b). Los estudios históricos de la psicología en la Argentina. *Cuadernos de Historia de la Psicología*, N°2. Buenos Aires.
- (1987 [1983]). Situación actual del psicoanálisis. En M. Langer (Comp.) *Cuestionamos 1971: Plataforma – Documento Ruptura con la APA* (pp. 215-226). Buenos Aires: Ediciones Búsqueda.
- (1998a) Enrique Pichon-Rivière y Gino Germani: el psicoanálisis y las ciencias sociales. *VI Anuario de Investigaciones*, Facultad de Psicología, UBA.
- (11 de julio de 1998b) Enrique Pichon-Rivière y la “operación Rosario”. Página 12.
- (2002a) Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2002b) Enrique Pichon Rivière, el vínculo y la Gestalt. *Anuario de Investigaciones*, Vol. 10, 443-449.
- (2004) Los comienzos de la psicología como disciplina universitaria y profesional. Debates, herencias y proyecciones sobre la sociedad. En Neiburg, F., Plotkin, M. (Eds) *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Quilmes: Paidós.
- (2007). Historias de la psicología: problemas, funciones, objetivos. *Revista de Historia de la Psicología*, 28 (1), 147-166.
- Visacovsky, S. (2002). *El Lanús*. Buenos Aires: Alianza.
- Zito Lema, V. (1976/1990). *Conversaciones con Enrique Pichon Rivière sobre el arte y la locura*. Buenos Aires: Cinco.